

PÓLVORA, TABACO Y CUERO

¡NO PASARAN!
FASCISMO QUIERE CONQUISTAR MADRID
MADRID SERA LA TUMBA DEL FASCISMO • 6

Javier
Valenzuela



Madrid, Navidad de 1936. Cercadas por las tropas de Franco, un millón de personas sufren frío, hambre y bombardeos. Ramón Toral, delegado de Seguridad del barrio de Tetuán, recibe la denuncia del asesinato de una vecina; la denunciante, Marcela Burgos, maestra y pionera de Mujeres Libres, sospecha que se trata de un crimen machista. Pero Toral recibe enseguida otro encargo: dismantelar una red de tráfico de salvoconductos. Para resolver los dos casos, visitará trincheras, hospitales y cabarés, y se las verá con héroes de la defensa de Madrid como Miaja, Cipriano Mera y Arturo Barea.

En *Pólvora, tabaco y cuero*, Valenzuela rinde homenaje a aquel Madrid del ¡No pasarán!, que Antonio Machado llamó «rompeolas de todas las Españas». Y propone como personaje un detective anarquista de novela negra.

PÓLVORA, TABACO Y CUERO

JAVIER VALENZUELA



Ayala, Srta. Leonora, Riv. 5.
Ayona (D. Marco) 11.
Cabeza, Srta. A. de 10.
Harcinero, Srta. María, 2.
García, Srta. Isabel: 10 y 20.
Harcinero, D. Diana, 3.
Duché mauritellen, B.
García, Srta. Esperanza 10.
García, Srta. Amparo, 12.
Rullador, Srta. Concepción, 9 y 10.
García, Srta. Conchita, 4.
Parrado, Srta. 1.
Rosa, Srta. María, 11.
García, Srta. María, 3, 4 y 10.
Harcinero Rullador, Srta. Anita y A.
Solera, 2.
García, Srta. Isabel, B.
García, Srta. Matilde, 3.
Maga, Srta. Estrella, 11.
Paco, Srta. Rosario, 2.
García, Srta. Concepción, 10.
Paco, Srta. Concepción, 2.
Paco, Srta. Concepción, 2.
García, Srta. Concepción, 2.
Salazar, Srta. Concepción, 2.
Salazar, Srta. Concepción, 2.
Salazar, Srta. Concepción, 2.
Salazar, Srta. Concepción, 2.
Salazar, Srta. Concepción, 2.
Salazar, Srta. Concepción, 2.
Salazar, Srta. Concepción, 2.
Salazar, Srta. Concepción, 2.





Javier Valenzuela

Pólvora, tabaco y cuero

ePub r1.0

Titivillus 13-10-2020

Título original: *Pólvora, tabaco y cuero* Javier Valenzuela, 2019

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera
http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html



A Dácil Marín García

«Todo está dicho ya; pero las cosas, cada vez que son sinceras, son nuevas».

JOSÉ MARTÍ

«Fue en España donde mi generación aprendió que uno puede tener razón y ser derrotado».

Sobre la Guerra Civil española, ALBERT CAMUS





Franco no va a comerse el turrón en Madrid. No es una declaración de intenciones, es un hecho tan irrefutable como que hoy estamos a jueves 24 de diciembre de 1936. Por el ventanuco de mi oficina penetra una luz grisácea y menguante que anuncia el comienzo de la Nochebuena. Lo hemos conseguido: los moros y los legionarios no han pasado.

Enciendo el flexo del escritorio y pienso que, sin embargo, es posible que Franco se zampe las doce uvas de Nochevieja en la Puerta del Sol. Sería casi milagroso que Madrid pudiera seguir conteniendo una semana más a sus tropas, profesionales bien armados y aguerridos en mil batallas africanas.

Estamos al borde del colapso. ¿Qué digo? Estamos más allá del colapso. Hasta el Gobierno de Largo Caballero salió por piernas hacia Valencia hace ya siete semanas. Menuda panda de canallas: le dejaron el entuerto de la defensa de la capital al general Miaja y las milicias populares. Apaños como podáis, camaradas. Nosotros nos vamos a zampar una paella.

Contemplo los papeles mecanografiados que tengo encima del escritorio. Su protagonista, Rosario Crespo, no va a volver a comer nada de nada. Ni turrón ni uvas ni tan siquiera lentejas con piedras y bichos. Rosario viajó anoche a ese lugar donde no existen el hambre, el miedo y el dolor. No he necesitado de ningún forense para saber que el billete del viaje consistió en media docena de puñaladas.

«Si tu existencia es un mundo de penas...». Llevo canturreando la puñetera frasecita en el interior de la mollera desde que tuve que levantar el cadáver de Rosario. Creo que el autor de la letra del himno anarquista no estuvo acertado en esta estrofa. «Si tu existencia es un mundo de penas...». Lo es, compañero. Desde que nacemos. El condicional es superfluo.

Maldita sea esta Nochebuena de 1936. Las tropas de Franco cercan Madrid como una jauría de lobos a un cordero, y ya han logrado darle un buen mordisco. Están no muy lejos de esta oficina, en la mismísima Ciudad Universitaria. Y por si fuera poco, sus Savoia y sus Junkers nos felicitan las Pascuas con peladillas explosivas varias veces al día. Hace una semana, sus bombardeos mataron a unos niños en nuestro barrio de Tetuán de las Victorias. Gajes del oficio, también tuve que ocuparme de levantar oficialmente sus despojos. Estaban entre las ruinas de una chatarrería: una niña de dos años con un trajecito floreado y su hermano de pocos meses con pañal y jersey. Si Dios existiera, lo habría estrangulado allí mismo.

Menuda temporada llevamos. Hasta Durruti la palmó de mala manera frente al Clínico el mes pasado. ¿Quién disparó la bala que lo mató? ¿Los fascistas? ¿Los comunistas? ¿Uno de sus propios hombres? Nadie parece saberlo.

Tiemblo dentro de la pelliza de cuero que no me he quitado en todo el día. El invierno ha comenzado en Madrid con un frío que hiela hasta los pensamientos y, aunque esta oficina tiene un radiador, no están los tiempos para gastar combustible en calentarse. Todo para el frente, resistir es vencer, no pasarán... Es lo que dicen las consignas.

¡Me cago en la hostia! Con todo lo que nos está cayendo encima, la compañera maestra ha tenido que escogerme a mí, precisamente a mí, para denunciar el asesinato de Rosario Crespo en su vivienda del número 18 de la calle Hierbabuena. Mira que en Madrid, en nuestro propio distrito de Tetuán, hay un comité popular en cada esquina; pues no, ella, la maestría, ha venido a denunciar el crimen aquí. «Un mundo de penas», dice la canción libertaria; ¿acaso conocemos otro?

La pistola que me regaló Cipriano Mera reposa junto a los papeles mecanografiados del atestado policial. Es una Star 1922, una semiautomática del calibre 9 mm largo fabricada en Éibar por Bonifacio Echevarría para la Guardia Civil. La tomo y la sopeso. Es de buen acero vasco, con madera con las cachas de la empuñadura. En el lado izquierdo de su corredera tiene grabados la marca del fabricante y el anagrama de la Benemérita. Me gusta esta arma. Es hermosa y cumplidora.

¿Y si la usara ahora mismo? ¿Y si me la metiera en la boca, apuntara hacia el paladar y apretara el gatillo? Nuestra causa no sufriría demasiado por la pérdida de Ramón Toral, nacido en 1900, cabo en la guerra de África en tiempos de Alfonso XIII y sargento de la Guardia de Asalto ya con la República. Total, cientos de compañeros caen a diario en los frentes de Madrid combatiendo como pueden a las tropas de Franco. ¿No dice también nuestro himno: «Antes que esclavo, prefiero morir»?

Vuelvo a dejar la Star 1922 sobre el escritorio. La maestra tiene razón: el cadáver de Rosario Crespo exige justicia y alguien tiene que ocuparse de ello. ¿De qué serviría ganar la guerra, incluso hacer la revolución social, si no le diéramos a nuestra vecina una debida reparación? Decido arrastrar por algún tiempo más el fardo de mis penas.

103



Navidad

DICIEMBRE-1936



1

Marcela Burgos bajaba por la acera izquierda de la calle Bravo Murillo, en dirección a Cuatro Caminos, cuando se topó con una veintena de niños que venían en sentido contrario formando dos filas más o menos paralelas. Los niños, de entre cuatro y doce años de edad, todos varones menos un par de chicas, se protegían del frío con abriguitos modestos y gorras cuarteras. Al hombro llevaban palos, escopetas de madera o pistolas de latón. Lo hacían con un aire teatral de marcialidad.

Marcela les cedió el paso y, pese a la congoja que traía, sonrió. Los niños estaban jugando a hacer la instrucción. Cual si fueran milicianos. Derecha, izquierda, media vuelta, ¡ar!

Recordó lo que le había contado su hijo Mijaíl: los chavalines del barrio habían terminado encontrando para los juegos callejeros esa fórmula del remedo de la instrucción militar puesto que no podían aplicar a la guerra en curso su tema habitual de indios y vaqueros. Ninguno quería hacer de fascista, todos pedían estar en el bando republicano.

Los críos estaban soportando el cerco de Madrid con mejor humor que los adultos, pensó Marcela. Por su condición de madre y su oficio de maestra, conocía bien su capacidad de adaptación al medio y su visión lúdica de la existencia. Habían convertido la guerra en unas largas vacaciones plenas de nuevas aventuras. Hasta los duelos aéreos en el cielo de la ciudad les parecían espectáculos divertidos. Aplaudían a rabiar viendo a los cazas Chatos y Moscas de los republicanos hacer acrobacias mientras ametrallaban a los Fiat de los facciosos.

Un tranvía amarillo bajó traqueteando y chispeando por el centro de la calzada. Sus laterales habían sido pintados con el lema «¡No pasarán!», pero el techo conservaba el anuncio de una tienda de sombreros de la calle Montera. El establecimiento estaría criando telarañas. Ya nadie llevaba sombrero en Madrid. Ni tampoco corbata. Eran signos de derechismo y aburguesamiento.

Al llegar a la esquina de Bravo Murillo con la calle Ávila, Marcela miró hacia arriba. No llovía, pero un manto de nubes oscuras le daba al cielo un semblante tiránico y ceniciento. Cruzó la calzada y alcanzó la esquina del edificio de fachada de ladrillo del colegio Jaime Vera. El paisaje humano cambiaba en este tramo de la calle. Corrillos de milicianos anarquistas mataban el tiempo departiendo y fumando bajo las ramas desnudas de los plátanos de sombra.

Unos metros más abajo estaba el Cinema Europa, un inmueble nuevo y hermoso, de estilo racionalista, del que la CNT se había incautado el verano anterior para establecer su cuartel general en la zona norte de Madrid. Una enseña rojinegra colgaba de su fachada y una ametralladora antiaérea se erguía como un espantapájaros sobre su costado meridional.

Marcela sintió que los milicianos la escrutaban admirativamente conforme los iba sorteando en dirección a la entrada del Europa. Estaba a punto de alcanzarla cuando uno de ellos, con gorro de piel a la rusa y tercerola Mauser en bandolera, abandonó su corrillo, arrojó una colilla a los adoquines de la acera y se cruzó en su camino.

—Para la burra, guapetona. ¿Dónde vas?

—Vengo a presentar una denuncia.

—¿Una denuncia? ¿Y eso por qué?

—¿Y eso a ti que te importa, cabezón? —El tono de Marcela era tan áspero como el dril de los monos de los obreros que fabricaba la empresa Azules de Vergara.

El miliciano sonrió.

—No te mosquees, compañera. Lo pregunto por saber dónde tienes que ir. Si es para denunciar a un quintacolumnista lo mejor es que hables con Sandoval. Pero me parece que ahora mismo no está dentro. Últimamente anda más por la checa del barrio de Salamanca que por aquí.

—No se trata de ningún quintacolumnista. Vengo a denunciar el asesinato de una vecina. Estoy segura de que no tiene nada que ver con la política.

Los milicianos que se habían arremolinado alrededor pusieron cara de consternación. El del gorro de piel meditó un instante y terminó concluyendo:

—Si no es algo político, vas a tener que hablar con Ramón Toral. Es el delegado de Seguridad del Ateneo Libertario de Tetuán. Él se ocupa de estas cosas.

Incluso sentado, Ramón Toral parecía muy alto, algo más de un metro ochenta, calculó Marcela. Tenía una cabeza grande y esculpida con cincel como las de las estatuas. La mandíbula era prominente, la nariz destacaba por su rotundidad y la frente se desplegaba con holgura entre unas cejas pobladas y una recia cabellera peinada hacia atrás. Iba perfectamente rasurado.

—¿Puedes darme tu filiación, compañera? —soltó.

Marcela extrajo un carné ajado del bolsillo interior de su abrigo y se lo tendió a través de la mesa de escritorio.

—Marcela Burgos, de veintinueve años de edad. Afiliada al sindicato de Enseñanza de la CNT. Este es mi carné sindical. ¿Necesitas también mi cédula oficial? No la he quemado como tantos otros; puedo enseñártela si quieres.

Ramón Toral dio un vistazo al carné de la CNT y luego la miró a los ojos con talante ceñudo. Ella no apartó los suyos y se percató de que la palidez de la piel del delegado de Seguridad contrastaba con el carbón de sus cejas y cabellos.

—No hace falta —concluyó él—, con este documento es suficiente de momento. Así que eres maestra...

—Sí, en el Grupo Escolar Francisco Giner de los Ríos, en la Dehesa de la Villa. Y como también vivo en el barrio de Tetuán, creo que esta es la comisaría que me corresponde.

—Comisaría no es una palabra del todo exacta. —Marcela percibió un destello travieso en los ojos castaños del gigantón—. Pero sí, tienes razón. Has venido al lugar correcto. Me han dicho que quieres denunciar un asesinato...

—El de una vecina mía. Se llama Rosario Crespo. Ha sido en la calle Hierbabuena. Yo vivo allí con mi hijo.

—¿En la casa de la difunta?

—No, en la de al lado. Yo, en el número 16; ella, en el 18.

—¿Y cómo te has enterado del asesinato?

—Rosario y yo estábamos muy unidas. Ella no tenía hijos y cuidaba del mío cuando yo estaba ocupada con actividades sindicales. Esta mañana he ido a su casa para llevarle un poco de leche y me la he encontrado tirada en el suelo de la cocina, en medio de un charco de sangre. Solo llevaba puestas las enaguas.

Ramón la observó mientras se pellizcaba el lóbulo de la oreja derecha.

—¿Puedo preguntarte cómo entraste en la casa de Rosario?

—Su puerta siempre está abierta. Como la mía. Como casi todas las del barrio. Si tú eres de aquí deberías saberlo.

—Cierto. Nací en Lavapiés, pero vivo en Tetuán desde que volví de África y me parece que soy de los pocos vecinos que cierran su puerta con llave. Gajes de mi oficio, supongo. Dime, ¿ya ha ido alguien al lugar del crimen?

—¿Alguna autoridad? No. Ele salido de allí disparada y sin decir una palabra a nadie. He pensado que lo mejor era informaros primero a vosotros. El pueblo es la autoridad suprema desde que tantos de sus hijos perdieran la vida en la toma del Cuartel de la Montaña, ¿no? Me parece que para eso estamos haciendo una guerra y una revolución.

—Sí, eso me parece a mí también. Y vuelves a tener razón: este suceso es de nuestra incumbencia. Voy a salir un momento para buscar al chófer y nos vamos enseguida a la calle Hierbabuena. Tú espérame aquí. —Ramón se levantó de la silla y Marcela comprobó que había acertado en sus cálculos: era muy alto. Estaba alcanzando la puerta de la oficina cuando se giró hacia ella, que permanecía sentada, y le preguntó—: ¿No había nadie más en la casa? ¿Rosario vivía sola?

—Estaba casada con un albañil llamado Bernardo. Pero Bernardo está luchando en los frentes de Madrid desde julio. Con la columna de Cipriano Mera. A veces viene a casa con permiso, pero solo por una o dos noches.

El gigantón seguía contemplándola desde el umbral de la puerta. Era corpulento además de alto. Calzaba botas de cuero de caña larga, en las que llevaba metidos los bajos de un pantalón caqui de campaña. Su pelliza era de cuero negro, con una amplia solapa de piel de borrego. No llevaba sombrero ni gorra de ningún tipo. Tampoco exhibía distintivos militares, policiales, políticos o sindicales, lo que era raro en aquellos tiempos. En sus ojos había expectación.

—¿Y qué más? Cuéntamelo todo, Marcela.

—Sospecho que él la mató. Sospecho que fue Bernardo.

Liberto Sanz aparcó el camión Leyland frente al número 18 de la calle Hierbabuena, ocupando casi toda la anchura de aquella vía estrecha y todavía sin adoquinar. Abrió la puertezuela del conductor y descendió del vehículo con mucha cautela y unos cuantos quejidos. Pira bajo, enjuto y de cabello pelirrojo. Cojeaba de la pierna izquierda desde que se rompió el menisco en una mala caída el 7 de noviembre anterior, cuando combatía en la Casa de Campo contra la Quinta Bandera de la Legión.

Para cuando Liberto se sintió bien asentado sobre el barrizal de la calle, su jefe, Ramón doral, y la denunciante ya habían abandonado la cabina del camión y observaban en silencio la escena del crimen. Se trataba de una casita de una sola planta, con fachada de ladrillos pardos y puerta de madera pintada de verde. Un tipo de vivienda habitual en la zona de Cuatro Caminos y Tetuán, allí donde el norte de Madrid lindaba y hasta se confundía con el mundo rural.

Liberto cojeó con lentitud hasta la parte trasera del Leyland para desanudar la lona y facilitar la salida de los tres milicianos que había reclutado para la operación. Ramón le había dicho que, puesto que iban a levantar un cadáver, lo mejor era no ir solos y en el coche habitual, sino llevarse un camión y unos cuantos compañeros forzudos.

Un niño de unos seis o siete años, con la cabeza rapada para combatir las plagas de piojos, salió de la casita contigua a la del crimen y se puso a examinar el camión con cara de pasmo. Quizá le asombraba que la frontal del Leyland pareciera casi humana, con su rejilla haciendo de dentadura y sus faros saltones semejantes a ojos desorbitados. Las partes metálicas del vehículo estaban pintadas de azul celeste y su caja de madera había sido cubierta por una lona pringosa, ilustrada en ambos laterales con las siglas CNT-FAI escritas a brochazos.

Uno de los milicianos recién descendidos le increpó rudamente: «¿Qué miras, chaval? ¿Es que nunca has visto un camión?». Esto alertó a la denunciante, que descubrió así la presencia del pequeño, se abalanzó sobre él, le besó con ternura, le musitó unas palabras al oído y consiguió que regresara sin regañadientes al interior del número 16.

La mirada de Liberto, suspicaz hasta entonces, se ablandó de un plumazo. Caramba, la denunciante era madre. ¿Quién lo hubiera dicho al verla tan guapa y tan bien plantada? Ni alta ni baja, con una melena lisa, oscura y bien cortada a la altura de los hombros, ojos grandes y boca carnosa en un rostro agraciado. Su cuerpo podía imaginarse prieto y curvilíneo bajo el abrigo, el traje estampado y las medias de lana negra.

Un bocinazo del delegado de Seguridad le sacó de su ensoñación.

—Liberto, tú y los compañeros me mantenéis la calle despejada. No quiero ver a nadie curioseando por aquí. Yo voy a inspeccionar el lugar. Cuando haya terminado,

os aviso y entráis a retirar el cadáver. ¿Habéis traído una camilla?

—No, jefe. No quedaba ninguna en el Europa. Pero he conseguido requisar unas mantas viejas y un rollo de cuerda.

—Está bien, nos las apañaremos con eso. Vamos a seguir el procedimiento establecido por la Junta de Defensa. Transportaremos el cadáver a la morgue de la calle O'Donnell, para que allí lo fotografíen, le hagan la autopsia si lo creen necesario y lo identifiquen oficialmente. Pero nosotros nos encargaremos de la investigación. Este es nuestro territorio.

Se escuchó el estampido de un cañonazo, al que no tardaron en sumarse un segundo, un tercero y muchos más. La mujer y los cinco hombres se quedaron callados e inmóviles, con toda la atención concentrada en la facultad de oír tal y como hacen los gatos. Así empezaron a identificar también las no demasiado lejanas descargas de la fusilería y el chasquido rítmico de las ametralladoras.

Liberto dijo al cabo:

—Vaya, ya han comenzado los fuegos artificiales en la Ciudad Universitaria. Podéis llamarme tonto del culo, pero os juro que creía que los facciosos nos darían hoy una tregua. ¿No dicen ser tan cristianos? ¡Es el día de Nochebuena, joder!

2

El 25 de diciembre de 1936 amaneció despejado y frío. El sol brillaba sobre Madrid, pero de un modo pálido y anémico, sin la fuerza necesaria para caldear el viento gélido que venía del norte. Un viento que llegaba a la ciudad tras atravesar una sierra del Guadarrama donde la nieve era ya tan abundante como en un belén navideño espolvoreado con harina.

Los madrileños tenían que remontarse muchos años atrás para recordar un otoño y un invierno tan desapacibles. Las nieblas y las lluvias habían sido abundantes a lo largo de noviembre y diciembre, dándoles un aspecto fantasmal a los combates en la Casa de Campo y la Ciudad Universitaria. Los soldados de Franco y los milicianos republicanos habían tenido que buscarse, adivinarse y acuchillarse entre los jirones de bruma y las cortinas de agua. Pisoteando en su empeño homicida un lodazal de sangre, barro y hojas secas.

Había un millón de personas atrapadas en el rompeolas de todas las Españas desde la llegada de las tropas facciosas a comienzos de noviembre. Calentaban sus hogares quemando revistas, libros, ramas de árboles y hasta los muebles. En la ciudad escaseaban el carbón y el gasoil, y los cortes del suministro eléctrico eran frecuentes. Además, muchas casas habían perdido sus cristales a causa de los bombardeos.

Ramón Toral dobló hacia arriba la solapa de piel de borrego de la pelliza para protegerse el cuello del clima polar de aquella mañana. Luego comprobó que su Star tenía puesto el seguro y la devolvió al bolsillo exterior derecho de la prenda. Solo entonces emprendió una cautelosa ascensión por la escalera de mano, fabricada con madera, que comunicaba con la azotea del ruinoso edificio de la Escuela de Estomatología.

Al alcanzar la azotea avistó a tres hombres que conferenciaban acuclillados tras una barricada de sacos terreros. Reconoció a uno de ellos, el que llevaba unos prismáticos colgando del cuello. Lo destacable en los otros dos eran los cartuchos de dinamita que, ensartados en unos cinturones de tela, cruzaban sus pechos y ceñían sus talles. El trío se cubría las cabezas con gorras de campaña confederales.

Ramón se arrastró por el suelo hasta alcanzar al grupo. La avanzadilla fascista estaba solo a cincuenta metros de distancia y contaba con excelentes francotiradores rifeños, gente de infinita paciencia y gran puntería que todos los días abatía a unos cuantos republicanos que asomaban demasiado la cabeza en las trincheras de la Ciudad Universitaria. Ramón les tenía mucho respeto a los rifeños, había tenido que vérselas con ellos en la guerra de África, quince años atrás.

—Salud, compañeros —dijo. De su boca salió un chorro de vaho.

—Salud, Ramón —respondió el hombre de los prismáticos. De su boca brotó asimismo una vaharada.

Los dos dinamiteros asintieron con la cabeza. Los de su gremio solían ser tranquilos y callados. Necesitaban toda la concentración posible para calcular a qué distancia tenían que arrojar el explosivo y cuál era la longitud de la mecha. También para encenderla con frialdad con un cigarro o un chisquero y aplicar luego a la mano el movimiento y la fuerza precisos para alcanzar el objetivo. La mayoría de los que combatían en Madrid contra Franco eran asturianos.

—Necesito hablar contigo, Cipriano —dijo Ramón. Y añadió con una sonrisa irónica—: ¿O ahora debo llamarte comandante Mera?

—No me toques las narices. —El de los prismáticos se quitó la gorra para rascarse la oscura cabellera, tintada ya en la parte frontal por un mechón de canas. Volvió a colocársela y, dirigiéndose a los dinamiteros, dijo—: Aunque sea más grande y más feo que el monstruo de Frankenstein, Ramón es un buen compañero. Estuvo en la Guardia de Asalto, pero terminaron echándolo por follonero. Es un anarquista de raza. Tan individualista que ni siquiera tiene carné de la CNT.

Ramón le miró con una pizca de fastidio.

—Sabes bien que me echaron porque me negué a cargar contra una manifestación de las mujeres de los tranviarios. —Girándose hacia los dinamiteros, añadió en tono explicativo—: Eso fue cuando los sucesos de 1934, cerca de las cocheras de Cuatro Caminos. Mis superiores lo llamaron insubordinación.

—Es lo que he dicho, ¿no? Que aunque fueras policía y llevaras una porra muy larga y un uniforme muy chulo, no eras un perro de presa —sentenció Cipriano Mera—. Pero, bueno, no creo que hayas venido aquí a reforzar la posición. ¿Qué tripa se te ha roto?

—Tengo que hablar contigo de un asunto serio, una investigación que me ha caído encima. Pero preferiría no hacerlo aquí. Es muy incómodo charlar en cuclillas y tan cerca de los fusiles de los moros.

Mera reflexionó. Era un hombre de unos cuarenta años y rostro alargado y surcado de arrugas. Tenía una mandíbula robusta, una boca ancha, una nariz bulbosa y unas cejas rotundas bajo las que se cobijaban unos ojos pequeños de mirada taciturna. Su vida nunca había sido fácil: era albañil, sindicalista y anarquista.

Terminó diciendo:

—Ti me imagino que si no fuera algo serio no habrías venido hasta aquí el día de Navidad. Baja a tierra y que alguien de intendencia te prepare un desayuno con café, cebada o lo que haya. Yo termino con los compañeros y bajo también.

En el interior del Peugeot 201 en el que había conducido a Ramón Toral hasta la Escuela de Estomatología, Liberto Sanz liaba un cigarrillo con picadura de Canarias pensando melancólicamente que tan solo le quedaba un material tan bueno para un par de días. Canarias, Extremadura y parte de Andalucía, las regiones productoras de tabaco, estaban en manos de Franco desde el comienzo de la guerra. Los

republicanos, intuía, pronto iban a tener que fumarse las hojas muertas de los árboles. De poco les servía que en su zona abundara el papel de liar de Alcoy.

Se consoló pensando que en el morral que había dejado en la banqueta posterior del vehículo llevaba una lata de sardinas y un trozo de dulce de membrillo. Formaban parte de la ración militar de su hermano y este se los había regalado la noche anterior, cuando Liberto fue a visitarle a las trincheras de Usera llevándole una tortilla de patatas. Los hermanos Sanz habían celebrado así la Nochebuena. En el frente, pero juntos. Como les hubiera gustado a sus padres que lo hicieran, por mucha guerra y mucha revolución que sacudieran España.

Tras un día plomizo, la Nochebuena había terminado siendo clara y helada, como en las estampas tradicionales del Portal de Belén. Un gajo de una luna decreciente y una miríada de estrellas iluminaban las trincheras republicanas, donde los milicianos intentaban cenar jovialmente con las vituallas extraordinarias que les habían llevado amigos, familiares o las pizpiretas muchachas del Socorro Rojo. Hasta habían tenido turrón de Alicante. Y sí, habían cantado villancicos, alternados, por supuesto, con himnos antifascistas.

Enfrente debían de estar dedicándose a lo mismo, aunque seguramente con mejores provisiones. Las regiones que controlaban los sublevados constituían buena parte de la despensa de España. A Franco le gustaba restregárselo por las narices a los madrileños bombardeándolos de vez en cuando con panecillos blancos, hechos con harina de trigo.

Rojos y facciosos se habían tiroteado unas cuantas veces durante aquella Nochebuena. Poca cosa, cuestión de joder, de recordar que estaban en guerra, que seguían siendo enemigos.

A las ocho de la mañana del día de Navidad, tras unas pocas horas de sueño, Liberto había recogido a Ramón en la colonia de casas baratas donde este vivía. Estaba en la calle Tenerife y el vecindario la conocía con el nombre de su empresa promotora, la Constructora Benéfica. Luego, en el breve trayecto hasta la Ciudad Universitaria, había intentado convencer a su jefe de que reclamara un cambio del Peugeot 201, el automóvil de servicio que el Ateneo Libertario de Tetuán le había otorgado a su delegado de Seguridad.

Liberto era mecánico profesional, empleado en un taller de Cuatro Caminos antes de la guerra, y estaba casi tan chiflado por los coches como por las corridas de toros. Le tenía echado el ojo a un Studebaker aparcado en el patio trasero del Cinema Europa. Era una máquina americana muy recia, con capacidad para siete personas y pintada de un espectacular color mostaza. Había sido incautada a un directivo de la Compañía Telefónica huido a la Salamanca franquista, pero el Ateneo, según decía Liberto, le daba poco uso.

Ramón no quiso saber nada del asunto. El Peugeot 201 era un buen cacharro, dijo. Tenía una altura y una anchura suficientes para viajar cómodamente, y, con un morro alargado que albergaba un motor de 35 caballos, era capaz de alcanzar los cien

kilómetros por hora. No se podía ni se debía pedir más en tiempos de tanta escasez, sentenció.

Ahora, esperando al jefe en el interior del vehículo francés, Liberto terminó de enrollar en papel de Alcoy un puñado de briznas de picadura, prendió fuego al cigarrillo con un chisquero y comenzó a fumárselo tranquilamente. Pensó que en lo que sí que estaba de acuerdo con su jefe era en no pintar con ningún distintivo la carrocería negra del Peugeot. Al fin y al cabo, Ramón era el equivalente a un comisario de la antigua Policía secreta. No podía ir por el mundo anunciándose.

Dos disparos secos rompieron el silencio. Supuso que debían de proceder de algún francotirador situado en los semiderruidos edificios de la Ciudad Universitaria que ocupaban los sublevados desde comienzos de noviembre. Les respondió un ronco ¡*Hijos de puta!*, y las ráfagas de lo que bien podrían ser dos o tres naranjeros en manos de los sitiados.

En el Peugeot, reconoció, se estaba más a salvo que afuera y, aun con el motor apagado, algo más caliente. Decidió que, cuando acabara de fumarse el pitillo, daría una cabezadita.

—Se te va a caer la pistola.

Cipriano Mera miraba la culata de la Star que sobresalía ligeramente del bolsillo de la pelliza de Ramón Toral.

—No te creas, está bien encajada —respondió Ramón—. Y además le tengo puesto el seguro.

—¿Es la que te regalé cuando te nombraron delegado de Seguridad de nuestro distrito?

—Sí, la misma. Pero no me gusta llevarla en la funda sobaquera con la que venía. Prefiero tenerla siempre a mano.

—Como quieras. Pero ándate con cuidado. Estoy hasta los cojones de los accidentes en nuestras filas. Casi un tercio de nuestras bajas son por disparos accidentales de nuestras propias armas. Esto parece un suicidio colectivo.

—Yo soy un profesional, Cipriano.

—Lo sé, Ramón, pero no te confíes, ándate con cuidado. Algunas de esas bajas estúpidas son de gente que sabía manejar armas. Parece que las nuestras las carga el diablo.

Los dos hombres se abrazaron, contemplados por una treintena de milicianos agrupados en torno a una fogata alimentada con la madera de los pupitres de la facultad. Las vestimentas de aquellos milicianos eran variopintas, testimonio de la resistencia anarquista a aceptar la uniformidad que los comunistas iban implantando en las filas republicanas.

Todos los hombres de Mera eran voluntarios. Ni habían sido reclutados contra su voluntad, ni tan siquiera se habían alistado por la paga de diez pesetas diarias que

había fijado la República para sus combatientes. Lo habían hecho por sus ideales libertarios y querían que su apariencia lo hiciera saber. Algunos seguían llevando los monos azules de obrero que habían distinguido a los antifascistas en los primeros compases de la guerra. Otros ya vestían ropas militares, pero en pocos casos el pantalón y la casaca iban a juego. Sus prendas de abrigo eran aún más variadas: cazadoras, sobretodos, jerséis de lana, gabardinas, chaquetas de pana, sacos de arpillera, capotes... Abundaban los capotes. Podía vivirse dentro de ellos. Servían de abrigo, techo, manta y colchón.

La uniformidad era asimismo inexistente a la hora de taparse la cabeza. Salvo sombreros burgueses, los hombres de Mera se techaban con cualquier cosa: cascos de metal, boinas castizas, gorras obreras o paramilitares... El más pintoresco, un cuarentón de rostro granítico, llevaba una gorra de piel de zorro con la cola colgándole por la nuca.

—¿Qué te han dado de desayunar? —preguntó Mera deshaciendo el abrazo y mirando la taza de porcelana descascarillada que Ramón llevaba en la mano.

—Coñac. Ya no tenían café ni cebada, pero les quedaba una botella de Tres Cepas. No está mal. Tiene un paladar suave y calienta la garganta. En un día como hoy, sienta bien.

—Me alegro. —Mera se quitó la gorra, se rascó la cabellera y volvió a tocarse—. Perdona que haya tardado en bajar. Estaba planeando con los asturianos una operación para colarnos por las cloacas de la Ciudad Universitaria y minar con dinamita los edificios ocupados por los fascistas. No veo otra manera de echarlos de aquí. Los hemos asaltado a la brava una y otra vez, pero se pegan a sus posiciones como lapas.

—Son duros de pelar. Lo sé porque en África tuve que vérmelas con los moros como enemigos y con los legionarios como amigos. Ahora Franco los ha juntado contra nosotros.

Las arrugas del rostro de Cipriano Mera parecieron multiplicarse.

—¿Cómo has venido hasta aquí? —preguntó—. No habrá sido andando.

—No. Me ha traído mi chófer. Está esperándome en el coche. Detrás de aquellas barricadas.

Mera se dirigió hacia los agrupados en torno a la hoguera y les dio un bocinazo:

—¿Os queda algo de coñac? —Dos o tres voces contestaron afirmativamente—. Pues, venga, que uno de vosotros vaya donde está el chófer del compañero Ramón y le ofrezca un trago. ¿Qué estará pensando de la hospitalidad navideña de nuestra columna?

Uno de los milicianos salió escopetado hacia el vehículo con la botella de Tres Cepas en la mano.

—Has tenido una buena idea —dijo Ramón, sonriente—. A Liberto le cuesta andar. Me lo asignaron precisamente por eso. Se jodió una rodilla en las luchas de la Casa de Campo.

—Tuvo suerte si solo fue una rodilla. Pero, dime, ¿qué tripa se te ha roto para venir hasta aquí con tantas prisas?

—Es un asunto delicado, Cipriano. Ayer vino a verme una compañera para denunciar el asesinato de una vecina suya de la calle Hierbabuena. Igual las conoces del barrio...

—¿Cómo se llaman?

—La denunciante es una maestra llamada Marcela Burgos; la muerta se llamaba Rosario Crespo.

Cipriano Mera respondió tras cavilar un instante:

—Ahora no caigo. Pero da igual, sigue.

—Pues nos fuimos al lugar de los hechos y allí estaba Rosario, tirada en el suelo de la cocina. La habían cosido a puñaladas. Llevaba el camisón lleno de sangre.

—¡Hostia puta!

—Eso mismo dije yo. La pobre mujer parecía una marioneta a la que le hubieran cortado las cuerdas.

—Me lo imagino. Todas las personas que mueren violentamente parecen marionetas.

—Sí. El caso es que Marcela, la denunciante, cree que a Rosario la mató su marido.

—¿Y eso?

—Aquí es donde se enreda la cosa. El marido es un albañil de nuestro barrio, afiliado a la CNT. Se llama Bernardo Gómez. ¿Te suena?

—No. Ese nombre tampoco me dice nada. Sigue.

—Bernardo se unió en julio a las milicias confederales y, según la denunciante, está bajo tus órdenes desde entonces.

—Puede ser, no los conozco a todos, son cientos. Pero, dime, ¿por qué tendría que haber matado el tal Bernardo a su mujer?

—Aquí es donde la cosa se enreda aún más. Marcela sabía que Rosario tenía un lío desde octubre con un tranviario del barrio, del que había sido novia a los catorce años. Cree que el marido lo descubrió, se volvió loco de celos y la apuñaló en su última visita a casa. Con un cuchillo de cocina. En la noche del 23 al 24 de diciembre.

—Yo no sé de leyes, Ramón. De eso sabes tú, que estuviste en la Guardia de Asalto. ¿Matar a la mujer que te pone los cuernos es un delito grave?

—Según las leyes burguesas, es un delito con muchos atenuantes y eximentes. La reparación del honor, la enajenación mental transitoria, el crimen pasional. Muchos de los que lo cometen salen pronto en libertad, si es que llegan a ir a la cárcel.

—¿Y según nuestros ideales?

—Marcela me ha contado que ella no solo es del sindicato de maestros de la CNT sino también de Mujeres Libres. Cree que la igualdad de derechos y deberes entre las hembras y los varones es un ideal libertario muy importante. Ayer me echó un

sermón al respecto mientras esperábamos en la morgue a que se hicieran cargo del cadáver de Rosario. Cree que las mujeres tienen el mismo derecho al adulterio que los hombres y que estas cuestiones tienen que resolverse con el divorcio, nunca con violencia. Es lo que piensa ella.

—¿Y tú qué piensas?

—No lo sé, Cipriano, de veras no lo sé. Es un asunto jodido. Muchos compañeros dirán que Bernardo hizo requetebién, que actuó como un verdadero hombre matando a la puta que le ponía los cuernos mientras él luchaba por la libertad de todos.

Mera desvió la mirada hacia el miliciano que regresaba en ese momento a la fogata. El miliciano esgrimió la botella de Tres Cepas y gritó: «¡El pelirrojo está servido!». Mera le envió un gesto de aprobación con la cabeza.

—Aún no me has dicho lo que piensas tú —dijo, dirigiéndose de nuevo a Ramón.

—Yo pienso que la hombría no se demuestra matando a una mujer. Ni aunque esa mujer te haya puesto los cuernos. Pero lo que yo piense no es importante. Mi obligación como delegado de Seguridad es buscar y detener al sospechoso para presentarlo ante un jurado popular. Precisamente para lidiar con este tipo de mierda me eligieron los compañeros del barrio en septiembre. A propuesta tuya, te recuerdo. Será un jurado popular el que tendrá que decidir lo que se hace con Bernardo. —Hizo una pausa—. Si es que queda probado que él la mató.

Mera se rascó el mentón, oscurecido por una barba de tres o cuatro días, y frunció el ceño pensativamente.

—De acuerdo —acabó diciendo—. ¿Y para qué has venido a verme? ¿Qué quieres que haga yo?

—No estoy intentando escaquearme, Cipriano. Quiero resolver este caso. Pero lo primero que tengo que hacer es detener e interrogar a Bernardo Gómez. Ya te he dicho que está en tu columna desde julio, cuando liberasteis Alcalá de Henares y Guadalajara. Lo que necesito es que averigües su paradero exacto y me lo digas. No voy a recorrerme los muchos kilómetros que tienen los frentes de Madrid preguntando por él en toda y cada una de las trincheras.

—Cuenta con ello. ¿Algo más?

—También tendrías que darme un permiso para que pueda moverme sin problemas entre nuestras tropas. Sobre todo, para que pueda detener al sospechoso sin que me fusilen de inmediato sus camaradas de armas. Los ánimos están muy encendidos, bien lo sabes.

—Ahora mismo te prepara un salvoconducto el compañero que nos hace de secretario y te lo firmo personalmente. Ah, y una cosa más. No vuelvas a bromear con lo de llamarme comandante. Tanto si ganamos como si perdemos esta guerra, volveré a trabajar de albañil. Si no puede ser aquí, será exiliado en Francia o en Marruecos.

Mera tendió su mano derecha. Ramón se la estrechó.

La mujer del cartel vestía una saya, se cubría la cabeza con una pañoleta y alzaba los brazos al cielo como el hombre de la camisa blanca del cuadro *Los fusilamientos del tres de mayo*, solo que sus puños no estaban abiertos como los del personaje de Goya, sino cerrados en un gesto combativo. En el extremo inferior izquierdo del cartel se veían los cañones de los fusiles que estaban apuntándola. Entre ella y los fusiles, un texto decía: «¡Mujeres! Vuestra familia la constituyen todos los luchadores de la Libertad». Firmaban Mujeres Libres y la CNT.

Lucía Sánchez Saornil estaba de pie, tras una mesa cubierta con un mantel rojinegro, y tenía a su espalda aquel afiche de la campesina a punto de ser acribillada. Sánchez Saornil tendría unos cuarenta años, vestía con blusa blanca y falda negra de tubo, su cabello era oscuro, corto y partido en dos en el centro, y en su rostro destacaba una nariz larga y puntiaguda. Hablaba con voz potente, sin micrófono.

—Algunos compañeros —decía— no parecen haberse enterado de que la visión de la mujer como mera madre y nodriza de los escritos de Proudhon, ya fue superada por Bakunin. La completa igualdad de derechos y deberes para los dos sexos es esencial en el pensamiento libertador de Bakunin. —Una salva de aplausos acogió sus palabras, obligándola a hacer una pausa—. En las gloriosas jornadas de julio —prosiguió— las mujeres empuñamos las armas contra los militares sublevados en igualdad de condiciones que los hombres. Durante muchas semanas, ellos y nosotras combatimos juntos en el Guadarrama y otros frentes. Pero bien sabéis, compañeras, que pronto empezaron a apartarnos de la primera línea de fuego. Dijeron que éramos más útiles en la retaguardia, como enfermeras, secretarias o trabajadoras en los talleres y las fábricas. Ahora vemos que hasta esto quieren quitarnos. No podemos tolerar que nuestros propios camaradas varones nos devuelvan al papel de hembra sumisa y relegada a los trabajos del hogar. En España, compañeras, no se está librando una guerra civil, se está librando una guerra social. Y no habrá emancipación social si se mantiene esclavizada a la mitad de la humanidad.

Marcela Burgos se levantó de la silla como impulsada por un resorte y aplaudió a la oradora hasta que le dolieron las manos. Su hijo, sentado a su lado, en la primera fila de sillas, la miró asombrado, pero pronto la imitó al ver que el entusiasmo de su madre era compartido por el centenar de mujeres reunidas en la tarde de aquel 25 de diciembre en el Cine Proyecciones, en la calle Fuencarral. Eran militantes de Mujeres Libres, la organización feminista creada en el seno del movimiento libertario español en abril de ese mismo año de 1936, tres meses antes de que Mola, Franco, Queipo de Llano y otros generales se alzaran en armas contra la República.

Sánchez Saornil bajó del estrado por una escalerita lateral con aspecto aturdido, como si la ovación le pareciera excesiva. Era una anarquista que había trabajado

como operadora de Telefónica hasta que terminó siendo despedida por sus actividades sindicales. Luego había sido una de las fundadoras de Mujeres Libres y el 20 de julio había participado en la conquista del Cuartel de la Montaña. Desde joven escribía poemas que se publicaban en revistas vanguardistas y ahora ejercía de periodista en los frentes de Madrid.

Marcela le cuchicheó algo a su hijo y se dirigió a acoger con un abrazo a la oradora. Luego subió al estrado con resolución. Había llegado su turno de palabra.

—Yo voy a ser tan breve como la compañera Lucía —empezó diciendo—. Hoy es Navidad y, aunque de nosotras se digan monstruosidades, también tenemos corazón. —Le respondió una carcajada—. Sí, tenemos corazón y tenemos ganas de regresar en un día como hoy junto a nuestras familias y vecinos, nuestros padres y hermanos, nuestros compañeros e hijos. Pero tengo que daros una mala noticia antes de que nos vayamos. Una vecina mía de Tetuán no puede pasar este día de Navidad con su gente. Se llamaba Rosario Crespo y se ganaba cuatro perras cosiendo. A Rosario la mataron hace dos días. Y no fueron las bombas o los fusiles de los fascistas. A Rosario la mató su hombre a puñaladas. ¡La mató un compañero nuestro!

Un murmullo de indignación barrió la sala.

—¿Tienes noticias de tu familia? —preguntó Ramón.

—Pocas desde que se fueron a Albacete —contestó Liberto—. Una prima de mi mujer vino a Madrid el día de la Inmaculada y me contó que ella y los niños están bien. Pasan menos fatigas que aquí.

—¿Dónde están viviendo?

—En casa de mis suegros. Duermen apretados como las reses en los chiqueros, pero la prima de mi mujer dice que en Albacete se come mejor que aquí.

—Eso seguro, Liberto. Me han dicho que ya hemos acabado con las cabras y ovejas que trajeron los campesinos que huían de Franco. Tengo el barrunto de que en Madrid no queda otra carne que la de los perros y los gatos.

—Y no vamos a tardar en comérmolos, jefe. Luego habrá que ir a por los caballos y las mulas, se ponga como se ponga el general Miaja. Y al final, caerán las ratas.

—Antes me hago vegetariano, te lo juro. Aseguran que las chuletas de puré de algarobas son muy nutritivas.

—Las mondas de patatas tampoco están nada mal si se fríen con cebolla. Eso lo tengo yo muy catado. Y he oído que se puede hacer tortilla sin huevos.

—¿Tortilla sin huevos? ¿Cómo?

—Dicen que con una papilla de harina. —Ramón levantó la mirada del mostrador de zinc y la dirigió, incrédulo, hacia el conductor—. No sé, jefe. Es lo que dicen.

Se sumergieron en un silencio mustio. Acababan de llegar a La Pampa y aún no habían sido atendidos. La cervecería estaba abarrotada de vecinos del barrio, todos varones, bastantes de ellos milicianos armados. Su algarabía hacía imposible

escuchar el sonido del aparato de radio Zenith encendido sobre una estantería esquinera. El humo de sus cigarrillos formaba una humareda que salía a la oscuridad nocturna por la puerta abierta a la esquina de las calles Villaamil y Francos Rodríguez.

Les sacó del ensimismamiento el camarero, al plantarse ante ellos y preguntarles con jovialidad:

—Ramón, Liberto, ¿unas copitas de anís? Invita la casa, que hoy es Navidad.

El conductor miró a su jefe con el rabillo del ojo. Este contestó por los dos.

—Adelante con el anís. No estamos de servicio.

El camarero se secó las manos en el delantal, dio un giro de ciento ochenta grados, agarró una botella de una estantería y la mostró triunfalmente.

—Os lo voy a poner del bueno. Un Chinchón seco. Esta es la última botella que nos queda. A partir de mañana, tendremos que servir lejía. —Sacó un par de copas de cristal de debajo de la barra de zinc, las colocó delante de la pareja y vertió en cada una un dedo de licor—. El compañero delegado de Seguridad y su escolta están servidos.

Los dos hombres dieron las gracias y se dispusieron a saborear sus bebidas. Estaban en ello cuando se percataron de que los otros parroquianos habían interrumpido sus conversaciones y miraban con fascinación el aparato de radio. De él salía un melancólico pasodoble:

*Al museo de Sevilla
iba a diario Juan Miguel,
a copiar las maravillas
de Murillo y Rafael.*

*Y por las tardes,
como una rosa
de los jardines que
hay al entrar,
pintaba a Trini,
pura y hermosa como si fuera la Inmaculá.*

*Y decía el chavalillo:
pá que voy a entrar ahí,
si es la virgen de Murillo
la que tengo frente a mí.*

*Triniá, mi Triniá,
la de la Puerta Real,
carita de nazarena,*

*con la Virgen Macarena
yo te tengo compará.*

*El museo sevillano
un mal día visitó
un banquero americano
que de Trini se prendó.*

*Y con el brillo de los diamantes,
la sevillana quedó cegá,
y entre los brazos de aquel amante
huyó de España la Triniá.*

*Algo en tu vida envenena,
¿qué tienes en la mirá?,
que no me pareces buena,
Triniá, mi Trini, ay, mi Triniá.*

El mutismo se prolongó unos segundos después de que el malagueño Miguel de Molina hubiera terminado de cantar. Era como si la letra de *Triniá* les hubiera asestado a todos aquellos hombretones una puñalada en el corazón.

A Liberto se le habían humedecido los ojos. Se los restregó con la manga de la camisa. Luego dejó su copa sobre el zinc, volvió a mirar de soslayo a Ramón y dijo:

—Es linda la maestra, ¿verdad? —Ramón asintió con un gruñido—. Aunque un poco marisabidilla.

—¿Marisabidilla? No me ha dado esa impresión. Lo que pasa es que ella tiene algo que tú y yo no tenemos: estudios. Y eso se nota.

—Bueno, tú también tendrías que estudiar algo para entrar en la Guardia de Asalto...

—Sí, hombre. Para entrar, había que saber leer y escribir, sumar y restar, algo de geografía e historia, cosas así. Pero eso yo lo tenía aprendido de cuando estuve de niño en una escuela libertaria de Lavapiés.

—Algo más te enseñarían en el cuerpo...

—Algo más, sí. Nos dieron un cursillo sobre la Constitución y las leyes de la República, pero lo básico, no te vayas a creer. Lo importante era el entrenamiento físico. Nos llevaban de madrugada a la Casa de Campo y nos hacían sudar la gota gorda con gimnasia, carreras de cien metros, saltos de vallas y trepadas de cuerdas de cinco metros de largo. Yo lo que llevaba peor eran las cuerdas, peso ochenta y cinco kilos.

—De puro músculo, jefe.

—¡Qué va! De puros huesos.

Liberto tragó un buche de Chinchón.

—¿La maestra no está con ningún hombre?

—Precisamente se lo pregunté para hacer el informe y me dijo que no, que vive sola con su hijo. Entonces le pedí el nombre del padre y me dijo que pusiera *desconocido*. Yo no le iba a preguntar más, pero ella se puso a explicarme que había querido tener un hijo sin casarse con nadie. Que se había acostado un par de veces con un desconocido de buena planta y se había quedado preñada. Me lo contó con mucho desparpajo, como si fuera lo más natural del mundo.

—Coño, la compañera es de armas tomar.

—Parece serlo. ¿Sabes a qué me recuerda esta historia?

—Claro, jefe. A la de Aurora y su hija Hildegart.

—Exacto. Lo de buscarse un hombre para quedarse preñada y si te he visto no me acuerdo, recuerda mucho a Aurora.

Evocaban el caso criminal más célebre en la corta historia de la República. En 1934, un tribunal había condenado a Aurora Rodríguez Carballeira a una larga estancia en la cárcel por el asesinato de Elildegart, su hija única, de dieciocho años de edad. Aurora, una librepensadora gallega, soñaba con crear lo que llamaba «la mujer perfecta», emancipada por completo de cualquier dependencia económica o sentimental masculina. Para ello había utilizado a un cura como semental y al fruto de esa relación, una niña a la que llamó Hildegart, le había dado en Madrid una educación extraordinaria. Apenas una adolescente, Hildegart ya era una estrella en los círculos progresistas de la capital. Pero en 1933, Aurora, viendo que su hija comenzaba a escapar de su control, le disparó cuatro tiros a sangre fría mientras dormía en el piso que compartían en la calle Galileo.

—Esperemos que la maestra no termine perdiendo la chaveta como la madre de Hildegart —dijo Liberto.

Ramón apuró de un trago su copa de anís.

—Vamos a darle un voto de confianza.

Llevando a su hijo de la mano, Marcela subía por la calle Fuencarral en dirección al metro de Quevedo. Había anochecido y las farolas estaban encendidas. Emitían una luz exigua y tintada de azul porque la Junta de Defensa había decretado que sus cristales se pintaran de ese color para dificultar la visión nocturna de los aviones de Franco.

Había poco movimiento. Por el frío, por la guerra y porque era el día de Navidad. Marcela, su hijo y un par de parejas que caminaban muy abrazadas eran los únicos en ese tramo de la calle. Tampoco estaba muy concurrida la calzada. Un carro tirado por un mulo descendía hacia el centro de la ciudad, transportando bultos tapados con mantas de campaña. El carro se cruzó con una moto con sidecar en la que viajaban dos milicianos, comunistas a tenor de la hoz y el martillo pintados en el morro. El

pasajero del carro saludó con el puño en alto a los motociclistas, que no se apercibieron del gesto. Iban a toda velocidad, quizá hacia el cuartel del Quinto Regimiento, en la zona de Tetuán.

Marcela se detuvo y se agachó para taparle mejor las orejas a su hijo con el gorro de lana.

—¿Te has aburrido mucho?

—Un poquito, mamá. No entendía lo que decían. —La voz infantil se animó al añadir—: A ti sí que te he entendido. Has contado lo de Rosario. ¡Has sido la mejor!

Llegaron a la boca del metro de Quevedo y comenzaron a bajar sus escaleras. Toda la humanidad que faltaba en el exterior parecía concentrarse aquí. Las escaleras, los pasillos y los andenes de la estación estaban repletos de refugiados. De pie, sentados o recostados, apenas dejaban espacio al tránsito de los viajeros. Los hombres vestían con longevos pantalones y chaquetas de pana y calzaban botas que habían conocido muchos remiendos. Las mujeres iban enlutadas y cubrían sus cabezas con toquillas de lana. Eran campesinos pobres sin parientes en Madrid, familias enteras de republicanos, socialistas y anarquistas de Andalucía, Extremadura y La Mancha que habían abandonado sus hogares ante el avance de las tropas de Franco. Con los corazones aterrorizados por los fusilamientos masivos de rojos en Sevilla, Badajoz y Toledo.

El hijo de Marcela compuso una mueca de desagrado ante el olor que desprendía aquella muchedumbre doliente. Su madre le indicó con un gesto que dejara de hacerlo.

Sorteando a la gente, consiguieron llegar al andén y acercarse a las vías. El andén estaba decorado con un mural publicitario de antes de la guerra, en el que una muchacha sonreía dándole el biberón a un bebé mofletudo.

El tren no tardó en llegar. Marcela y su hijo se sentaron entre un hombre con la guerrera del Ejército Popular Republicano que el Gobierno estaba intentando poner en pie, y una señora gruesa que leía un libro a través de una gafas redondas de montura de carey.

—¿Qué vamos a cenar, mamá? —preguntó el chaval.

—Naranjas, Mijaíl. Han llegado unas buenísimas desde Valencia.

Se bajaron en Cuatro Caminos, la siguiente y la última estación de la Línea 2.

Bajo un cielo de nuevo encapotado, el Peugeot 201 se dirigía hacia el barrio de Salamanca, el único de la capital que no había sido alcanzado por los bombardeos artilleros o aéreos de los sitiadores. Resultaba evidente que Franco no quería provocar el menor rasguño en el corazón del Madrid burgués y derechista. De hecho, si aquel general bajito, regordete y de voz atiplada se había sublevado cinco meses atrás contra el Gobierno republicano de izquierdas, era para imponer las ideas y proteger los intereses de la gente con *parné*.

Aunque Liberto insistía en que Ramón debía hacer valer su rango viajando en la parte trasera del vehículo, este siempre se colocaba en el asiento del copiloto. Así lo hacía el mediodía de aquel 26 de diciembre, veinte minutos después de haber recibido en su oficina del Europa la llamada de Eduardo Val.

Apenas prestaba atención a la cháchara del conductor.

—Si lo de Varela es verdad, igual llegamos a Nochevieja —le estaba diciendo Liberto.

—¿Lo de Varela? ¿Qué pasa con Varela?

—¿No te lo ha contado Cipriano?

—Hoy no he hablado con él. No tengo ni puñetera idea de lo que me hablas.

—Pues a mí me han dicho que Varela fue herido ayer en Villanueva de la Cañada. Parece que andaba de inspección en el frente y le alcanzó la metralla de uno de nuestros tanques, un T-26 ruso.

Ramón se giró hacia el conductor. El asunto le interesaba: el general Varela era el jefe operativo de las tropas que intentaban capturar Madrid.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Unos compañeros del Europa. Conocen a uno que trabaja en Inteligencia, que es el que les ha dado la noticia.

—¡*Cagúndiez*, Liberto, ya estamos con los chismes de Radio Macuto! Si solo un cinco por ciento de lo que cuenta esa emisora fuera cierto, ya habríamos ganado la guerra.

Ramón volvió a mirar al frente y sumirse en sus pensamientos. Le intrigaba la llamada de Eduardo Val convocándole en su despacho de la calle Serrano lo antes posible, mejor hoy que mañana, mejor ahora que más tarde. No conocía personalmente a Val, pero sabía que era lo más próximo a un comandante de Estado Mayor que pudiera existir en las filas anarquistas de Madrid y sus alrededores.

También estaba al tanto de sus antecedentes. Val era gallego y, antes del estallido de la guerra, trabajaba como camarero en los hoteles Ritz y Palace, sin que aquella fuera su única ocupación. Sus patronos y clientes no podían imaginar ni por asomo que aquel tipo servicial y vestido de esmoquin también era el jefe de los clandestinos

grupos anarquistas de acción, los encargados de las tareas violentas. Ahora Val ya no ocultaba sus ideas y ejercía de secretario del Comité de Defensa Confederal. ¿Qué podría querer de Ramón?

La calle Serrano se desplegó ante el Peugeot con sus elegantes fincas intactas, en perfecto estado de revista. El adoquinado tampoco presentaba cráteres de bombas como los que hacían intransitables tantas otras vías de la ciudad. Los árboles eran altos y de aspecto saludable, aunque desnudos de hojas por el invierno. Niñas con boinas, abriguitos y medias de lana saltaban alegremente a la comba en una acera. En la otra, una castañera atendía a una pareja de ancianos.

Liberto condujo hasta el número 111, el palacete incautado por los anarquistas a la familia Luca de Tena, los dueños del diario monárquico *ABC*, para convertirlo en la sede de su principal centro de decisiones en Madrid, el Comité de Defensa Confederal. De su fachada colgaba una oriflama rojinegra y, a la derecha de su noble puerta de entrada, un confesionario de iglesia servía de garita al miliciano de guardia.

El Peugeot aparcó tras uno de aquellos camiones de transporte que los anarquistas habían convertido en precarios blindados forrándolos con chapas de metal e incrustándoles una ametralladora. Ramón abrió su puerta y se disponía a salir cuando Liberto le preguntó:

—¿Qué hago, jefe? ¿Te espero aquí?

Ramón le observó con aire divertido.

—Mi instinto policial me dice que estás hambriento. ¿Me equivoco?

—Pues no. Solo llevo en la barriga una taza de malta.

—Anda, mira a ver si encuentras en este barrio algo que se pueda masticar. No sé cuánto tiempo voy a estar ahí dentro, pero entre pitos y flautas seguro que es más de media hora.

Ya había puesto un primer pie en el adoquinado cuando volvió a escuchar a Liberto a sus espaldas:

—¡A ver si te enteras de lo de Varela!

—Vale, preguntaré —respondió sin volverse—. Pero me temo que sea una trola.

—Coño, jefe. Eres más aguafiestas que una granizada en la corrida de San Isidro.

No funcionaba el ascensor. Ramón subió a pie hasta la segunda planta, donde le habían indicado que estaba el despacho de Eduardo Val. Por las escaleras, anchas, de madera pulida y crujiente, se cruzó con unos milicianos que bajaban cargados de papeles. Parecían muy excitados, como si los documentos que transportaban contuvieran las claves de la victoria popular frente a Franco.

El rellano de la segunda planta estaba adornado con la fotografía de un Bakunin de rostro fatigado y con el cabello y la barba greñudos y sembrados de canas. Ramón pensó que ese retrato debía de haber sustituido a uno de esos cuadros con escenas de caza en la campiña inglesa que tanto gustaban a los burgueses. Dos puertas colosales

de madera labrada daban acceso a lo que debían de ser sendas alas del palacete. Ramón preguntó por Eduardo Val a un civil que salía de una de ellas y este le indicó que no estaba allí, sino en la de enfrente.

Superó un recibidor, ignoró su perchero y entró en un salón tan grande como su casa en la Constructora Benéfica. El suelo, de parqué oscuro, estaba cubierto por alfombras persas. Las paredes habían sido tapizadas con terciopelo de color melocotón y en una de ellas colgaba el retrato al óleo de un caballero decimonónico. Los sillones, los sofás, las sillas y las mesas eran de pesada madera de roble.

Aquí la única aportación anarquista a la decoración parecía ser un cartel de papel de estraza claveteado en una pared que informaba de que allí estaba prohibido fumar, una norma higiénica común en los locales de la CNT, pero que pocas veces era respetada. Una chica gordita tecleaba en una máquina de escribir colocada sobre una de las mesas. A unos metros, iluminados por una lámpara de araña, media docena de hombres conferenciaban alrededor de un sofá en el que habían desplegado unos mapas.

Uno de aquellos hombres llevaba el brazo en cabestrillo y fue él quien reparó en la presencia del recién llegado.

—¿Qué buscas, compañero?

—Busco a Eduardo Val. Me ha citado aquí. Soy Ramón Toral, delegado de Seguridad de Tetuán.

El del brazo en cabestrillo abandonó su grupo, entró en una pieza contigua que tenía la puerta entornada y no tardó en regresar diciendo que podía pasar. Eduardo le esperaba.

Val estaba hablando por teléfono tras un espectacular escritorio. Miró al visitante y le hizo una señal con la palma de la mano que tenía libre para que esperara. Ramón se quedó en posición de firmes en el umbral de lo que debía de haber sido el despacho del dueño del palacete.

—A tus órdenes —dijo cuando el otro colgó el teléfono.

—Cierra la puerta y toma asiento. —Val señaló una de las dos sillas colocadas ante el escritorio. Ramón se sentó y guardó silencio. Val era su superior en la nebulosa jerarquía libertaria y a él le correspondía llevar la iniciativa. Así lo hizo—: Anoche estuve con un amigo común que me habló muy bien de ti. Ese amigo dice que eres callado y tienes sangre fría y experiencia policial. O sea, que se te pueden encargar cosas complicadas.

—Supongo que hablas de Cipriano. Es el único que puede ir soltando esos piropos sobre mí.

—Sí, Cipriano. Cenamos juntos en Casa Sotero, le conté un problema que tengo y me dijo que esa misma mañana había estado con alguien que podía ayudarme. Ese alguien eres tú.

Ramón examinó a Val. Era un hombre de unos treinta años y aspecto anodino, cabello corto y crespo, cejas bien delineadas, boca carnosa, mentón rasurado y algo

de papada. Llevaba una guerrera caqui sin distintivos, bajo la que asomaba una camiseta negra. Transmitía pulcritud.

Ramón habló terminada la inspección:

—¿No te dijo Cipriano que precisamente acabo de empezar la investigación de un suceso bastante jodido?

—Algo me dijo, sí. Algo sobre una vecina de vuestro barrio que ha sido asesinada por un marido celoso. Es un asunto feo y al que no quiero quitarle importancia, pero el que yo tengo entre manos es mucho más trascendental para el desarrollo de la guerra y la revolución. ¿Me dejas que te lo cuente?

—Si te empeñas...

—Me empeño, Ramón. Empezare por el principio. —Comprobó con la mirada que tenía la plena atención del visitante—. Hace unos días llegó a nuestro puesto de control en Tarancón un convoy de fugitivos derechistas de Madrid. Llevaban salvoconductos de la Junta de Defensa aparentemente tan auténticos como los cuadros de Coxa del Museo del Prado. El único problema es que nadie había avisado al control de que iba a pasar ese convoy, así que su jefe, un compañero avisado, lo retuvo hasta comprobar con Madrid que todo estaba en regla. Mandó un motorista a la Junta de Defensa y este regresó al cabo de unas horas diciendo que allí nadie sabía nada de ese convoy. Pero había algo todavía más sospechoso: nadie recordaba haber sellado esos salvoconductos. Así que el jefe del control decidió que los fugitivos volvieran a Madrid escoltados por nuestra gente. Ahora se hospedan en la cárcel de Porlier.

Ramón se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que te diga, Eduardo? Esto que me cuentas es lo habitual desde que empezó la puñetera guerra. Los marqueses, banqueros, militares, curas y falangistas se escapan de Madrid con toda clase de trucos. Todo el mundo lo sabe.

—No con este truco. La novedad de este episodio es que los salvoconductos no eran falsos, eran auténticos. Alguien los había sellado con el tampón oficial de la Junta de Defensa. Un desconocido muy bien colocado. Un traidor de tomo y lomo.

Un miliciano entreabrió la puerta sin avisar, asomó la cabeza y miró interrogativamente a Val, como pidiéndole permiso para hablarle. Val se lo prohibió con un gesto enérgico de la cabeza.

Ramón aprovechó la interrupción para pasear su mirada por el escritorio. Estaba desnudo a excepción del teléfono, una pluma, un tintero, un rollo de papel secante y unas cuartillas en blanco. Decidió seguir callado, a la espera de que Val le mostrara nuevas cartas. En el despacho solo se oía el tictac del reloj de péndulo que colgaba en una pared.

Val rompió el silencio.

—En una cosa tienes razón. Esta no es la primera red de evasión de quintacolumnistas que interceptamos. —Hablaba con tono cauteloso, arrastrando las palabras como los moros arrastran las babuchas—. Varias embajadas extranjeras en Madrid se han especializado en organizar caravanas hacia el Levante con sus vehículos diplomáticos. Transportan a los facciosos hasta Valencia o Alicante y allí los embarcan para Marsella en barcos ingleses o argentinos. Van protegidos por las banderas de esos países y se las apañan para llevar pases de tal o cual partido o sindicato leal a la República.

—Todo eso ya lo sé —replicó Ramón.

—Ya sé que lo sabes. Y quizá también sepas que las embajadas lo hacen por simpatía con Franco, por dinero o por las dos cosas a la vez, que de todo hay. Y que nosotros tenemos que aguantar semejante pitorreo. Solo podemos intervenir cuando tenemos claro que están auxiliando a gente reclamada por nuestra justicia. Ninguna convención internacional autoriza a embajadores y cónsules a transportar clandestinamente a prófugos.

—Sí, eso también lo sé. Nosotros luchamos con una mano atada a la espalda mientras Franco nos golpea con todo lo que tiene. A él los gobiernos extranjeros se lo consienten todo: es el defensor de la civilización cristiana.

—Así es, Ramón: el defensor de la civilización cristiana frente a las hordas de los desarrapados sin dios como nosotros. Te supongo también al corriente de que las embajadas que más abusan de sus privilegios son las de Chile, Noruega, Finlandia, Argentina, Turquía, Panamá y Andorra. Aunque en el caso del que te hablo la legación implicada es la de Noruega.

—¿Noruega?

—Sí, esa fue otra de las cosas que alarmó al jefe del puesto de control de Tarancón. Tenemos muy fichada a esa embajada. La sublevación pilló a su titular de vacaciones en su país y, desde entonces, la dirige un ingeniero alemán con el título de cónsul o de encargado de negocios, no estoy muy seguro. Se llama Félix Schlayer y es un seguidor fanático de Hitler. Un pájaro de cuidado. Sabemos que usa la cifra de su legación para comunicar a la Quinta Columna con el espionaje de Franco a través de Lisboa. Y ha organizado la huida al Levante de cientos de fascistas madrileños. Pero hasta ahora no hemos podido ponerle la mano encima. Nosotros tenemos que respetar escrupulosamente las reglas diplomáticas.

—Sigo sin ver por qué esto que me cuentas me concierne a mí más que a ese miliciano que antes abrió la puerta.

—La diferencia entre tú y ese miliciano es que tú puedes ayudar a resolver el asunto.

—No sé cómo.

—Déjame que te cuente algo más y luego decides. —Ramón asintió con la cabeza—. Resulta que, por extraño que te pueda parecer, tengo una buena relación personal con el general Miaja. Él aprecia que yo sea de los anarquistas que, como el amigo

Cipriano, intentamos mantener nuestros ideales colaborando eficazmente en la defensa de Madrid.

—Ya. ¿Y qué le pasa a Miaja?

—Pues que está muy preocupado por este estraperlo de salvoconductos. Sospecha que es obra de alguien que trabaja muy cerca de él y no quiere encargarse la investigación ni a su propio Servicio de Inteligencia Militar, del que se fía a medias, ni a los comunistas. Empieza a pensar que los comunistas están alcanzando demasiado poder. Se cobran una libra de oro por cada céntimo de la ayuda militar que la República recibe de Stalin. Miaja prefiere que de este asunto nos ocupemos nosotros, que, como dice él mismo, tenemos menos ataduras.

Ramón meditó pellizcándose la oreja.

—Lo del general puedo comprenderlo —dijo—. Pero creo que tú ya tienes al hombre indicado para encargarse de esto.

—¿Quién?

—Felipe Sandoval, alias Doctor Muñiz. Él se ocupaba en el Europa de los quintacolumnistas de la zona norte de Madrid hasta que, según me contaron, le trajiste aquí para hacer lo mismo en el barrio de Salamanca. ¿Me equivoco?

Val esbozó una sonrisa triste.

—¿Te puedo hacer una confesión?

—Claro. Cipriano sabe que soy mudo como una tumba.

—No me gusta Sandoval. Es demasiado feroz; quizá porque ha sufrido mucho. Está viviendo esta guerra como un ajuste de cuentas con todas las injurias que ha recibido a lo largo de su vida. Y no es un caso único. Algunos de los nuestros se cobran ahora el maltrato que han sufrido desde la cuna. Puedo comprenderlo, pero no puedo aprobarlo. Los anarquistas no podemos usar los métodos bárbaros de los opresores. Así jamás haremos realidad nuestro ideal.

—Confesión por confesión, yo también le dejo a los comunistas la idea de que el fin justifica los medios.

—Cipriano me contó que piensas así. Por eso te he llamado. Para este asunto necesito a alguien más fino, menos violento que Sandoval.

—Menudo disgusto me das —dijo Marcela.

—Puedo imaginarlo, querida, pero sabes muy bien que no es culpa mía —respondió María Sánchez Arbós.

Marcela se esforzó por reprimir las lágrimas que le afloraban a los ojos. Lo consiguió.

—Supongo que no tienes la menor idea de cuándo podremos reabrir —dijo con un hilo de voz.

Sánchez Arbós suspiró.

—Ni la menor idea. Me temo que solo será posible cuando termine la guerra. O al menos, cuando las tropas de Franco no estén tan pegadas a Madrid. Nuestro colegio está demasiado cerca del frente, recuerda lo que ocurrió el 6 de noviembre. —Marcela recordaba aquel día, cómo no: un proyectil había alcanzado una de las dos torretas que flanqueaban el Grupo Escolar Francisco Giner de los Ríos—. El 6 de noviembre tuvimos suerte y nadie resultó herido, pero no podemos seguir arriesgando la vida de los alumnos.

Charlaban de pie en la acera de la calle Francos Rodríguez, en la zona llamada Dehesa de la Villa, que solo en los últimos años había comenzado a urbanizarse. Marcela había caminado hasta allí aquella mañana para que Sánchez Arbós, directora del Grupo Escolar desde su fundación, tres años atrás, le informara sobre si el curso iba a reanudarse tras las vacaciones navideñas. La había encontrado saliendo del centro.

Sánchez Arbós estaba a tres o cuatro años de cumplir medio siglo de vida y algunas hebras canosas plateaban su oscuro cabello, que llevaba recogido en un moño. Su rostro, de ojos pequeños, nariz grande y boca ancha, transmitía autoridad. No, le había dicho a Marcela. No habría vuelta al colegio tras las fiestas. Había tomado la decisión de cerrar indefinidamente el Grupo Escolar.

Marcela, con la voz recompuesta, le dijo:

—Estoy de acuerdo contigo en que no podemos arriesgar la vida de los niños. Pero tampoco podemos dejarles sin clases hasta que derrotemos a Franco. Si lo hacemos, estaremos renunciando a nuestro ideal de educación para todos, sean cuales sean las circunstancias. Tendremos que buscarles otros lugares, ¿no?

—Por supuesto, querida. —Sánchez Arbós sonrió al escuchar el eco de sus propios principios—. Estoy hablando con tirios y troyanos para colocarlos en uno o varios centros que estén más abrigados de los bombardeos que este. Y que además tampoco les ofrezcan el triste espectáculo de los derechistas fusilados que tuvimos que soportar durante el otoño en nuestra tapia trasera.

—Los besugos.

—¿Qué?

—Digo que los niños llaman besugos a esos fusilados.

—Ah, sí, lo sabía. —Se le dibujó un rictus de amargura—. En fin, quizá pueda conseguir que todos vayan dentro de unas semanas a la sede de la Institución Libre de Enseñanza, en el paseo del Obelisco. Pero no digas nada de esto, porque aún no lo tengo bien amarrado. Son más de seiscientos niños y niñas, el tuyo entre ellos. Cuéntame, ¿cómo está el pequeño Mijaíl?

—La verdad es que no muy bien. Le sentaría estupendamente volver a clase. Está muy angustiado desde que mataron a Rosario, una vecina mía que lo cuidaba cuando yo andaba ocupada.

—¿Qué me dices? ¿Qué pasó? ¿Un bombardeo?

—No fue un bombardeo. Fue algo todavía peor. La mató a cuchilladas su marido en un ataque de celos.

—¡Qué barbaridad!

Comenzó a lloviznar. Las gotas eran dispersas y mansas, aunque frías como el granizo. Las dos mujeres buscaron refugio pegándose lo más posible a la fachada del colegio, pero el agua resbalaba por las tejas del techo y terminaba cayendo sobre ellas. La conversación no podía prolongarse demasiado.

Marcela preguntó:

—¿Te han dicho lo que pasará con este edificio?

—Me han dicho que el Grupo Escolar será un cuartel mientras dure la guerra. Creo que de los tuyos, de los anarquistas.

—¿Y qué va a ser de nosotros, los profesores?

—También estoy intentando encontraros plaza aquí o allá. Va a ser difícil colocaros a todos, pero ten por seguro que de ti no me olvido. Eres una maestra excelente.

6

—¿Tú crees que habrá corridas de toros cuando pase el invierno?

—Seguro —respondió Liberto—. Solo faltaría que la guerra nos quitara los toros.

—Pero la cosa está jodida, compañero —reflexionó Paco Yuste, más conocido en el barrio como Paco Perrachica—. Los fascistas tienen la mayoría de las ganaderías andaluzas. ¿De dónde vamos a sacar las reses?

—De aquí a San Isidro ya les habremos derrotado. El viento está cambiando, Paco. Alguien muy importante le confirmó ayer a mi jefe que uno de nuestros tanques hirió al general Varela el día de Navidad.

—¿A Varela? ¡Cojonudo! A ver si le damos también a Franco.

—Ese no se acerca al frente ni loco. Mi jefe dice que en la guerra de África era valiente, pero que desde que el tiro de un moro le reventó un huevo se le quitaron las ganas de gallear.

La cola dio un paso adelante y Liberto y Perrachica con ella. Estaba formada en la acera de la calle Bravo Murillo opuesta a aquella donde se levantaba el Cinema Europa, frente a un ultramarinos administrado por milicianas de la CNT para el reparto de alimentos. Las mujeres eran mayoría en la cola. Comentaban que aquel 27 de diciembre abundaban los garbanzos y los boniatos, pero no había leche ni azúcar. Tampoco un gramo de carne o pescado.

Perrachica era bajo y canijo y quizá de ahí procedía su apodo. Había sido electricista en el Cinema Europa y, como era bueno en su oficio, seguía trabajando de lo mismo en el ahora bastión anarquista. Al mediodía, le había propuesto a Liberto que tomaran un saco de yute y se acercaran a llenarlo con lo que hubiera en el ultramarinos. Ambos andaban desocupados y había dejado de chispear.

El conductor lio un pitillo de picadura, lo prendió con su chisquero, le dio una calada y se lo tendió al electricista.

—Y tú, ¿cuándo fue la última vez que luiste a una corrida? —le preguntó.

—¿Yo? En agosto. —Perrachica fumó con delectación y devolvió el pitillo—. Estuve en la corrida de Las Ventas en la que Maravilla, Niño de la Palma, Cagancho, el Estudiante, Chiquito de la Audiencia y Félix Colomo hicieron el paseíllo puño en alto. Fue el día más feliz de mi vida.

—Esa me la perdí, estaba combatiendo en la Sierra. Pero me dijeron que os llevasteis un susto de muerte.

—Exageraciones. Se oyó el ruido de una avioneta y alguna gente se puso nerviosa. Pero era una avioneta deportiva. Y el piloto era de los nuestros.

—Yo estuve en una novillada que hubo luego...

—¿Aquella en la que lidió una *gachí*?

—Sí, esa. La muchacha tiene arte. Se llama Juanita Cruz.

—¿A ti te parece bien que las *gachís* toreen?

—Sí, hombre. ¿Por qué no? Luchamos por la igualdad.

—No sé, Liberto. Yo no estoy muy seguro. El hombre y la mujer son distintos. La naturaleza los ha hecho así. Cada cual tiene que ocuparse de lo suyo.

—No digas paparruchas. Cuando las mujeres se ponen valientes, le dan ciento y raya al más bragado.

El electricista tomó el pitillo que volvía a tenderle el conductor, lo apuró de dos caladas, arrojó la colilla al suelo y la aplastó con su bota.

—¿Ya te han contado cómo está ahora Las Ventas? —preguntó.

—Ni idea, Paco.

—Pues está de pena, compañero. De pena. El otro día fui allí para saludar a un primo mío que trabaja de fontanero en la plaza y me quedé de piedra. La Junta de Defensa la está usando como almacén. El ruedo es un garaje para coches y camiones y todo lo demás sirve para guardar municiones y trastos. Y eso no es lo peor; lo peor es que mi primo me dijo que andan pensando en cubrir el ruedo de tierra para sembrar verduras.

—No me jodas. ¿Las Ventas convertida en un huerto?

—Eso me dijo mi primo. —Guardaron un silencio compungido mientras daban un nuevo paso adelante en la cola—. ¿Tú sabes cómo andamos de toreros?

—Algo sé. El Gallo y Félix Colomo están aquí, en Madrid. Son leales. Domingo Ortega, Manolo Bienvenida y Marcial Lalanda se han pasado a los fascistas. ¡Cabronazos! También está con los fascistas Manolete, ese novillero que promete.

—¿Y Juan Belmonte?

—Se dice que Queipo de Llano lo tiene secuestrado en Sevilla. Pero la situación no es grave, Paco. La mayoría de los novilleros, los subalternos, los banderilleros y los picadores están con el pueblo.

—También hay clases en la fiesta.

—Y que lo digas. En la Sierra estuve luchando codo con codo con el novillero Litri Segundo y su brigada de toreros. Tienen más huevos que un morlaco de Miura.

La muchacha se desprendió de la bata dorada, que arrojó al suelo con gesto displicente, y se quedó desnuda a excepción de los zapatos de tacón de aguja y un pequeño taparrabos que le cubría el sexo. Era alta y musculada, de pechos pequeños y cabello ruino como el platino. Componía en el centro de la pista una pose gimnástica, con la cabeza erguida y paralela al brazo derecho, que extendía hacia el cielo con los dedos abiertos. El brazo izquierdo lo había alargado en dirección al suelo.

Un nutrido aplauso surgido de las mesas del cabaré la felicitó por su actuación. El cabaré era el Casanova y estaba próximo a la Casa de las Siete Chimeneas, en la plaza del Rey. Era uno de la media docena de locales nocturnos de Madrid que seguían ofreciendo espectáculos semiclandestinos de variedades, pese a que las fuerzas antifascistas reprobaban oficialmente los clubes de ambiente burgués y sicalíptico.

Aún no se había extinguido el aplauso cuando la muchacha, tras rescatar la bata, ya había desaparecido tras un cortinón lateral y la orquesta del Casanova comenzaba a atacar los sonos de la canción *Cheek to cheek*, popularizada por Fred Astaire en la película *Sombrero de copa*. Cuatro parejas salieron a la pista y se pusieron a bailar melosamente agarradas. El amor parecía más intenso en tiempos de guerra.

Felipe Sandoval se mojó los labios de coñac, se giró hacia Ramón y le dijo:

—¿Sabes quién es esa chica?

—No tengo la menor idea.

—Se llama Marlène Grey. Es una *vedette* francesa y aquí se la conoce como la Venus Rubia. Antes de que empezara la guerra actuaba en el Circo Price. Bailaba así, desnuda, en una jaula donde había cuatro leones con pinta de hambrientos. Luego, en el verano, hizo una película con compañeros de la CNT. Creo que se llama *Carne de fieras* o algo así.

—Ya caigo. Leí algo sobre ella en algún periódico.

—Sería en *Crónica*.

—Puede ser. Bueno, ¿dónde estábamos?

—Te estaba diciendo que te voy a contar lo que sé solo por disciplina, porque me lo ha ordenado Eduardo. Pero no entiendo muy bien qué haces tú metiendo las narices en esto.

—Si te sirve de algo, yo tampoco lo sé muy bien. Igual Eduardo piensa que cuatro ojos ven más que dos. O igual cree que como fui guardia de Asalto me llevaré mejor con los militares. Que te conste que yo no lo he pedido.

Sandoval refunfuñó. Había cruzado algunas frases con Ramón en la checka del Cinema Europa durante el otoño anterior, sin ocultarle nunca su antipatía. Los dos podían compartir algunas ideas libertarias, pero habían estado en bandos opuestos antes de que los militares se sublevaran. Ramón, con la Guardia de Asalto, un cuerpo

creado por la República para reprimir por igual a derechistas que a izquierdistas. Sandoval, usando el alias de Doctor Muñoz, con los anarquistas de la acción directa, los pistoleros que financiaban las causas de los trabajadores con atracos y secuestros. Los dos conocían sus respectivos antecedentes.

Ramón intuía que Sandoval veía en él a uno de esos policías que más de una vez le habían torturado en las comisarías. Pensó que el pistolero jamás debía de haber sido guapo en sus más de cuarenta años de vida, con aquellos ojos duros, aquella boca amarga y aquella quijada caballuna. Pero era evidente que las palizas policiales le habían desfigurado el rostro, cubriéndoselo de cicatrices, una de las cuales le atravesaba los labios. Los matones con licencia gubernamental habían terminado convirtiendo aquel rostro de natural poco agraciado en una máscara que asustaba a los niños.

Sandoval apartó la lamparita de luz rojiza que ocupaba el centro de la pequeña mesa redonda donde estaban sentados, apoyó los codos sobre el tablero, cruzó las manos, apoyó en ellas la barbilla y se agachó hacia Ramón.

—Bueno, empiezo a contarte. Lo primero es que la caravana que nos ocupa había sido organizada por la embajada de Noruega, por el hijo de puta de Schlayer. Esto ya te lo dijo Eduardo, ¿no?

—Sí. —Ramón también se había inclinado hacia el centro de la mesa—. Me dijo además que los fugitivos llevaban pases auténticos que nadie recordaba haber sellado.

—Eso es. Pero nuestros compañeros en la Junta de Defensa me han informado de que, aparte de Miaja, solo tres personas pueden tener acceso a esa remesa de salvoconductos en concreto. Son de un modelo nuevo que se imprimió a mitad de diciembre en el mismísimo Banco de España. Usaron papel moneda y toda la parafernalia con que se fabrican los billetes.

—¿Y dónde se guarda ese tesoro?

—Bajo siete llaves en la sede de la Junta de Defensa, que, como sabes, está en el palacete que tenía el banquero faccioso Juan March en el barrio de Salamanca.

Sandoval se echó bruscamente hacia atrás, atacado por una crisis de tos. Ramón recordó que le habían dicho que era tuberculoso y pensó que la humareda de cigarrillos y habanos del Casanova no debía de ser muy saludable para sus pulmones. Esperó a que se repusiera contemplando como las parejas que habían bailado *Cheek to cheek* abandonaban la pista haciéndose arrumacos.

El animador del cabaré ocupó el escenario y anunció que ahora llegaba el turno de las hermosas bailarinas del conjunto Aromas del Caribe. Era un galán maduro que imitaba la sonrisa desenvuelta de Maurice Chevalier y se vestía como él, incluido el sombrero *canotier*. La única concesión que hacía a aquellos tiempos bélicos y revolucionarios era la renuncia a la pajarita.

Cuando Sandoval hubo retirado de su boca el pañuelo con el que se la había estado tapando mientras tosía, Ramón volvió a inclinarse hacia el centro de la mesa.

—Dices que, aparte del general Miaja, solo tres personas pueden acceder a esos salvoconductos. ¿Tienes sus nombres?

Sandoval cabeceó afirmativamente. El cabello, negro como la tinta china, lo tenía pegado al cráneo y partido por la mitad por una raya. Recuperó aliento antes de responder:

—Son gente importante. Si no fuera por eso, ya los habría detenido y alguno habría cantado. Tenlo por seguro.

1936



Santos Inocentes

DICIEMBRE-1936



N. 270106



Los guasones madrileños llamaban Avenida de los Obuses a la Gran Vía, aunque algunos precisaban más y empleaban la fórmula de Avenida del Quince y Medio por el calibre exacto de los proyectiles que tiraban contra ella los sublevados. En el corazón de esta arteria, el edificio de la Telefónica, el más alto de la ciudad, era el objetivo predilecto del cañoneo franquista procedente del Cerro de Garabitas.

La Telefónica era crucial para los sitiados como puesto de observación de los movimientos de tropas en el Parque del Oeste y la Ciudad Universitaria, como nudo de comunicaciones con el exterior y como el lugar desde donde transmitían sus despachos los corresponsales extranjeros. Allí trabajaba Arturo Barea, el jefe de la Oficina de Prensa Extranjera gubernamental que facilitaba el trabajo de los periodistas internacionales y también intentaba censurar sus informaciones.

Sentado al otro lado del escritorio de Barea, Ramón Toral lo examinó con curiosidad. El burócrata era alto, delgado, de tez cetrina y aspecto elegante. La sombría luz de una lamparita acentuaba las arrugas de su frente y confería a su rostro un aspecto cadavérico. Tendría unos cuarenta años pero parecía tan exhausto como si ya hubiera cumplido un siglo.

Barea agitó en el aire el grueso lápiz de punta roja que llevaba en su mano derecha y dijo:

—Toral, ¿tú sabes cuantas veces he tenido que tachar crónicas enteras que afirmaban que Franco había comulgado al amanecer en una misa de campaña celebrada en la Puerta del Sol? No tienes ni puñetera idea de las veces que he tenido que hacerlo. Algunas detallaban incluso que luego se había ido a recorrer Madrid galopando en un caballo blanco.

Ramón sonrió. Por lo del caballo blanco.

—Caramba —dijo—, no sabía que los periodistas tuvieran tanta imaginación como los delincuentes cuando tienen que buscarse una coartada.

—No todos, algunos son honrados. Pero la mitad de los corresponsales que veo a diario trabajan para agencias o periódicos cuyos dueños son más de derechas que Atila y a los que les importa una mierda la verdad. Ellos lo que quieren es publicar a toda plana que Franco ya está en Madrid.

—Pues no lo está. Todavía no.

—Eso es lo que me parece a mí también. —Barea dejó el lápiz sobre el escritorio y se ajustó el nudo de la corbata. Era de los pocos que seguían llevándola en Madrid—. Está claro que algunos extranjeros no han venido a hacer periodismo, han venido a hacer propaganda. Se pasan el día entero bebiendo y fumando en Chicote, la Granja del Henar o el bar de Hotel Florida, y por la tarde vienen por aquí para transmitir sus

embustes. No puedes ni imaginarte cómo se enfadan cuando tengo que decirles que la realidad desmiente el titular que pretenden enviar a París, Londres o Nueva York.

—Veo que tú también tienes un trabajo jodido —replicó Ramón con la cautela con la que abordaba las conversaciones cuyo motivo ignoraba.

Aquella era una de ellas. A primera hora de la mañana, Cipriano Mera le había hecho llegar al Europa un recado diciéndole que fuera a ver con urgencia a Arturo Barea a la Telefónica. Ramón jamás había oído hablar del tal Barea y el mensajero de Cipriano no había mencionado el objeto de la entrevista.

—Es un trabajo jodido, créeme. Y además yo no puedo darle una bofetada al corresponsal mentiroso como igual haces tú con el ladrón que te suelta un cuento chino. —Ramón iba a precisar que él jamás había pegado a un detenido, pero no pudo hacerlo porque el jefe de la Oficina de Prensa Extranjera siguió hablando sin tomarse un respiro—. ¿Sabes, Toral, cuántos refugiados tenemos ahí abajo, viviendo como ratas en los sótanos?

—Muchos, supongo. También los tenemos en las estaciones de metro de Cuatro Caminos y Tetuán.

—Me lo imagino. Pero es difícil que sean tantos como los que se apiñan ahí abajo. Son casi dos mil, según el último recuento. Familias enteras duermen en jergones de esparto sobre el cemento de las galerías subterráneas de este rascacielos. También hacen allí sus necesidades.

—No hace falta que me lo cuentes, Barea. Eso resérvatelo para tus corresponsales extranjeros.

—Ya no les interesa ni a los honrados. Ya lo han contado muchas veces. Como también han contado la lluvia de obuses que cae sobre la Telefónica. ¿Sabes cuántos han acertado?

—Alguno que otro. Antes de entrar aquí, he visto los impactos.

—Son unas cuantas decenas de impactos. La Telefónica es una atalaya para nosotros, pero para Varela es el punto de referencia de su artillería. Lo primero que hacen por las mañanas es ajustar sus tiros utilizando como guía la torre de este rascacielos. Menos mal que fue construido como una fortaleza. Su esqueleto es de vigas de hierro, sus músculos de hormigón y la fachada de granito de Segovia.

Barea se detuvo. Metió una mano en un bolsillo de la chaqueta, la sacó con un paquete de tabaco, extrajo un cigarrillo, lo prendió con una cerilla de la cajita que tenía sobre el escritorio y le dio una calada larga y ansiosa. El paquete era de Lucky Strike, una marca rara y carísima en Madrid.

—¿Regalo de algún periodista extranjero? —Ramón señalaba con la mirada el paquete que Barea devolvía al bolsillo de la chaqueta.

—Sí. De un americano que se llama Hemingway. Es un tipo simpático y un corresponsal honrado. Si te lo encuentras por la ciudad, trátalo bien. Es tan alto y corpulento como tú, pero lleva bigote y se cubre con una boina.

Ramón podía ser muy paciente. De los rifeños había aprendido durante la guerra de África que la supervivencia depende muchas veces de saber esperar sufridamente. Había escuchado las jeremiadas de Barea armado de estoicismo, pero el tiempo corría y tenía dos casos que resolver.

—Ya caigo —dijo—. Hoy es 28 de diciembre, el día de los Santos Inocentes. Esto es una broma que me habéis montado Cipriano y tú. Os la agradezco, pero voy a tener que irme.

—No es una broma, Toral. En los últimos días empezaba a creer que lo peor de mi trabajo quedaba atrás. Madrid no ha caído tan rápido como se esperaba y muchos corresponsales hacen las maletas para irse de la ciudad. Todavía no pueden enviar la crónica de la entrada triunfal de Franco con la que sueñan sus amos. Y además a esos amos les interesa ahora mucho más la abdicación del rey Eduardo VIII, empeñado en casarse con la señora Wallis Simpson. —Aplastó con rabia la colilla contra un desbordante cenicero de porcelana que publicitaba el vermú Cinzano y estaba colocado sobre un diccionario Oxford—. Pues bien, ¿sabes lo que pasó entonces?

—Soy delegado de Seguridad, no adivino, Barea.

—Pues lo que pasó entonces, Toral, es lo único que me faltaba por vivir en esta mierda de puesto. Que viniera una fotógrafa alemana a preguntarme por un chisme que escuchó el día de Navidad cuando estaba cubriendo un mitin de Mujeres Libres. Un chisme sobre que uno de los vuestros, un anarquista, ha matado a puñaladas a su mujer en un arrebato pasional en el barrio de Tetuán. Esta, camarada, es la broma que ha terminado de alegrarme por completo las Pascuas.

En la hornilla de carbón de su casa de la calle Hierbabuena, Marcela Burgos acababa de poner al fuego el puchero del almuerzo —un potaje de garbanzos con dos dientes de ajo, una pizca de pimentón de la Vera, dos cucharadas de aceite y ni rastro de carne— cuando oyó los chirridos de un automóvil frenando en el exterior. Se alarmó, no esperaba a nadie y menos aún motorizado.

El pequeño Mijaíl, que se entretenía jugando en el suelo con unas chapas azules de cerveza Mahou, saltó como una liebre en dirección a la salida de la cocina.

—¡Quieto! —le ordenó su madre.

—Pero mamá...

—Ni peros ni peras, Mijaíl. No te muevas.

Escucharon un ruido metálico, luego otro y después unos puñetazos en la puerta de la vivienda. Marcela retiró el puchero de la lumbre y lo puso sobre un tapete de esparto, se quitó el delantal y lo colgó de un clavo que había en la pared, tomó por los hombros a su hijo y caminó con él los escasos metros que les separaban de la entrada.

—¿Hay alguien ahí? —se oyó tras un nuevo golpeteo. La voz era masculina e imperiosa.

—¡Pase! —respondió—. Está abierto.

Ramón Toral asomó su corpachón en la estancia que hacía a la vez de recibidor, comedor y sala de estar.

—Salud —dijo—. Tengo que hablar contigo, Marcela.

Ella asintió con la cabeza. Seguía llevando a Mijaíl agarrado por los hombros y de este modo se asomó a la calle. Vio el Peugeot 201 aparcado sobre el barrizal y a Liberto, que se había bajado del vehículo y liaba un cigarrillo. Un vientecillo frío empujaba rebaños de nubes claras sobre un cielo pintado de un azul pálido y limpio. No parecía que fuera a llover.

—¿Puede ocuparse el pelirrojo de mi hijo mientras hablamos? —preguntó girando la cabeza en dirección al interior de la vivienda.

—Claro. A Liberto le gustan los niños. —Ramón se dirigió ahora al pequeño—: No le hagas correr. Está medio cojo.

Marcela tomó el gorrito de lana de Mijaíl de una silla que había junto a la puerta y se lo colocó sobre la rapada cabeza. El chaval salió a la calle y caminó con vacilación hacia el chófer. Este cruzó una mirada de aquiescencia con su jefe y luego le ofreció a Mijaíl una sonrisa de bienvenida.

Marcela y Ramón se sentaron en las dos mecedoras de mimbre que constituían el rincón de estar del cuarto. El suelo era de cemento fino y estaba muy limpio. Olía a lejía.

—¿Me traes noticias de la investigación? —preguntó ella.

—No exactamente. Pero está en marcha, no te preocupes. Estamos intentando localizar a Bernardo Gómez, no es tan fácil como parece. En Madrid hay miles de voluntarios combatiendo contra los fascistas en muchos frentes y nadie lleva un censo exacto de quiénes son y dónde están en cada momento.

—Ya veo. —El tono de la maestra era escéptico—. Y me imagino que ahora me dirás que localizar a un miliciano que ha matado a su mujer porque tenía un lío con otro tampoco es vuestra prioridad.

—Para mí es una prioridad, Marcela. Este es el tipo de trabajo que me habéis encomendado los compañeros del barrio. Daré con Bernardo antes de que termine el año, estoy seguro. Pero no me ayuda nada que tú te vayas de la lengua.

Ramón estaba sentado al borde de la mecedora, sin apoyar la espalda en el respaldo, con las manos sobre las rodillas y el cuerpo en tensión, como si fuera a saltar sobre ella en cualquier momento. Marcela le miró con perplejidad.

—¿De qué hablas?

—Hablo de que me acaban de soltar una bronca monumental porque alguien tonto lo del asesinato de Rosario en un mitin de Mujeres Libres en el Proyecciones. Resulta que allí estaba una periodista extranjera que piensa que esta puede ser una buena historia madrileña que contarle al mundo, una historia diferente a los bombardeos aéreos y los combates cuerpo a cuerpo de las últimas semanas. Al pobre diablo que trata con los corresponsales, un tal Arturo Barea, le parece que quien soltó lo de Rosario en el mitin le hizo un flaco favor a nuestra causa. Le regaló un nuevo argumento a la propaganda del enemigo. Después de los incendios de iglesias y los fusilamientos de facciosos, ahora llega el capítulo en que los rojos se matan entre ellos por asuntos de cuernos. —Fulminó con la mirada a su anfitriona al añadir—: Estoy casi seguro de que fuiste tú quien se fue de la lengua en ese mitin.

Ella tardó en responder. Su corazón había comenzado a latir cada vez más alocadamente conforme el delegado de Seguridad desgranaba aquella imprevista consecuencia de su intervención en el mitin del día de Navidad. Terminó diciendo:

—Sí, fui yo quien habló del asunto. Pero te juro por la salud de mi hijo que no sabía que allí había periodistas. Pensaba que estaba contándoselo solo a mis compañeras.

—¿No llegaste a hablar con esa extranjera?

—No. Yo no.

—Da igual, alguien le traduciría tu discurso. Los corresponsales suelen contratar a alguien para que lo haga.

—Lo siento, Ramón. Lo siento mucho.

Ramón soltó un sonoro suspiro, que rebajó su tensión. Ahora se acomodó completamente en la mecedora, con el trasero y la espalda bien apoyados sobre el mimbre.

—El tal Barea es listo y tiene mucho callo —dijo—. Hemos descubierto que compartimos algunas cosas. Los dos crecimos en Lavapiés y los dos hicimos la

guerra en Marruecos. Lo han puesto al frente de la Oficina de Prensa Extranjera porque es medio socialista y chapurrea algo de francés. Cree que ha convencido a la periodista de que ahí no hay ninguna historia digna de publicar, de que solo son chismorreos de barrio. Va a intentar distraerla ofreciéndole algún reportaje en exclusiva. Cree que algo encontrará.

—Menos mal. —Marcela buscó los ojos castaños del hombre—. Después de mi hijo, lo que más quiero en el mundo es nuestra causa. Nunca le haría daño adrede. Nunca.

—Te creo, compañera. Pero toda precaución es poca. Madrid está lleno de espías que trabajan para el enemigo.

—Lo sé.

Callaron, lo que les permitió escuchar el eco denso y opaco de una salva de obuses disparada desde el Cerro de Garabitas, un sonido que había terminado por resultar tan cotidiano en Madrid como antaño los reclamos callejeros de los afiladores, los tapiceros y los vendedores ambulantes.

Marcela se levantó, se acercó a la puerta, la abrió y dio un vistazo al exterior. Liberto y Mijaíl estaban dentro del Peugeot, el chófer en el asiento del copiloto y el pequeño de rodillas sobre el del conductor, con las manos en el volante, haciendo como si estuviera manejando el vehículo. Sonreía felizmente.

—Parece que se llevan muy bien. —Volvió a cerrar la puerta para evitar la entrada de la fresca corriente que barría Madrid—. Estaba preparando un potaje de garbanzos. ¿Por qué no os quedáis a almorzar con nosotros? Es poca cosa, pero donde comen dos comen cuatro.

Marcela volvió a percibir el destello travieso en la mirada del visitante que tanto le había llamado la atención en su primer encuentro en el Cinema Europa.

—Yo te diría que no, soy de poco comer —dijo él—. Pero Liberto es un tragaldabas. Acepto en su nombre.

Marcela, que seguía de pie, contempló a Ramón, que seguía apoltronado en la mecedora. Le pareció guapo, fuerte y buena gente. Sintió un pellizco de deseo.

—Lo que no tengo es vino. ¿Podríais conseguirlo vosotros mientras yo termino el potaje?

—Seguro que Liberto conoce alguna taberna donde todavía quede medio litro de Valdepeñas o Cariñena. ¿Le dejas que se lleve de paseo al niño? No tardarán mucho.

—Encantada. A Mijaíl le chiflan los coches.

Ramón se levantó y se dirigió a la puerta. Iba a abrirla cuando se volvió hacia Marcela:

—Quería decirte otra cosa y mejor lo hago antes de que nos sentemos a comer. —Ella le miró con expectación en sus ojazos—. Tampoco me ha gustado que hablaras de Bernardo en vuestro mitin como el seguro culpable de la muerte de Rosario. La presunción de inocencia no es una cosa burguesa, es una conquista de la justicia que

nosotros tenemos que defender. Nadie es un criminal hasta que no se demuestre lo contrario.

Ella caviló antes de responder:

—Tienes razón, compañero delegado de Seguridad. No volveré a cometer el error. Bernardo es solo un sospechoso, no un culpable. Pero tú me aceptarás también que una mujer asesinada tiene el mismo derecho a que se le haga justicia que un hombre. No queremos construir un mundo nuevo solo para la mitad de la humanidad, ¿no te parece?

—Estamos de acuerdo.

Ramón abrió la puerta y se dirigió hacia el Peugeot para informarle al chófer del nuevo plan.

—¿En Cataluña también celebráis el 28 de diciembre?

—Claro, *el dia deis Sants Innocents* —respondió Lourdes Vendrell—. Los niños van colgando *ninots* de papel en la espalda de la gente que camina por la calle. A esos muñequitos les llamamos *llufes* en catalán. Pero me parece que este año allí están para tan pocas bromas como aquí.

—Algo mejor estarán, mujer —dijo Almudena Carretero. Al igual que Lourdes, era enfermera en el Hospital de Sangre de las Milicias Confederales instalado en el madrileño Hotel Ritz—. No tienen a los fascistas en el cogote como los tenemos aquí.

—No, eso no. Los fascistas están a más de doscientos kilómetros de Barcelona, en el frente de Aragón.

—Tú estuviste en Aragón durante el verano, ¿no?

—Sí, con la Columna Durruti. Y con ella me vine a Madrid a principios de noviembre.

—¿Crees que a Durruti lo mataron los comunistas?

—No. *Això es una bestiesa*. Estuve atendiendo aquí mismo a Durruti en la tarde del 19 de noviembre, a las órdenes de los doctores Santamaría y Bastos. Tenía una herida de bala en el torso, con orificios de entrada y salida. Parecía que el proyectil había sido disparado a quemarropa y desde abajo, cuando iba a entrar en su coche. No creo que hubiera un comunista esperándole debajo del coche.

—Lourdes, si es como tú lo cuentas, tampoco pudo ser un francotirador de los que los sublevados tienen en el Clínico. —Almudena miraba de hito en hito a su compañera.

—Chica, no me tires de la lengua.

—Como quieras. Pero te digo que a mí los comunistas me dan mucho susto. Antes de la guerra no eran nada y ahora se están apoderando de todo. Hasta los cines de la Gran Vía pasan películas soviéticas. Y hasta las latas de carne y sardinas vienen etiquetadas en chino.

—No es chino, Almudena. Son los caracteres del alfabeto cirílico.

—Ya lo sé, mujer. Pero los madrileños lo llamamos así.

Lourdes se echó a reír. Llevaba su cabello rubio recogido en una cofia blanca y blanca era también su bata de trabajo.

Era alta, robusta y de ojos azules.

—A mí también me dan susto los comunistas —dijo—. Todo se les consiente para no enfadar a Stalin, que es el único que nos vende armas.

—Y tú y yo sabemos muy bien que nos tienen mucha ojeriza a los anarquistas.

—*I tant!* Durruti no se fiaba un pelo de ellos. Siempre nos recordaba cómo Lenin había aplastado a los marineros anarquistas de la comuna de Kronstadt.

—Oye, me han contado que la novia de ese comunista italiano que manda en el Quinto Regimiento es una muchacha muy guapa que trabaja como enfermera del Socorro Rojo. Se llama Tina y también es italiana. Está en el Hospital de Maudes.

—No lo sabía. Lo que yo he oído es que han fusilado a una enfermera de Maudes, pero no debe ser la novia del comunista italiano, claro. Cuentan que era una quintacolumnista que envenenaba con cianuro a todos los heridos nuestros que caían en sus manos.

—Eso también lo he oído yo. ¡Menuda fiera! Bien fusilada está. ¿Sabes que antes de la guerra Maudes era un sanatorio de caridad llevado por monjas? Las desalojaron a todas en agosto.

—Pues no me parece bien, *qué vols que et digui*. Las monjas tenían experiencia y llevaban los hospitales bastante bien. Ahora todo esto va manga por hombro.

Almudena aprobó en silencio. Las dos dieron por terminada la pausa que se habían tomado saliendo al exterior para respirar aire fresco bajo la marquesina del hotel. Regresaron a sus obligaciones.

El Hotel Ritz había sido inaugurado por Alfonso XIII en 1910. De seis plantas y estilo afrancesado, estaba situado entre el Museo del Prado y la Bolsa de Madrid. Allí habían pernoctado monarcas, presidentes, millonarios y artistas de muchos países. Pero al comenzar la guerra había sido requisado por los anarquistas y ahora estaba atestado de milicianos heridos en los combates madrileños. Sus llantos, lamentos y aullidos eran la música orquestal de aquel Titanic.

A Lourdes ya no le afectaba esa música tanto como al principio, se había acostumbrado a ella como un fogonero al resoplar de su locomotora. Así que subía ensimismada por la escalera del Ritz hasta la segunda planta, de cuya administración se ocupaba aquella semana. La mención de Almudena a la muerte de Durruti le había traído el recuerdo del tortuoso camino que la había llevado a aquel lugar.

Hija de un matrimonio que regentaba una pequeña sastrería, Lourdes había nacido en Girona veintiocho años atrás y había aprendido su oficio en la Escola D'Infermeria creada por la Generalitat en Barcelona en 1933. El verano anterior, se había sumado con entusiasmo a la Columna Durruti como enfermera. También sin vacilaciones, la había acompañado en su viaje a la batalla de Madrid, a comienzos de noviembre.

Cuando le preguntaban por qué, a diferencia de tantos miembros de la Columna, ella no había regresado al frente de Aragón tras la muerte del líder en la madrugada del 20 de noviembre, allí mismo, en el Ritz, Lourdes respondía: «Sigo creyendo lo que decía Durruti: Cataluña se defiende ahora en Madrid». Eso le parecía tan evidente como que a Franco le ayudaban Hitler y Mussolini.

Lourdes estuvo a punto de darse de bruces con el doctor Santamaría al llegar a la segunda planta. El doctor vestía una bata blanca sobre un traje de chaqueta a rayas grises y una camisa clara sin corbata. También caminaba distraído, o más

precisamente, abrumado de fatiga e impotencia. Llamaban la atención sus profundas ojeras.

—Disculpe, doctor. —Lourdes miró la cara de Santamaría y se alarmó—. ¿Ocurre algo?

—Nada excepcional. Se nos ha muerto otro compañero. Uno de los de la habitación 216.

—¿El que tenía destrozado el maxilar?

—Sí, ese. Otro que igual hubiéramos podido salvar si alguien hubiera descubierto una buena sustancia bactericida.

Lourdes recordaba a aquel paciente de la 216, de hecho los recordaba a todos. Los que se habían salvado y los que habían muerto, los que tenían alguna posibilidad de sobrevivir y los que estaban clínicamente desahuciados. El recién fallecido era de los que habían llegado al Ritz con muy malas cartas. El doctor Santamaría apenas había podido limpiar su mandíbula de los fragmentos de dientes y huesos rotos, y hacerle un par de transfusiones de sangre según el método de Norman Bethune. Ella, por su parte, le había inyectado soluciones de morfina para calmar sus atroces dolores. Pero no tenían modo alguno de detener la septicemia que devoraba su organismo.

—*Quina pena!* —dijo—. Ahora mismo me ocupo de los trámites.

—Sí, por favor. Rellena el parte y avisa para que lleven el cadáver a la morgue. Luego te firmo los papeles. Yo voy a salir afuera a fumar un pitillo. Lo necesito.

Lourdes caminó hacia la habitación 216, abrió la puerta y entró. Tres hombres la miraron desde sus camillas con espanto en los ojos; el cuarto paciente ya no podía ver nada, estaba cubierto por una colcha hasta la coronilla. Lourdes se acercó a él, destapó su cabeza —la tenía vendada salvo por la nariz y los ojos, ahora cerrados— y, por prurito profesional, le tomó el pulso con dos dedos en la arteria carótida del cuello, bajo el ángulo del mentón. Esperó un rato sin sentir ningún latido.

Volvió a cubrir la cabeza del cadáver y tomó la tablilla con la hoja informativa que colgaba del pie de la cama. Intentó sonreír a los tres heridos, les dijo que no tardarían en llevarse el cuerpo del compañero, salió al pasillo y se dirigió a la mesita instalada al fondo para las tareas administrativas de médicos y enfermeras. Se sentó en una silla delante de la mesita, tomó un par de formularios y una hoja de papel carbón. Puso el carbón entre los formularios, de modo que lo que escribiera en el de arriba se copiara en el de abajo.

Rellenó a mano el informe. El doctor Santamaría certificaba la muerte por parada cardiorespiratoria de Bernardo Gómez a las 3 de la tarde del lunes 28 de diciembre de 1936 en el Hospital de Sangre de las Milicias Confederales sito en el Hotel Ritz de Madrid. Se desconocían el segundo apellido del occiso, su fecha de nacimiento, su domicilio, su estado civil y otros datos.

Bernardo Gómez había ingresado a las 6 de la tarde del 23 de diciembre de 1936, transportado desde Vallecas por compañeros suyos de las milicias confederales,

escribió la enfermera. Presentaba herida de bala en el maxilar inferior derecho de pronóstico muy grave. No había recuperado el habla en ningún momento.

Félix Schlayer tenía un bigote señorial: espeso, níveo y con las puntas alzadas hacia el cielo como las había llevado el *kaiser* Guillermo II. El cabello, castaño en su parte central y blanqueado en las patillas y las sienas, lo llevaba peinado hacia atrás, bien tieso gracias a la gomina. Bajo dos cejas anchas y todavía oscuras, le brillaban de inteligencia unos ojos pequeños de color verde botella. Sonreía irónicamente.

—Lo importante es que no nos pongamos nerviosos —dijo. Hablaba un buen español con acento germano—. La pieza que se pone nerviosa y empieza a moverse es la más fácil de cazar. Tenemos algo muy importante a nuestro favor: los rojos son un desastre. Si no hacemos nada, no irán muy lejos.

La muchacha llevaba en su mano derecha una taza de porcelana, se la llevó a la boca, mojó sus labios de té, luego dejó la taza sobre su platito y se secó los labios con una servilleta de lino bordado. No llevaba carmín, no estaban los tiempos como para llevarlo. Aun así, era muy hermosa. De cabello rubio natural, el rostro de un personaje de Botticelli y un cuerpo esculpido con natación y partidos de tenis.

—Tiene usted razón, Félix. Y le agradezco de todo corazón sus palabras, siempre sabias, siempre tranquilizadoras. Pero los rojos también cuentan con gente que no es demasiado estúpida. Algunos de ellos saben sumar dos más dos.

—Por supuesto, Margarita. Menospreciar al enemigo es otro error. —Schlayer agachó su torso hacia la mesita de madera taraceada, tomó su taza de té y le dio un sorbo. Con la taza aún en la mano, añadió—: Con todo el debido respeto, creo que Franco cometió ese error de exceso de confianza con Madrid. Pensó que podría asaltar la ciudad cuando le conviniera porque no le ofrecería la menor resistencia. Le regaló a esta chusma un tiempo precioso para organizar una mínima defensa.

—Lamento no estar de acuerdo con usted en este punto —dijo ella con una sonrisa cortés—. Mi padre piensa que Franco maneja el tiempo como cree que mejor le conviene a la España nacional. Si no asaltó Madrid a finales de septiembre o comienzos de octubre, sus razones tendrá.

—¿Ha hablado recientemente con su padre?

—Ahora mismo. Mientras le esperaba a usted, el secretario de la embajada ha tenido la gentileza de conseguirme una conferencia telefónica con el cuartel general de Salamanca.

—Qué bueno. ¿Y cómo está el coronel?

—Bien, gracias a Dios. Su única preocupación es que yo siga aquí.

—Ya saben que puedo organizar su evacuación cuando él y usted quieran. No tienen más que decírmelo.

—Lo sabemos, Félix, lo sabemos. Pero vamos a dejar pasar las fiestas de Navidad. Después de lo que ocurrió con el último convoy, mi contacto me dice que

los rojos están sobre ascuas. En el control de Tarancón y también aquí, en la Junta de Defensa.

—¿Qué le ha contado de nuevo su contacto?

—Está un poco angustiado. Dice que Miaja quiere ir al fondo del asunto, se siente muy humillado. Ha puesto en marcha una investigación para averiguar quién sacó de la caja fuerte de la Junta de Defensa los salvoconductos en blanco y quién los rellenó y selló. Los sospechosos, ya lo sabe usted, son pocos.

—¿Sabemos quién lleva esa investigación? ¿Quizá los militares leales a Miaja? ¿Tal vez Santiago Carrillo?

—No. Los militares que siguen al gordinflón de Miaja no dan abasto. Y Carrillo parece estar en un segundo plano desde que dejó la Junta de Defensa hace un par de semanas.

—*Et alors?*

—Mi contacto se huele que Miaja le ha encargado el asunto a los anarquistas. Recibió a Eduardo Val en su despacho del palacio de Buenavista en la mañana del día de Nochebuena.

—¡Eduardo Val! Menuda sorpresa. —Schlayer se atusó, pensativo, la punta derecha del bigote—. Ese camarero no es nada tonto.

—No lo es. Ese es de los que saben que dos más son cuatro.

Comenzaba a anochecer cuando Margarita Álvarez de Andrade salió por la puerta principal de la embajada de Noruega, en la calle María de Molina. Chispeaba ligeramente y eso le sirvió de pretexto para abrir el paraguas y parapetarse así de las miradas del trío de guardias de Asalto que custodiaba la legación. Conjeturó que los guardias estarían dudando sobre si pedirle o no la filiación, y les ayudó a optar por la pasividad caminando con aire seguro y decidido en dirección a la Castellana. La vida le había enseñado que los uniformados profesionales —y los de Asalto lo eran— siempre eran más cautos y respetuosos con aquellos que no parecían amilanados por su presencia.

Al llegar a la esquina de Claudio Coello, giró a la izquierda y entonces sí, aceleró el paso. El barrio de Salamanca era bastante más inseguro de noche que de día. Aunque la Junta de Defensa había conseguido reducirla en las últimas semanas, la actividad por aquella zona de grupos incontrolados de milicianos no había desaparecido por completo. A Margarita le quedaban unos largos minutos de incertidumbre hasta alcanzar su domicilio familiar en la calle Juan Bravo. La tétrica luz azulada de las farolas no contribuía a tranquilizarla.

Margarita sabía que su principal ventaja era que los rojos no la tenían fichada. Había pasado la mayor parte del quinquenio de existencia de la República estudiando en un internado inglés de señoritas, así que no se había significado en las actividades públicas de la Falange madrileña, el grupo político de sus amores. Los rojos sabían,

por supuesto, que era hija del coronel Álvarez de Andrade, uno de los oficiales sublevados en Marruecos y que ahora formaba parte del Estado Mayor de Franco, pero en ningún libro liberal, masónico, marxista o anarquista estaba escrito que los hijos fueran culpables de los pecados de sus progenitores.

A finales de julio, cuando la casa de los Álvarez de Andrade había sido registrada por un piquete de sudorosos y agitados milicianos, ya solo Margarita vivía allí. La muchacha no había presentado la menor oposición a aquellos tipos con monos de obrero y fusiles de caza. Al contrario, les había dicho que contaran con ella, que no compartía las ideas retrógradas de su padre, que era una entusiasta de la tarea emancipadora de la República y que por eso se había quedado en Madrid.

Ellos le habían creído; todo el mundo se tragaba sus embustes cuando ponía cara de inocencia angelical. Así había comenzado Margarita su doble vida actual, la gran aventura de sus veinte años de existencia. Amiga de los rojos de día y quintacolumnista de noche. O viceversa si era menester.

El joven secretario de la embajada de Noruega había acompañado a Margarita hasta la puerta de salida y allí había permanecido hasta comprobar que los guardias de Asalto no la importunaban. Afortunadamente, pensó, las autoridades oficiales republicanas estaban sedientas de respetabilidad internacional y acataban los privilegios diplomáticos, incluido el derecho a ofrecer asilo. El secretario incluso empezaba a sospechar que los militares y los políticos menos revolucionarios de la Junta de Defensa de Miaja se alegraban secretamente de que en Madrid existieran lugares como las legaciones vetados a los justicieros de su propia causa.

La embajada de Noruega había llegado a albergar varios cientos de derechistas españoles en los momentos más salvajes del verano y el otoño. Pero la mayoría ya habían sido evacuados hacia el Levante y desde allí a Francia o Argelia. Todo se había desarrollado razonablemente bien hasta el incidente en Tarancón en vísperas de la Navidad.

Regresó al salón donde había dejado a su jefe.

—*Ein problem?* —preguntó Schlayer.

—*Nein, alles klar.*

Hablaban en alemán porque esa era la lengua natal de Schlayer. Una carambola de casualidades había llevado al mostachudo sexagenario a convertirse en el encargado de negocios de Noruega en el Madrid en guerra. Schlayer no era noruego y tampoco era diplomático de carrera, sino un ingeniero alemán establecido en España desde 1895 como empresario de maquinaria agrícola. Pero, como muchos de sus colegas, el embajador noruego en Madrid estaba de vacaciones el 18 de julio, el día del comienzo de la Guerra Civil, y Schlayer había asumido provisionalmente sus funciones a petición de Oslo. No ocultaba su admiración por Hitler, del que decía que

estaba devolviendo a Alemania el lugar privilegiado en Europa que le habían arrebatado los judíos y los comunistas.

Schlayer se levantó de la silla en la que había conversado con Margarita Álvarez de Andrade y dijo en su idioma materno:

—¿Ha solicitado usted permiso para visitar a los detenidos en la cárcel de Porlier?

—Mañana voy a ver a Melchor Rodríguez, el director de Prisiones —le respondió el secretario—. Es bueno que ese anarquista haya vuelto a hacerse con el cargo. Parece menos sanguinario que los comunistas. Intentó oponerse a las sacas y los fusilamientos de noviembre.

—Sí, eso dicen. Insístale en que excarcelen a nuestros refugiados y los trasladen aquí. Creo que será sensible al argumento de que aquí estarán más seguros que en Porlier. Dígale, además, que esta embajada actuó de buena fe en este incidente: los salvoconductos eran oficiales. Y no se olvide de informarle de que nuestra petición cuenta con el pleno apoyo de don Aurelio Núñez Morgado, embajador de Chile y decano del cuerpo diplomático.

—Así lo haré, Excelencia.

Iluminado por la amarillenta luz de una bombilla que colgaba del techo, Aníbal López aporreaba su Hispano Olivetti m-40. Era una soberbia máquina de escribir, hecha con hierro forjado que había sido primorosamente lacada de negro. Aníbal sentía bajo las yemas de los dedos la agilidad, la robustez y la elegancia de aquel instrumento fabricado en Barcelona por la célebre empresa italiana. Tecleaba: «La imposición de las insignias de capitán de milicias al camarada cubano Pablo de la Torriente ha sido un acto de fraternidad internacionalista que ha reafirmado la voluntad de convertir Madrid en la tumba del fascismo. Así lo ha proclamado, con acento vibrante, la camarada Dolores Ibárruri, a la que el heroico pueblo de España y ya todos los pueblos del mundo llaman con cariño filial Pasionaria».

El periodista se detuvo para liar un cigarrillo. Era un veinteañero larguirucho y de rostro picado por la viruela que ocupaba uno de los cuatro escritorios de la redacción de *Milicia popular*, el diario del Quinto Regimiento. Los otros tres estaban vacíos aquel anochecer. Como les ocurría con frecuencia a los periódicos del Madrid en guerra, donde el papel escaseaba tanto como la comida y la gasolina, la edición de *Milicia popular* del día siguiente, 29 de diciembre, iba a consistir tan solo en una hoja impresa por ambas caras. La crónica de Aníbal sobre el homenaje a Pablo de la Torriente, acompañada, eso sí, de un buen reportaje gráfico del acto, sería su único contenido.

Leyó lo que había escrito y le pareció un buen arranque. Prosiguió con el segundo párrafo: «Pablo de la Torriente cayó asesinado por las balas fascistas el pasado 19 de diciembre en la sierra madrileña, que él había contribuido a convertir en un baluarte contra la barbarie de Franco, Hitler y Mussolini. Tres días tardó en encontrarse su cadáver, cubierto por el sudario de la nieve. Pablo de la Torriente, hermano comunista que nos llegó del Caribe, no temía al enemigo, pero se quejaba del frío de Madrid. Su sacrificio terminó siendo doble: fuego y nieve».

Volvió a detenerse. Le gustaba lo de «fuego y nieve», aquello tenía garra, mucha garra. ¿Qué iba a contar después? Ah, sí, aún no había dicho dónde se había celebrado el acto. Había sido allí mismo, en el gran patio central del cuartel del Quinto Regimiento, en lo que antes de la guerra había sido convento y colegio de los Salesianos, en la calle Francos Rodríguez del distrito de Tetuán. Si se acercaba a la ventana del aula donde había sido instalada la redacción de *Milicia popular*, podía ver abajo ese patio, ahora vacío de gente, salvo por los centinelas nocturnos.

Se levantó de la silla y se acercó a uno de los escritorios desocupados, sobre el que había un botijo de cerámica de Talavera y una gorra cuartelera de dos picos con una estrella roja de cinco puntas. Esa estrella era la insignia del Quinto Regimiento, la unidad miliciana de la que se enorgullecían los comunistas por su disciplina y

combatividad, y a la que ponían como ejemplo del Ejército Popular Republicano que deseaban fraguar. Aníbal bebió un trago largo de agua del botijo, se secó los labios con la manga de la camisa y regresó a su puesto.

Volvió a inclinarse sobre la Hispano Olivetti: «La imposición de las insignias de capitán de las milicias al camarada cubano se ha celebrado en el cuartel del Quinto Regimiento, en una emotiva ceremonia en la que han tomado la palabra...». Se detuvo para consultar sus notas. Olvidarse de alguno de los oradores era el mayor error que podía cometer el redactor de un diario partidista. A ver, recapituló, habían hablado Pasionaria, Enrique Castro Delgado, obrero metalúrgico, comunista del barrio de Tetuán y primer comandante del Quinto Regimiento, y Enrique Líster, su sucesor al frente de la milicia. A su lado, aunque sin tomar la palabra, estaban Santiago Carrillo, representante hasta hacía poco de las Juventudes Socialistas Unificadas en la Junta de Defensa, Carlos Contreras, comisario político del Quinto Regimiento y que en realidad era un italiano llamado Vittorio Vidali, aunque esto último no iba a escribirlo, y también Mijaíl Koltsov, el corresponsal del diario soviético *Pravda* y del que se decía que era el representante personal de Stalin en España, detalle que tampoco iba a poner en su crónica.

¿Y Pedro Caño? No tenía apuntado su nombre en el cuaderno, ni recordaba haberlo visto en la ceremonia. Pero eso no quería decir nada, igual no había subido a la tribuna y el periodista no lo había visto entre la multitud que abarrotaba el patio del cuartel. Aníbal tuvo un estremecimiento, comenzaba otra noche de frío glacial. Se levantó de nuevo para cubrirse con el gabán que había dejado en el perchero.

Con el gabán ya puesto, lio un cigarrillo de pie y fue a filmárselo mirando a través de la ventana. El cielo estaba despejado, pero oscuro por la ausencia de luna. Los reflectores de la defensa antiaérea buscaban presas en las alturas: el riesgo de bombardeos nocturnos era mayor sin la luz del satélite. De vez en cuando, haces de balas trazadoras acibillaban la oscuridad siguiendo los movimientos de los reflectores. Inútilmente.

Arrojó la colilla al suelo y decidió que iba a acercarse al cuarto oscuro donde estaría trabajando el camarada fotógrafo para verificar si Caño había estado o no en el homenaje. Si había estado y no lo citaba en su crónica, podía tener problemas. Caño era un mancebo de botica desconocido en los ambientes políticos antes de la sublevación militar, pero en julio se había afiliado al Partido Comunista y ahora era una de sus estrellas ascendentes. Apuesto, fogoso y dogmático, había sido nombrado semanas atrás uno de los representantes comunistas en la Junta de Defensa.

Sí, lo mejor era darse un paseo hasta el cuarto oscuro. Nada ni nadie escapaba a la atención de los fotógrafos.

Esteban Rupérez se detuvo al avistar el gentío arremolinado en la esquina de la calle Alcalá con la Puerta del Sol.

—¡Cáspita! —exclamó—. Semejante tropel debe de obedecer a esa bomba que cayó anoche y de la que todo el mundo me ha estado hablando esta mañana.

—Seguramente, don Esteban —le respondió su guardaespaldas—. ¿Quiere ver el socavón?

—No nos queda más remedio, Manolo. Está en mitad de nuestro camino. Como si fuera un miércoles.

El guardaespaldas abrió paso a codazos al diputado de Unión Republicana hasta el borde del cráter que un proyectil de quinientos kilos había abierto en la calzada de la Puerta del Sol, frente a la Farmacia Company. El agujero era descomunal, de unos quince metros de diámetro y unos veinte de profundidad.

—Sujétame bien del brazo, que voy a asomarme —dijo Rupérez trepando a una pila de escombros. El guardaespaldas así lo hizo y el diputado se agachó para observar el abismo—. ¡Qué barbaridad! ¡Se ven hasta los raíles del metro!

Rupérez se enderezó y descendió de los escombros. Era un sexagenario rollizo, de tez rubicunda y cabello de color pajizo cortado al cepillo. Manolo, un treintañero de carnes escuetas, ancho de mandíbula y estrecho de entrecejo, se asomó a su vez al cráter con mucha precaución.

—¡Joder, don Esteban! Cada día los tiran más gordos.

El diputado, con abrigo de lana sobre un traje de chaqueta que llevaba sin corbata, y su guardaespaldas, con cazadora de cuero y pantalones de pana, atravesaron luego la Puerta del Sol en dirección a la calle Mayor.

Tuvieron que zigzaguear. El corazón de la antigua Villa y Corte bullía aquel día tan soleado. Miles de transeúntes inundaban la plaza y las tortuosas callejas que de allí arrancaban como si fueran las patas de una araña. Tranvías amarillos con gente colgada de la parte trasera se abrían paso a golpe de campanillas entre esa muchedumbre. Una tienda de paraguas exhibía sus productos, más necesarios que nunca en aquel invierno tan lluvioso; un barbero afeitaba a un soldado detrás de un escaparate; un vendedor ambulante voceaba «¡A las buenas pipas, saladillas, tostaditas!».

Rupérez se fijó en una valla publicitaria de antes de la sublevación que ofrecía excursiones en gran turismo a Valencia al precio de cincuenta pesetas por pasajero. Ahora, pensó, esas excursiones valían más, mucho más.

El reloj del Ministerio de la Gobernación dio las doce campanadas del mediodía. Al diputado le asombraba que ese reloj siguiera funcionando impecablemente. Era increíble, reflexionó, la tenacidad con la que Madrid intentaba seguir su vida habitual

en medio de la guerra. Y aún más increíble era que lo lograra con frecuencia. Como estaba ocurriendo aquel mismo 29 de diciembre de 1936.

—Pues qué queréis que os diga, a mí me siguen gustando más las rellenitas —dijo Fulgencio Arias.

—Una especie en vías de extinción, querido amigo —replicó Matías Rodríguez con tono apesadumbrado—. ¿Os habéis fijado en lo flaquitas que se están quedando las madrileñas?

—Mejor, mucho mejor —terció Esteban Rupérez—. El modelo de feminidad verdaderamente civilizado es la sílfide de las leyendas nórdicas. Ah, esa hembra rubia y etérea, esa mujer casi inaprensible que despierta en el varón los más nobles instintos caballerescos... —Apuró su chato de vino tinto y lo dejó sobre la mesita redonda con tablero de mármol—. Lo que pasa es que vosotros sois unos castizos incurables.

—No diga disparates su señoría —dijo Fulgencio—. ¿Cómo alguien en su sano juicio puede preferir un saco de huesos a las curvas de nuestra Celia Gámez? Insisto: rellenitas y, por supuesto, morenas. ¡La mujer española del cuplé!

Los tres hombres rieron con alborozo la salida de Fulgencio. Y aprovecharon la pausa para rellenar sus chatos con la jarra con vino de Utiel situada en el centro del velador. Los tres eran correligionarios de Unión Republicana y solían tomar juntos el aperitivo en un pequeño reservado del sótano de aquella taberna andaluza de la Plaza Mayor.

Manolo, el guardaespaldas del diputado, se había quedado arriba, apostado frente al mostrador de madera sobre el que el camarero anotaba con tiza el precio de las consumiciones. Bebía un vaso de agua y contemplaba melancólico el muro de toneles para vinos y licores que se alzaba detrás del mostrador, unas barricas ahora vacías en su mayoría. El vino de la comarca valenciana de Utiel y Requena, que seguía en manos republicanas, era casi el único que continuaba llegando con regularidad a la capital.

—Y bien, Esteban, ¿qué novedades nos traes de la Junta de Defensa? —preguntó Matías.

—Pocas. Allí solo se hablaba esta mañana del bombardeo de anoche. ¿Habéis visto el socavón que ha abierto en la Puerta del Sol?

—No. No he pasado por allí.

—Yo tampoco.

—Yo sí, y es tan grande que cabría un ferrocarril.

—Eso he oído.

—Yo también. ¿Se sabe ya el número de muertos?

—En Sol no hubo ninguno pese al tamaño colosal del pepinazo, pero en otras partes ya se llevan contados una decena. Actualmente la vida y la muerte tienen

fronteras muy movedizas en esta nueva Numancia en que se ha convertido Madrid. Por ejemplo, en la esquina de la calle Montera con la Gran Vía, un proyectil hundió una finca de cuatro pisos, como si alguien le hubiera dado un puñetazo a un pastel de hojaldre. En la planta baja vivían tres abuelas, dos de las cuales fallecieron de inmediato. La tercera solo pudo ser rescatada al cabo de siete horas, la pobrecilla está muy malherida.

—Estos fascistas son más brutos que un arado. Tratan a Madrid como si fuera una cabila polvorienta del Rif.

—¡Y que lo digas! Si de ellos dependiera, de Madrid solo quedarían en pie el Palacio Real, el barrio de Salamanca y, por supuesto, todos los conventos e iglesias. —Matías cabeceó con pesadumbre—. Bueno, ¿y qué piensa el general Miaja de la situación?

—Miaja está convencido de que Franco aún no ha desistido de su intento de tomar Madrid por las bravas. Me temo, amigos, que nos esperan más bombardeos.

—«Con las bombas que tiran los fanfarrones, se hacen las gaditanas tirabuzones...» —canturreó Fulgencio.

—Si solo fueran las bombas... —suspiró Rupérez—. En la Junta de Defensa se cree que Franco planea un nuevo ataque terrestre a la ciudad, pero esta vez por un sitio diferente. ¿Cuál? Ah, eso es lo que nadie sabe. Miaja sospecha que Franco no se lo ha dicho ni a sí mismo. El gallego no se fía ni de su sombra.

Unión Republicana era un pequeño partido liberal que, integrado en la victoriosa coalición del Frente Popular, había obtenido treinta y ocho escaños en las elecciones legislativas del anterior mes de febrero. Su líder, Diego Martínez Barrio, había disfrutado de una breve notoriedad al ejercer la presidencia del Consejo de Ministros los días 19 y 20 de julio. Manuel Azaña, el presidente de la República, le había encargado que intentara evitar la guerra civil convenciendo a los militares recién sublevados de que depusieran su actitud. Martínez Barrio no lo había conseguido, pero en el empeño se había forjado la imagen de un político timorato y entreguista.

Malagueño de nacimiento y abogado de profesión, Esteban Rupérez era uno de los treinta y ocho diputados de Unión Republicana y, además, su representante en la Junta de Defensa de Madrid. Ahora se despedía de sus correligionarios bajo los soportales de la Plaza Mayor, frente a la taberna andaluza donde habían compartido el aperitivo. Cientos de refugiados malvivían bajo aquellos soportales desde el verano anterior, pero ni Rupérez ni sus contertulios les prestaron mayor atención. Ya formaban parte del paisaje.

—Cuídate, Fulgencio —dijo abrazando a su contertulio.

—Usted también, su señoría. Y no se fíe de las sílfides. No valen un pimiento y además son tan engañosas como las sirenas de la Odisea.

Rupérez soltó una carcajada, deshizo el abrazo y ahora estrujó a Matías.

—¿Nos vemos mañana?

—Así será si seguimos vivos, querido amigo.

Manolo, que había asistido a la escena a distancia, se acercó al diputado en cuanto se quedó solo.

—¿Se ha fijado, don Esteban? —El guardaespaldas señalaba el centro de la Plaza Mayor, donde la estatua ecuestre del rey Felipe III había sido cubierta por un catafalco de madera y ladrillos.

—Ah, sí. Ya me habían informado de que se iba a hacer algo así. También está previsto tapar las fuentes de Cibeles y Neptuno; la Junta de Defensa quiere proteger estos monumentos de los bombardeos. —Caminó unos metros hacia el interior de la plaza, seguido perrunamente por el guardaespaldas. Al cabo, se detuvo y contempló con fijeza el catafalco—. ¡Jesús, es más feo que el culo de un mono!

Escortado por un comandante de Infantería, Ramón Toral iba atravesando las estancias del palacio de Buenavista en dirección al despacho del general Miaja. Aunque era la hora del almuerzo, el palacio, un edificio dieciochesco de cuatro alturas que se alzaba en un promontorio ajardinado de la plaza de Cibeles, estaba repleto de hombres uniformados. Unos iban o venían de aquí hacia allá, presos de una notable excitación. Otros se agrupaban en torno a mesas donde habían desplegado planos de la ciudad que escrutaban cual si fueran oráculos. Algunos tecleaban nerviosamente en máquinas de escribir o en teletipos. Bastantes daban la impresión de que solo estaban aguardando a que alguien les diera una orden. En todas partes sonaban teléfonos que solo podían transmitir malas noticias.

Flaco, de mediana edad y cabello entrecano, el comandante debía de ser alguien importante porque nadie le interceptó en su camino a través de la sede del Ministerio de la Guerra. El soldado que custodiaba la puerta del despacho de Miaja también pareció reconocerle. Se cuadró al verle y le saludó llevándose la mano derecha a la sien.

—¿El general está solo? —preguntó el oficial.

—Sí, mi comandante.

El comandante golpeó la puerta con los nudillos, la entreabrió sin esperar respuesta, asomó la cabeza y dijo:

—¿Da usted su venia, mi general?

—Adelante, Forteza —se escuchó desde el interior.

El comandante invitó a Ramón a pasar el primero y luego le siguió. Ambos se cuadraron y saludaron marcialmente al hombre que se sentaba tras un escritorio de madera labrada.

—Es Ramón Toral, el delegado de Seguridad de Tetuán —dijo el comandante—. La visita que Vucencia esperaba.

—Gracias, Forteza. Puede usted retirarse. —Miaja señaló con la mano una de las dos sillas tapizadas de cuero que había ante su escritorio y añadió—: Tome usted asiento, Toral.

Ramón se sentó y contempló al hombre que llevaba casi dos meses dirigiendo la defensa de Madrid. Debía de estar próximo a los sesenta años de edad y era calvo, barrigudo y miope. Las gafas, redondas sobre una nariz curvada, unos labios muy finos y una amplia papada conferían a su rostro el aspecto de un búho. Llevaba completamente abotonada la guerrera de su uniforme de campaña. A Ramón le gustó que no exhibiera ningún tipo de condecoración.

—Me han informado de que fue usted voluntario a la Guerra del Rif —dijo Miaja con una leve sonrisa.

—Sí, mi general. Yo era muy joven y no tenía nada mejor que hacer. Estuve en África casi tres años. Logré sobrevivir al desastre de Annual y terminé como cabo.

—Tuvo suerte, Toral, tuvo mucha suerte. Yo también serví en África. Pedí ese destino al salir de la Academia de Toledo y sobreviví al asalto a la bayoneta de Talusit Bajo. —Ramón percibió nostalgia en la voz de Miaja cuando añadió—: Me gusta Marruecos. Allí aprendí un poco de árabe. ¿Qué piensa usted de los moros?

—Son muy suyos. Buena gente cuando les tratas con respeto, pero con malas pulgas cuando se sienten insultados.

—Son muy susceptibles, sí. Los rifeños son además temibles guerreros. Sin miedo y muy resistentes. En el fragor de la batalla pueden llegar a ser feroces. Nuestra gente les tiene mucho miedo.

—Hay motivos. En Annual nos dieron una buena paliza.

—Nos la dieron, sí señor. Con la ayuda de la incompetencia de nuestros mandos militares. —Miaja reflexionó antes de proseguir—: Quizá sea esa incompetencia la que esté salvando ahora a la República.

—Quizá sea esto, mi general. Y quizá sea también la bravura de nuestra gente.

—Muy cierto, Toral, muy cierto. El golpe de julio habría triunfado si los generales se hubieran apoderado en pocas horas de los centros vitales del país. Pero esa bravura de la gente de la que usted habla se lo impidió en Madrid y Barcelona. Fracasado el efecto sorpresa, las probabilidades de éxito de los insurrectos eran escasas si solo hubieran dispuesto de sus propios recursos. Pero contaron enseguida con el refuerzo de los alemanes y los italianos...

—Y, si usted me lo permite, yo añadiría que con el refuerzo de otra incompetencia: la de los dirigentes republicanos. El Gobierno de Largo Caballero le dejó a usted en la estacada cuando puso pies en polvorosa el 6 de noviembre.

—No me lo recuerde, Toral, no me lo recuerde. —Miaja miró de hito en hito al visitante—. ¿Conoce el chiste del héroe que salva a varias víctimas de un naufragio y cuando le felicitan por su acción pregunta quién ha sido el hijo de puta que le empujó al agua? Pues así me siento yo.

Rompió a reír estruendosamente, palmeándose de contento el barrigón con ambas manos. Ramón le miró asombrado, pero terminó sonriendo ante el espectáculo.

—Comprendo lo que dice, general, pero, bueno, usted también tuvo su mérito en noviembre. Se negó a ser el chivo expiatorio de la entrega de Madrid al enemigo.

—Me negué a interpretar ese papel, sí. —Había recuperado su impasibilidad con la misma rapidez con la que se había puesto a carcajear—. Y ahora Madrid es una especie de isla unida al resto del mundo tan solo por el istmo de la carretera de Valencia. De eso es de lo que quiero hablarle.

—A sus órdenes.

—Su compañero Eduardo Val me ha informado de que usted está al corriente del asunto de los salvoconductos de estraperlo de la Junta de Defensa. —Ramón lo confirmó con un movimiento de la cabeza—. Creo que ya conoce también los

nombres de las tres personas que tienen acceso a la caja fuerte de la Junta de Defensa donde se guardan los salvoconductos. —Ramón volvió a asentir—. Le he convocado para darle mi impresión sobre cada una de ellas.

—Adelante. Soy todo oídos.

—A una de esas personas acaba usted de conocerla. Es el comandante Jesús Forteza, el que le ha traído a este despacho. El comandante Forteza es uno de mis edecanes, persona de toda mi confianza. El golpe de julio le sorprendió en Toledo, pero en vez de sumarse a los sublevados en el Alcázar, optó por respetar su juramento de lealtad a la República. No quiero influir en su investigación, pero para mí es el menos sospechoso del trío.

—Entendido.

—Igual usted conoce al segundo. Se llama Pedro Caño y creo que antes de la guerra trabajaba como mancebo en una farmacia de la zona de Cuatro Caminos.

—No lo he visto nunca, pero he oído hablar de él. Se dice que es una de las jóvenes promesas del Partido Comunista.

—En efecto. Caño se incorporó hace poco a la Junta de Defensa y lo veo en nuestras reuniones. Parece un joven serio y muy comprometido con su partido y con la causa republicana. Pero también es un recién llegado, nadie le conoce antecedentes políticos antes de la insurrección militar.

—Ya. —Ramón se pinzó pensativamente el lóbulo de la oreja antes de decir—: Le supongo consciente de que no puedo llevar adelante mi investigación sin hacer seguimientos, registros e interrogatorios. Para eso necesito tener su pleno respaldo. Con algún tipo de documento sellado y firmado.

—Lo tendrá antes de salir de aquí. Pero no hace falta que le diga que, a cambio, usted debe ser muy cuidadoso en sus pesquisas. Hágame el favor de serlo particularmente con aquellas que tengan que ver con los comunistas. Madrid no puede defenderse sin las armas de la Unión Soviética.

—Me hago cargo, general.

—Vayamos, pues, al tercer sospechoso. Es el diputado Esteban Rupérez, representante en la Junta de Unión Republicana, un partido con muy buenas relaciones con el presidente de la República. Todo Madrid sabe que Rupérez es un auténtico *perillán*, con una gran debilidad por las hembras. Pero también tengo que decirle, Toral, que nadie duda de sus firmes convicciones antifascistas.

—O sea, tenemos tres sospechosos aparentemente irreprochables.

—Exacto.

—Pero nadie en esta vida es completamente irreprochable.

—Nadie. Ni tan siquiera usted o yo.

—¿Me permite una pregunta, general?

—Por supuesto.

—¿Por qué nosotros? No acabo de entender por qué nos ha encargado la investigación de este caso a los anarquistas.

—Es una pregunta pertinente, Toral. Soy un hombre de ley y orden, como puede usted imaginar. Los ideales anarquistas están en muchos casos en las antípodas de los míos, pero también he aprendido a apreciarles a ustedes. Son íntegros, testarudos y valientes como los rifeños. —Miaja se inclinó hacia el escritorio y extendió su mano derecha hacia uno de los marcos de fotografía que allí tenía colocados, entre tinteros, ceniceros y montañas de papeles. Lo tomó y le dio la vuelta para que su visitante pudiera verlo—. Ya ve, aquí tengo a Durruti. Lo conocí cuando vino a defender Madrid y el 20 de noviembre visité su cadáver en una habitación del Ritz. No lo vaya repitiendo por ahí, pero lloré ante sus despojos. ¿Y sabe por qué? Portpie Durruti era un hombre honrado a carta cabal.

—¿Estás sentado?

—Recién sentado, Cipriano. He estado con Miaja en el Ministerio de la Guerra por el tema que ya conoces y acabo de regresar al Europa. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Sigue interesándote el asunto de la mujer asesinada en nuestro barrio?

—Claro, intento solucionar los dos casos a la vez. El más fácil parece el de Rosario, es solo cuestión de atrapar a su marido, el tal Bernardo Gómez. ¿Tienes noticias tuyas?

—Las tengo, Ramón, las tengo. Mi gente lo ha localizado, pero agárrate los machos: Bernardo Gómez no puede ser el asesino. La maestra te dio una pista falsa.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. Bernardo resultó gravemente herido en Vallecas el día 23. Sus compañeros lo trasladaron al hospital de sangre del Hotel Ritz. Tú me dijiste que el crimen se cometió en la noche del 23 al 24, ¿no?

Ramón se quedó mudo, con el aparato telefónico a través del cual hablaba con Cipriano Mera pegado a la oreja.

—¿Estás seguro? —terminó diciendo.

—Es lo que me han contado. A ti te toca comprobarlo, tú eres nuestro delegado de Seguridad. Venga, yo he cumplido con lo que me pediste.

Lourdes Vendrell miró de arriba abajo con sus ojos azules al gigantón de la pelliza de cuero plantado en el vestíbulo del Hotel Ritz.

—No puede haber el menor error. Yo misma registré el ingreso de Bernardo Gómez el 23 de diciembre y preparé el certificado de su muerte en la tarde de ayer para que lo firmara el doctor Santamaría. —La enfermera de la Columna Durruti blandió los papeles que llevaba en la mano—. *Els anarquistes ens organitzem perfectament, no et fot!*

—Lo sé, compañera. También soy libertario, aunque no tenga carné de la CNT. Pero los libertarios somos humanos y podemos cometer errores...

—No en este caso. Bernardo ingresó a las seis de la tarde del día 23. Aquí está el parte de entrada. Firmado por uno de los milicianos que lo trajeron y por mí. Y aquí está el diagnóstico firmado ese día por el doctor Santamaría.

—¿Pone en alguno de esos papeles que llevas si ese Bernardo era albañil?

Lourdes hojeó los documentos.

—No lo pone, ni tampoco su domicilio o estado civil. Los compañeros que trajeron al herido no nos dieron demasiados datos personales sobre él. Imagino que tenían que volver al frente a toda velocidad. Es lo normal en estos tiempos.

—¿Y sigue aquí su cadáver?

—Esto no es una morgue, Toral. Lo llevaron anoche al depósito de la calle O'Donnell. No tengo la menor idea de si ese pobre hombre sigue ahí o ya lo han enterrado.

—Esto es una declaración oficial, te lo advierto, Marcela. ¿Cuándo fue la última vez que viste viva a Rosario Crespo?

—En la noche del 23. Vino a pedirme dos huevos para hacer la cena. Ya te lo conté cuando presenté la denuncia.

—Pues ahora me vas a contar todo de nuevo. —Instintivamente, Ramón puso la mano sobre la Star que reposaba sobre su escritorio. La maestra se percató del gesto—. ¿Sabes si Rosario estaba esa noche con alguien?

—Con su marido, supongo. Si hubiera estado sola me habría pedido un huevo, no dos. Rosario era consciente de que no están los tiempos para muchas alegrías.

—Pero tú no viste esa noche a su marido, ¿no?

—No lo vi, no.

—Y tampoco puedes afirmar a ciencia cierta que ella estuviera con alguien. Tan solo lo deduces del hecho de que te pidiera dos huevos en vez de uno...

—Sí. —Escarbó los ojos castaños de Ramón—. ¿Qué ocurre? Me estás inquietando.

—Lo que ocurre, Marcela, es que Bernardo no pudo matar esa noche a su mujer porque estaba recién ingresado en el Ritz. Con una herida de bala en el maxilar inferior derecho de pronóstico muy grave. Lo acabo de comprobar en persona.

El depósito de la calle O'Donnell recibía desde julio un flujo extraordinario de cadáveres. Algunos, los de los supuestos quintacolumnistas fusilados de modo sumario, eran recogidos al alba junto a determinadas tapias y cunetas, o en solares, parques y jardines. Pero su número había disminuido de modo considerable desde que, a comienzos de diciembre, las autoridades republicanas consiguieran poner coto a las sacas de presos derechistas en las cárceles y a las ejecuciones incontroladas practicadas por milicianos ardorosos. Así que ahora la práctica totalidad de las decenas de cadáveres que llegaban a diario a la morgue madrileña eran de combatientes republicanos caídos en los frentes o de víctimas civiles de los bombardeos de la aviación franquista.

Los vecinos que buscaban a sus desaparecidos acudían a O'Donnell. Para ordenar las gestiones, los responsables de la morgue habían establecido un sistema por el cual fotografiaban los rostros de cada uno de los cadáveres que iban recibiendo y los exponían en las paredes del vestíbulo para que pudieran ser identificados por familiares, amigos o compañeros. Y ante una de esas paredes estaban Marcela y

Ramón en la tarde de aquel 29 de diciembre. Liberto se había quedado fuera, en el coche, cuidando de Mijaíl. Su madre había insistido en ahorrarle al pequeño el pavoroso espectáculo del álbum mural de muertos.

—Así que este es Bernardo —Ramón miraba la foto en blanco y negro de un hombre que llevaba la mitad inferior del rostro cubierta por vendas teñidas de oscuro.

—Este es. —Marcela se tapaba la boca con la mano—. A no ser que sea su hermano gemelo... Pero Rosario jamás me dijo que tuviera un hermano gemelo.

—¿Sabes si, aparte de Rosario, Bernardo tenía parientes en Madrid?

—No lo sé. Creo que él venía de Extremadura.

—Bueno, voy a ver si averiguo algo más hablando con algún mandamás del depósito. Tú espérame aquí.

Cuando Ramón regresó al cabo de un cuarto de hora, la maestra estaba sentada en un banco, intentando consolar a una mujer de cabello negro recogido en un moño, ojeras fatigadas y labios exangües, que lloraba la muerte de su hijo. Ramón se alegró de no ser padre. No había pena más grande que la pérdida de un hijo. Era tan así que no existía ninguna palabra en español, como sí existían las de huérfano o viudo, para designar al padre o la madre al que se le moría un hijo.

El delegado de Seguridad se dirigió a aquella mujer con la ancestral fórmula de «la acompañe en el sentimiento» y le hizo un gesto discreto a Marcela para que se levantara. Ella lo hizo y los dos fueron a conversar a un rincón, lo más lejos posible de la muchedumbre que exploraba con angustia la galería de retratos.

—Me han dicho que, si nadie reclama su cuerpo, a Bernardo lo enterrarán mañana en una fosa común. También he podido informarme de que eso es lo que hicieron con Rosario. —Ella asintió en silencio y él la miró de hito en hito—. Marcela, creo que actuaste de buena fe cuando me señalaste al marido como sospechoso. Pero, *caguendiez*, eso nos ha hecho perder cinco días. No podemos permitirnos más errores, ni uno solo. Háblame de una puñetera vez del amante de Rosario.

—No sé mucho más de lo que ya te declaré el primer día, te lo juro. Lo vi de refilón un par de veces en casa de Rosario, pero solo intercambiamos saludos. Ella me contó que se llama Camilo y es tranviario y afiliado a la UGT. De jovencitos fueron medio novios en un pueblo de Ciudad Real y volvieron a verse por casualidad en nuestro barrio el pasado verano. Con Bernardo pegando tiros por la sierra, Rosario se sentía muy sola y no se resistió demasiado a sus insinuaciones.

—Y tú tampoco le afeaste su conducta...

—¿Por qué tendría que haberlo hecho? —Marcela no obtuvo respuesta—. El amor entre hombres y mujeres también tiene que ser libre —añadió con convicción—. Si no lo es, no podemos hablar de una verdadera revolución.

—No lo sé, la verdad es que no he pensado mucho sobre eso. —El tono de Ramón era prudente—. Sé que es lo que decís las de Mujeres Libres, pero también sé que no todos los compañeros están de acuerdo. Ni tan siquiera la mayoría de las compañeras comulga con vuestras ideas.

—Me importa un bledo con qué comulgue la mayoría. La opinión de la mayoría no es siempre la justa, puede ser fruto de un lavado masivo de cerebros. ¿Sabes quién pensaba exactamente como yo? —Él negó con la cabeza—. Pues el mismísimo Bakunin, que escribió mucho y muy bueno contra el matrimonio burgués y todos sus tabúes. Admiro mucho a Bakunin, tanto que a mi hijo le puse su mismo nombre de pila.

—Caramba, no se me había ocurrido que Mijaíl se llama así por Bakunin. — Ramón cabeceó apreciativamente—. Pero, en fin, volvamos a lo nuestro. Descríbeme al tal Camilo. Descríbemelo con todos los detalles que puedas recordar.

Marcela meditó unos segundos y terminó diciendo:

—Debe de tener unos treinta y pocos años, como los que tenía Rosario. De un metro sesenta de estatura, tez y cabello morenos como tantos españoles y más bien desgarrado. No sé por qué a ella le parecía tan guapo.

Año Nuevo

ENERO-1937



Faltaban tres horas para que terminara el aciago año de 1936 y comenzara un 1937 que podía serlo tanto o más. Ramón se dirigía a pie a su casa en la colonia de la Constructora Benéfica. Caminaba con el cuello de la pelliza subido y las manos en los bolsillos. Hacía un frío siberiano.

Iba cruzándose con muy poca gente. La tradicional animación callejera de las noches de Madrid había desaparecido desde el comienzo del asedio franquista. Regía el toque de queda y los vecinos se refugiaban en sus domicilios a la caída del sol, cubriéndose con todas las mantas que tenían y procurando no encenderlas luces de las habitaciones exteriores para no ofrecer blancos a la aviación enemiga.

Aquella Nochevieja una pizarrosa cubierta de nubes ocultaba las estrellas. La única iluminación procedía de las pocas farolas públicas instaladas en el distrito de Tetuán, y, estas, como en el resto de la ciudad, estaban tintadas de azul. A Ramón le pareció percibir sombras desdibujadas en la esquina de una calle, pero no les hizo el menor caso. Sentía en la palma de la mano derecha el contacto tranquilizador de la empuñadura de madera de su Star 1922. Siguió caminando a buen ritmo. Exhalando vaho a cada respiración.

El ruido de sus pasos se sumaba a la música nocturna de la ciudad. Las calles estaban desiertas durante la noche, pero no por ello silenciosas. Aunque no hubiera bombardeos aéreos o artilleros, siempre se escuchaban, más o menos cercanos, más o menos lejanos, los sonidos de la guerra en forma del paqueo de los fusiles y el tableteo de las ametralladoras. Los intercambios de hostilidades se habían convertido en tan rutinarios como antaño las campanadas de las iglesias en las mañanas de los domingos y fiestas de guardar.

También rompían el mutismo nocturno los ladridos y aullidos de las jaurías de perros vagabundos que recorrían las venas y arterias de la ciudad sitiada. Los vecinos decían que se alimentaban de los cadáveres que iban encontrando aquí o allí.

Ramón divisó una figura fosca pegada a un muro y le pareció que le daba la espalda. Supuso que sería un hombre orinando, eso que los castizos llamaban regar las tapias.

Estaba a un par de minutos de la calle Tenerife cuando vio a tres hombres que conversaban en la oscuridad, apenas iluminados por las brasas de sus cigarrillos. Caminó hacia ellos, ahora muy despacio. El chasquido metálico de un arma al montarse le reveló que era una patrulla de vigilancia.

Sacó las manos de los bolsillos y las alzó con las palmas abiertas para tranquilizar a los vigilantes.

—Salud, compañeros —dijo.

—Salud —le respondió secamente uno de ellos—. Acércate adónde podamos verte.

Dio tres pasos hacia delante y se detuvo.

—Soy Ramón Toral, delegado de Seguridad del barrio. —A esa distancia aún no podía distinguir los rostros de los vigilantes, pero sí que llevaban gorrillos cuarteleros de dos picos y fusiles Mauser que le estaban apuntando a la barriga—. Vivo aquí al lado —añadió.

—A este lo conozco —exclamó jovialmente una voz—. No necesita ningún santo y seña, es de los nuestros. —Los Mauser recuperaron la posición vertical—. Puedes bajar los brazos, compañero.

Comenzó a chispear. Ramón sintió en su rostro la caída de unas cuantas gotas al borde de la congelación y aceleró el paso. Le faltaban pocos metros para llegar a la cancela exterior de la Constructora Benéfica cuando una sombra grandota situada más adelante cobró vida. Se escuchó el estruendo de un motor arrancando y los faros de un automóvil rasgaron brutalmente la oscuridad, cegándole momentáneamente.

Volvió a sacar las manos de los bolsillos y se arrojó, tan largo como era, al suelo. Notó en las palmas y las rodillas el dolor del choque, acurrucó su cuerpo tanto como pudo y lo giró en dirección al vehículo que avanzaba hacia él. Le pareció ver el cañón de un subfusil asomando por la ventanilla izquierda de la parte trasera del monstruo. Luego oyó el traqueteo de lo que identificó como un Schmeisser MP-28, un naranjero.

Los disparos le silbaron en los oídos y sintió que pequeños objetos golpeaban su cuerpo con violencia. Pero el monstruo ya había cesado de disparar al superar su posición y se perdía por la calle Tenerife. De rodillas, Ramón sacó la Star del bolsillo de la pelliza y, guiado por sus luces, disparó contra la parte trasera del vehículo. Vació el cargador. Uno, dos, tres, cuatro... Escuchó el estruendo de un cristal al romperse. Uno de sus ocho balazos había acertado.

La sangre corría, espesa y cálida, por su mejilla derecha y por su nuca, pero intentó ponerse en pie y lo consiguió sin esfuerzo. No debía de estar seriamente herido. Se tocó la mejilla y le escoció. Se tocó la nuca y le pasó lo mismo. Pensó que debía haber sido alcanzado por algún tipo de esquirlas.

Estalló un tiroteo unas calles más allá. Fue breve, apenas una ráfaga del naranjero y tres o cuatro disparos de fusiles. Ramón siguió de pie, aturdido, dolorido y con la pistola en la mano, apuntando a las tinieblas. Se sentía como un boxeador machacado por el adversario que esperaba con impaciencia que sonara el gong anunciando el fin del asalto. Después, oyó el ruido de unas botas que se acercaban a la carrera.

—¿Estás bien, compañero? —gritó alguien.

—Sí, creo que sí.

—¡Esos hijos de puta de la Quinta Columna! No hemos podido atraparles. Iban en un Packard.

—No creo que sean de la Quinta Columna —contestó Ramón en voz baja, para sí mismo.

—¿Qué? —El miliciano había llegado a su altura. Era uno de los de la patrulla que le había interceptado antes y con los que había intercambiado algunas bromas sobre aquella maldita Nochevieja de 1936.

—Nada, nada. ¿Alguno de vosotros está herido?

—A Anselmo le han dado en un muslo. El otro compañero está con él.

Mientras le desinfectaba las heridas, el enfermero de guardia en el Cinema Europa confirmó su propio diagnóstico inicial. No le había tocado ninguna bala, pero sí media docena de fragmentos de los proyectiles disparados o de las piedras que habían reventado. Anselmo también iba a sobrevivir, le informó el enfermero. Un balazo le había atravesado limpiamente el muslo izquierdo, sin afectar a ningún hueso o arteria.

Ramón respiraba con fuerza. Sentía que el odio le iba creciendo en las tripas, secándole la garganta, tensándole los músculos, martilleando en sus sienes como el redoble de un tambor. ¿Pero odio contra quién?, se preguntó. ¿Quién había organizado la emboscada de la calle Tenerife?

Se esforzó en convertir en razonamiento el flujo veloz y alterado de su sangre. La Quinta Columna no podía ser responsable del ataque. Él no se ocupaba de combatir a los fascistas ocultos en Madrid, eso era tarea de gente como Felipe Sandoval, alias Doctor Muñiz. No, los que habían querido matarlo estaban sin duda relacionados con alguna de las dos investigaciones que tenía entre las manos.

Pensó en Camilo, el tranviario de la UGT que ahora se había convertido en el principal sospechoso del asesinato de Rosario Crespo, la vecina de Marcela. Lo descartó de inmediato. Era muy improbable que Camilo tuviera la menor idea de que era concretamente él, Ramón Toral, quien andaba buscándole para ponerlo a disposición de la justicia popular. Y, además, Camilo tampoco debía de disponer de los recursos necesarios para organizar un ataque motorizado como el de aquella noche.

La emboscada, concluyó, estaba relacionada con los salvoconductos de estraperlo. Las dos gestiones sobre ese caso que había hecho el día anterior, el penúltimo de 1936, habían removido algún avispero. Alguien se había puesto nervioso al punto de perderla chaveta. Y al hacerlo acababa de regalarle una pista que quizá pudiera resolver el enigma.

El enfermero del Europa se extrañó al ver que su paciente sonreía satisfecho.

El día anterior al tiroteo de la calle Tenerife, Ramón Toral había charlado con los dos políticos con acceso a la caja fuerte que guardaba los salvoconductos de la Junta de Defensa. Cuestión de conocerlos personalmente y de agitar las aguas.

—*Las sirenas de la lujuria...* Un título muy picante, señor diputado. —Ramón esgrimía en la mano derecha el libro que acababa de sacar de la biblioteca de Esteban Rupérez. Al no obtener respuesta, lo devolvió a su anaquel y sacó otro—. A ver este... Vaya, *La tristeza del burdel*. Y resulta que es del mismo autor que el otro, un tal Emilio Carrere.

—Sí —respondió Rupérez con fastidio. Estaba en bata y pijama: el registro mañanero en su piso de la calle Almagro le había sorprendido durmiendo—. Carrere fue bohemio y socialista en su juventud, pero lleva unos cuantos años de antirrepublicano furibundo. Ahora debe de estar con Franco. Se lo digo para ahorrarle las pesquisas.

—Se lo agradezco, señoría. Pero no se preocupe, no pienso incautarme de esta basura como si fueran pruebas. Solo me mueve la curiosidad, saber cómo es la gente con la que trato. —Se giró de nuevo hacia la librería y comenzó a leer los lomos de los volúmenes que acompañaban a las obras de Carrere—. Aquí tenemos tres libritos de un tal Eduardo Zamacois: *Memorias de una cortesana*, *Incesto* y *El otro*. Déjeme adivinar: ¿a que el último trata de un adulterio?

—Es algo más complicado que eso, pero para usted, sí, trata de un adulterio. —Rupérez sintió un golpe de frío, se ajustó la bata a la altura del cuello y prosiguió—: Zamacois sí que se ha mantenido fiel a sus convicciones de librepensador, anticlerical y republicano. Me han contado que anda por aquí, por Madrid, trabajando de cronista del asedio.

—Me parece requetebién, alguien tiene que contar lo que estamos padeciendo. —Ramón extrajo el ejemplar de *El otro*, examinó su portada y se giró hacia el diputado de Unión Republicana. El dibujo de la portada representaba a una muchacha rubia, desnuda y con las manos atadas a lo alto de un pilar—. Muy sugerente, ¿verdad?

Rupérez, que ya era sanguíneo de natural, se sonrojó.

—¡Váyase a la porra!

Ramón le percibió un leve acento andaluz.

—Ya estoy allí, en la mismísima porra, todos lo estamos. En fin, veamos qué más hay por aquí. Vaya, tiene usted un montón de obras de Felipe Trigo: *Las posadas del amor*, *Las Evas del paraíso*, *En camisa rosa...*

—Me entretienen, sí. Por cierto, puede usted escribir en su informe que Trigo no está ni con la República ni con Franco. Se suicidó hace unos veinte años porque descubrió que se estaba volviendo loco.

—Caramba. Pues mire usted, no me extraña demasiado. Escribir esta literatura de lupanar no debe de ser muy saludable. Igual tampoco lo es leerla.

—¡Qué atrevida es la ignorancia! —replicó Rupérez—. Usted califica de literatura de lupanar a un género, el de las novelas galantes, al que se han dedicado algunas de las plumas más creativas y libérrimas de nuestro siglo.

—¿Novelas galantes? Bonito nombre. Yo las hubiera llamado novelas sicalípticas.

—Llámelas como quiera. Lo que le aseguro es que el general Miaja tendrá conocimiento de este atropello.

—Compruebo, señoría, que usted, y eso que es hombre de letras, no ha leído bien el documento que le he presentado después de que haya tenido la amabilidad de abrirme la puerta de su casa. Quizá porque todavía estaba medio dormido. Ese documento lo firmó precisamente el general Miaja de su puño y letra. Me autoriza a hacer los seguimientos, registros e interrogatorios que crea conveniente para cumplir la misión que me ha sido encomendada.

—A Miaja se le ha subido el cargo a la cabeza. Será entonces el mismísimo presidente de la República quien les exija cuentas a ustedes dos por esta arbitrariedad. Parece que ignoran que los diputados tenemos inmunidad parlamentaria.

—¿He oído bien? ¿Ha dicho que don Manuel Azaña nos exigirá cuentas? Me parece que tampoco está usted tan bien informado como se cree. Don Manuel ya no vive en Madrid. Se largó a Valencia o Barcelona, no estoy seguro, cuando las cosas empezaron a ponerse feas. Hay quien dice que es un cobardón.

Ramón había descornado las pesadas cortinas de la biblioteca de Rupérez e iba ojeando los papeles que encontraba en los cajones del escritorio. Sentado en un sillón, Rupérez le miraba hacer con aire de dignidad ofendida. Como en tantas otras viviendas de Madrid, sobre los cristales de las ventanas habían sido pegadas tiras de papel para evitar que sus trozos salieran disparados como cuchillos voladores en el transcurso de algún bombardeo. A través de aquellos cristales con aspecto de rejas de prisión, entraba una luz gris, triste y desabrida. Un día más, un cielo plomizo se empecinaba en completar el cerco de Madrid.

Uno de los tres milicianos de la checa del Europa que el delegado de Seguridad se había llevado al registro, y que hasta el momento permanecían custodiando la entrada del piso, entró en la estancia con un viejo fusil Winchester en bandolera.

—Ramón, en la puerta hay un *gachó* flaco que dice no sé qué de que trabaja con su señoría —informó.

Ramón miró interrogativamente al diputado. Este se puso en pie y dijo:

—Debe de ser Manolo, mi escolta. Suele venir a estas horas.

—Pues que pase —ordenó Ramón con desenfado—. Nos servirá de testigo del registro. Pero, ah, me temo que, en ese caso, también tendrá que firmar el acta de esta intervención.

El miliciano desapareció y reapareció enseguida, empujando con el cañón del Winchester al recién llegado.

—¿Está usted bien, don Esteban? —preguntó Manolo. Llevaba cara de tribulación y un periódico bajo el brazo.

—Sí, estos caballeros no me han maltratado de momento. —Rupérez hablaba con la condescendencia de los nacidos en buena cuna—. Pero toma nota de que protesto con toda mi energía por este atropello.

—No se preocupe, don Esteban; yo mismo incorporaré al acta su protesta —dijo Ramón.

Manolo le entregó el periódico a su jefe. Era la edición de aquella jornada, 30 de diciembre, del *ABC*, un diario antaño muy monárquico y conservador controlado desde el comienzo de la insurrección militar por afines a Unión Republicana. Rupérez lo dejó con apatía sobre el escritorio.

La mirada de Ramón, que se había perdido por el suelo de losetas ajedrezadas, enfocó al miliciano:

—¿Por qué no te llevas al compañero Manolo a la cocina? A ver si es capaz de prepararnos un buen café para todos.

El escolta envió una mirada perruna a su jefe y este consintió con la cabeza. Luego, cuando los dos hombres ya se habían marchado, Rupérez, que seguía de pie, dijo rascándose su cabello corto y pajizo:

—¿Tendría usted, al menos, la bondad de informarme de qué se me acusa?

—No se le acusa de nada, señoría. ¿Es que acaso le he dicho en algún momento que está usted detenido?

—Entonces, ¿a qué viene esto?

—Usted mismo puede verlo. Esto es un registro amistoso, relacionado con una misión que me ha sido encomendada por la Junta de Defensa, organismo al que usted pertenece. ¿Quiere ver de nuevo el documento rubricado por Miaja?

—No hace falta. Ningún papelucho que usted pueda llevar encima es superior a la inviolabilidad parlamentaria establecida por la Constitución de la República Española. Para hacer una perquisición legal en mi domicilio, Miaja y usted necesitarían un mandamiento judicial, y para obtener ese mandamiento sería preciso el plázet de las Cortes.

—Excepto que estemos en estado de guerra y rija una legislación de emergencia, como es el caso. Usted es leguleyo, debería saberlo.

—Eso es muy discutible, señor... ¿Cómo dijo que se llamaba?

—Toral, Ramón Toral.

—¿Puedo preguntarle cuál es esa misión que le ha sido encomendada? Lo hago como miembro de la Junta de Defensa.

—Puede preguntarlo y, de hecho, lo acaba de hacer. Pero yo no estoy autorizado a responderle. Mire, don Esteban, cuanto menos sepa, mejor. Se lo digo por su bien. Lo que no sepa no lo podrá contar.

Seguido por el miliciano, que ya había vuelto a colocar su Winchester en bandolera, Manolo regresó con una gran bandeja sobre la que reposaban en precario equilibrio una cafetera humeante y seis tazas de porcelana.

El miliciano dijo:

—No veas, Ramón, el tesoro que tiene guardado el señor diputado en la alacena de su cocina. Café, galletas, chocolate, jamones, chorizos, quesos, salchichones, sacos de alubias, de lentejas, de garbanzos... De todo. Aquello parece el almacén de la Pastelería Mallorca en los buenos tiempos.

—¿Pedro Caño?

—El mismo que viste y calza.

Ramón Toral le tendió la mano y Caño se la estrechó con manifiesta desgana. Aunque no tan alto como Ramón, la estatura del dirigente comunista estaba por encima de la media de los españoles. Parecía no haber cumplido aún los treinta años de edad y tenía un rostro guapetón, de galán de comedia norteamericana, un poco como Cary Grant. Al igual que el actor, su cabellera era oscura, sedosa y partida en dos por una raya perfecta. Vestía un impecable mono azul de obrero.

—No voy a entretenerme mucho —dijo Ramón—, solo quiero hacerte dos o tres preguntas.

—¿En calidad de qué? —replicó Caño—. Me han dicho que eres el delegado de Seguridad del Ateneo Libertario, pero eso no me aclara gran cosa. ¿Cómo debo tomarte?

—Tómame como un policía. Pero un policía de los nuestros, no de los de antes, en los que siempre debíamos de ver a un enemigo. Los compañeros del barrio me han elegido para que mantenga cierto orden en la retaguardia.

—Ya. ¿Y en qué perturbo yo el orden en la retaguardia?

—En nada, que yo sepa. Solo quiero charlar contigo por una misión que me ha encargado Miaja y de la que no puedo darte detalles. —Ramón se echó la mano al bolsillo interior de su pelliza y de ahí rescató un papel mecanografiado doblado en cuatro—. Aquí está mi licencia firmada por el general.

Le tendió el documento a Caño, que lo desdobló, lo leyó nerviosamente y se lo devolvió.

—Esto tampoco me aclara gran cosa. ¿A qué tanto misterio?

—No hay ningún misterio, tan solo un poco de discreción mientras se esclarece un asunto. Cuando se esclarezca, tu partido lo sabrá todo, no lo dudes. Entretanto, imagino que no te parecerá mal que alguien ele nuestras filas trabaje sin proclamarlo a los cuatro vientos. Aunque solo sea para variar.

—No, claro que no. —Caño se frotó las manos con avidez, como si estuviera frente al fuego de una chimenea.

—¿Tienes frío? —le preguntó Ramón.

—No. —En su rostro de galán se pintaba un mohín de asombro—. No tengo frío.

—Ya me extrañaba. Aunque vayas vestido ligeramente, más bien parece que tienes calor. Estás sudando.

Caño se secó la frente con la manga del mono.

—¡Ya está bien, Toral! Adelante con tus preguntas. Tengo poco tiempo. Estoy haciendo esperar a un periodista.

—Pues vayamos adelante. —En los ojos de Ramón brillaba una lucecita juguetona—. Lo primero que necesito es saber algo sobre tus actividades políticas antes de que empezara la guerra. Nadie parece conocer tus antecedentes.

—Es que no los tengo. Yo estaba feliz con mi vida y mi trabajo y no me significaba políticamente. No militaba en ningún partido o sindicato, no iba a mítines o manifestaciones, ni tan siquiera votaba. Eso sí, estaba a favor de la República, que conste. No como vosotros, los anarquistas, que con vuestros sueños ilusorios hacíais todo lo posible por destruirla.

—Bueno, yo no hice nada para destruir la República, que conste también —dijo Ramón—. Al contrario, hasta trabajé en su Guardia de Asalto. Aunque te confieso que llevaba fatal lo de reprimir las manifestaciones obreras.

—Vaya, ¿un anarquista en la Guardia de Asalto? Eso sí que no podía imaginármelo.

—Es que soy un libertario muy particular, de los individualistas, de los que creen que el anarquismo es un modo de ser, más una ética que una política. —Sonrió—. Pero, bueno, no he venido hasta aquí para contarte mi vida. Me decías que no tuviste actividad política antes del 18 de julio, aunque veo que has recuperado rápidamente el tiempo perdido. Hasta has conseguido un puesto en la Junta de Defensa.

—Pues sí, ¿qué hay de malo? La sublevación de los generales felones removió algo muy profundo dentro de mí. Comprendí que tenía que comprometerme activamente en la lucha antifascista de nuestro pueblo. No soy el único.

—No lo eres, no. Como diríais vosotros, los comunistas, la sublevación os despertó a muchos la conciencia de clase.

—Así es. La violencia es la partera de la historia.

Aníbal López llevaba un rato buscando a Pedro Caño por las dependencias del Quinto Regimiento, en la que había sido sede de los Salesianos en el barrio de Tetuán. Había quedado con él al mediodía en la sala que hacía de redacción del diario *Milicia popular*. Iba a hacerle una entrevista para la edición del día siguiente, el último del año. Pero Caño no había aparecido y él había salido a buscarle.

—Creo que está en la capilla —terminó diciéndole uno de los centinelas de la entrada—. Hablando con no sé qué delegado de la checa del Europa que tenía urgencia en verle.

—Gracias, camarada. Voy para allá.

Atravesó el patio, donde un centenar de hombres hacía la instrucción. Llevaban botas y uniforme militares, fusiles al hombro, tirantes con cartucheras y gorras con la estrella roja de cinco puntas. El Quinto Regimiento era la milicia popular que más se esforzaba por introducir disciplina y marcialidad en sus filas. Sus integrantes andaban siempre ocupados. Cuando no combatían, tenían que hacer guardias, reforzar las fortificaciones, salir de patrulla, engrasar sus armas, buscar agua y alimentos,

participar en cursillos de auxilios médicos o formación política y hasta asistir a recitales poéticos. O, como era el caso aquel mediodía, seguir entrenándose militarmente.

Aníbal alcanzó la capilla de los Salesianos. Su puerta estaba entreabierta y podía escucharse el murmullo de una conversación en su interior, aunque no entenderse las palabras de los interlocutores. Asomó la cabeza a la penumbra y gritó:

—¿Andas por ahí, Pedro?

—¡Sí! ¿Quién eres?

—Aníbal López, de *Milicia popular*.

El periodista dio unos pasos hacia el interior y vio a dos figuras oscuras sentadas en uno de los bancos de madera del que había sido templo religioso. Ambas tenían las cabezas giradas hacia atrás, hacia la puerta por donde él había entrado. Se acercó y, cuando estuvo más cerca, reconoció a Caño, pero no al otro. Era un tipo grandullón con una cazadora de cuero.

—Perdona, camarada —dijo Caño—. No se me ha olvidado nuestra entrevista, pero el delegado del Europa tiene unas cosas que consultarme. Terminó con él en cinco minutos y voy corriendo para vuestra redacción.

—No hay prisa, camarada. Te espero allí.

El periodista ya había desaparecido cuando Ramón se giró hacia Caño y le preguntó de sopetón:

—¿Tú tienes mujer, novia, compañera o como quieras llamarla?

—¿Y a ti eso qué te importa?

—Me importa un rábano, pero, créeme, me gusta conocer a la gente con la que trato. Y, francamente, no creo que te haya hecho una pregunta impertinente. Por mi experiencia sé que a los únicos a los que les molesta es a los casados que intentan seducir a otra mujer. Pero yo, por ejemplo, no tengo el menor reparo en decirte que no estoy con ninguna *gachí*.

—Pues yo tampoco. —Caño se puso de pie—. Oye, dijiste dos o tres preguntas y ya me has hecho un montón. Y no veo que ninguna tenga que ver con el tema de los salvoconductos.

—¿Qué salvoconductos? Yo no he dicho nada de ningún salvoconducto.

Salieron al exterior. Antes de despedirse, Ramón miró fijamente a los ojos de Caño. Ahora que había algo más de luz pudo ver que se movían en todas las direcciones y los tenía rojizos y con las pupilas dilatadas.

Fue a pie hasta el Cinema Europa, que no estaba muy lejos. Allí rellenó los partes de sus dos gestiones de aquel 30 de diciembre: la mañanera en casa del diputado de Unión Republicana y la del mediodía en el cuartel del Quinto Regimiento. No hizo el menor comentario sobre las impresiones personales que le habían causado Rupérez y Caño. Se limitó a reflejar escuetamente algunos hechos y a señalar que esas gestiones no habían aportado aparentemente ninguna luz sobre la misión que tenía encomendada.

Luego fue a que le sellaran los partes. Los anarquistas habían terminado por contagiarse de la españolísima enfermedad de la burocracia. Todos los documentos tenían que estar firmados y sellados varias veces. Ramón se acordó de su visita a la enfermera Lourdes Vendrell y se dijo que esa manía por registrarlo todo tenía en ocasiones su lado bueno.

Entró en una oficina próxima a la suya que hacía de secretaría y estaba decorada con retratos fotográficos de Ferrer i Guardia y el Noi del Sucre. Cuatro hombres jugaban a las cartas en una mesa; en otra, un individuo calvo y con pajarita de lunares sobre una camisa a rayas verticales leía un ejemplar de *Solidaridad Obrera*. Ramón se dirigió al de la pajarita y le tendió dos papeles manuscritos.

—A ver si alguien puede pasármelos a máquina y luego me los selláis —dijo—. Si yo no estoy cuando terminéis, dejádmelos en mi mesa, por favor.

El de la pajarita los tomó y los puso sobre el periódico.

—Te lo preparamos en un periquete. —Estornudó ruidosamente y añadió—: Mira, Ramón, sé bueno y cierra la puerta al salir. Por ahí entra un vientecillo que nos está dejando pajaritos.

Marcela estaba alegre. Había conseguido comprar un racimo de uvas de Alicante para celebrar la Nochevieja. En los últimos días Mijaíl se había puesto muy pesado preguntándole si esta vez iban a acompañar las campanadas de fin de año atragantándose con doce uvas como siempre habían hecho desde que él tenía memoria. Ahora, madre e hijo regresaban a la calle Hierbabuena con el botín en el capazo.

Había un coche negro frente a su casa. Era el Peugeot 201 del delegado de Seguridad. Apoyado en el capó, Liberto fumaba un cigarrillo.

—Buenos días —saludó el conductor.

—Buenos días —respondió ella—. ¿Vienes solo?

—No, el jefe anda por ahí. Regando alguna tapia.

—¡Ah! Podría haber entrado en mi casa...

—No sin tu permiso; el jefe es muy estricto.

—Pues, venga, pasa tú. Que te vas a congelar.

Mijaíl corrió hacia Liberto y se abrazó a sus piernas. El conductor arrojó la colilla al suelo y le acarició la cabeza.

—Ve con cuidado, que aún tengo la rodilla mala.

Acababan de entrar en la vivienda cuando se oyó el ruido de unos nudillos repiqueteando en la puerta de la calle.

—¡Pasa! —gritó Marcela.

Ramón entró, saludó y se quedó contemplando al chófer y al pequeño que charlaban animadamente de pie.

—Cosas que pasan en la guerra, chaval —decía Liberto—. Tuve una mala caída y me rompí el menisco. En la batalla del 7 de noviembre. Ahora solo soy desecho de tintera.

—¿Y tú con quién ibas? —preguntó Mijaíl.

—¡Con los nuestros, con quién iba a ser! —Liberto cruzó una mirada con su jefe, que le animó a seguir su relato—. Yo estaba en el Batallón de los Fígaros cuando nos topamos con la Quinta Bandera de la Legión en el lago de la Casa de Campo. Ni me habían enseñado a manejar el fusil, luché como pude.

—¿Y quién ganó?

—Nosotros, claro. Los cabrones querían entrar en Madrid por la Casa de Campo y el parque del Oeste, pero conseguimos pararlos, vaya que si conseguimos pararlos. Aunque perdimos a muchos compañeros. Los de mi batallón éramos cuatrocientos y al final del día solo quedábamos vivos la mitad.

—¿No te dieron una medalla?

—No. —Liberto rompió a reír—. Yo no hice nada heroico. Ni siquiera pasé del tercio de varas.

Marcela le preguntó a Ramón si habían comido: quedaban algunas lentejas de su almuerzo. Ramón le respondió que habían almorzado en el Europa. El rancho había sido especial por ser el último día del año. Se había servido un vaso de vino por cabeza y el cocido venía con trozos de chorizo.

—Gracias por la invitación de todas formas —terminó diciendo—. He venido a informarte de que no me olvido de buscar a Camilo. Tengo a gente tras su pista y precisamente esta mañana unos compañeros localizaron dónde vive y fueron corriendo a detenerle. Pero el *gachó* no estaba allí. Había puesto pies en polvorosa días atrás. Por cierto, los compañeros también averiguaron que Camilo se apellida Ramírez.

—Así que se apellida Ramírez... —Marcela se quitó el abrigo, lo colgó del perchero de madera que había junto a la puerta y con la mirada le propuso a Ramón que se desprendiera de la cazadora. Este negó con la cabeza y ella regresó a su lado y dijo—: Ramón, te agradezco que me mantengas informada, pero esta vez no voy a hacer comentarios, me he prometido a mí misma que no volvería a interferir en tu trabajo. —Él sintió cómo la mano de la mujer le apretaba cariñosamente el antebrazo. Le hizo el efecto de una descarga eléctrica, una descarga placentera—. Aunque también quiero que sepas lo mucho que aprecio que confíes en mí.

—Creo que te lo mereces —dijo él, y enseguida se avergonzó interiormente al darse cuenta de que aquello había sonado como un piropo. Le sosegó ver que la maestra sonreía.

Se sentaron en las mecedoras de mimbre y ella preguntó:

—¿Tenéis trabajo esta tarde?

—Bueno, yo tendría que pasarme por el Europa para ver si hay novedades, pero aparte de eso no tenemos nada que no pueda esperar hasta el próximo año. ¿Por qué lo dices?

—Porque podríamos ir todos juntos al teatro o al cine. A Mijaíl le encantaría. ¿Qué mejor modo de celebrar el último día del año que viendo un espectáculo? Y, además, junto a su nuevo héroe. ¿No te has fijado en que idolatra a Liberto?

Esta vez fue Ramón quien sonrió. Marcela tenía razón: a Mijaíl se le veía contento junto al chófer y viceversa. Ahora mismo los dos estaban dando una vuelta por el barrio en el Peugeot. Ramón pensó por primera vez desde que trabajaba con él que Liberto debía de echar mucho de menos a sus hijos.

—¿Y qué podríamos ver? —preguntó.

—Si te gusta el flamenco, Miguel Albaicín baila en el Círculo de Bellas Artes. Las butacas están a tres pesetas. Es una recaudación de fondos para los huérfanos de la guerra.

—No soy muy flamenco, para qué te voy a engañar. Piensa en otra cosa.

—Los payasos Pompoft y Thedy también actúan estos días en Madrid, creo que en el Teatro Calderón. A Mijaíl le chiflaría, pero... Ya veo que estás poniendo cara de que los payasos no te hacen gracia.

—Ninguna. El otro día Liberto me dijo que soy más aguafiestas que una granizada en San Isidro.

—Exagera. Solo eres un poco raro.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Ni una cosa ni la otra. Yo también soy rara, todos somos raros.

—Cierto. No hay nadie exactamente igual a otro.

—No. Todos somos únicos, pero todos deberíamos ser libres y tener las mismas oportunidades y los mismos derechos. Esto es lo que significa para mí el anarquismo.

—Ramón aprobó el comentario con un cabeceo y ella prosiguió con voz entusiasta—: ¿Y si vamos al cine? ¿Te gusta el cine?

—Sí, como a todo al mundo.

—Deja que piense... El otro día repasé la cartelera en la revista *Estampa*. A ver, ¿qué había?... Ah, sí, dan *Tiempos modernos*, de Charlot. Me han dicho que es muy emocionante.

—Uf, es que a mí Charlot tampoco me hace mucha gracia, prefiero los Hermanos Marx. ¿No dan alguna de ellos?

—Sí, *Una noche en la Opera*. Pero Mijaíl y yo ya la hemos visto. Es estupenda, te partes a carcajadas. Veamos, ¿qué más había? —Marcela compuso un mohín pensativo que a Ramón le pareció muy gracioso—. Bueno, pasan una que se llama *La noche nupcial*, donde trabaja Gary Cooper. Pero a mí lo de nupcial me da escalofríos.

—Y a mí. —Los dos rieron—. Oye, parece que te conoces de memoria la cartelera de espectáculos.

—Es que me encantan el teatro y el cine. Una de mis mejores amigas es actriz. Hace pequeños papelitos en el Teatro Alcázar y se entera de todo lo que pasa en el mundo de la farándula. El otro día, hablando de las penurias de este invierno, me contó que las coristas del Teatro Progreso pasan tanta hambre que parecen palillos de dientes.

—Pobrecillas.

—Pues sí. Pobrecillas ellas y pobrecillos todos nosotros. Ramón, supongo que no querrás ver *Los marineros del Kronstadt*. La pasan en el Cine Capítol.

—¡No! Ni ciego de vodka.

Terminaron yendo a ver *Tango Bar*, de Carlos Gardel. La proyectaban en el Cine Tetuán, en el número 238 de Bravo Murillo. Ramón pagó las entradas de los tres adultos, a dos pesetas por cabeza; los niños entraban gratis. En el patio de butacas caminaron sobre una alfombra de colillas y cáscaras de pipas y procedieron a sentarse

por este orden: Ramón, Marcela, Mijaíl y Liberto. La sala olía a agrio, a tabaco y humanidad, pero los cuatro se sentían felices. Con tan poco eran felices.

La película era el último trabajo de Gardel, que había muerto al poco de su estreno, el año anterior, en un accidente de avión en Colombia. Contaba la historia de un apostador de carreras de caballos que abandonaba Buenos Aires para abrir un bar de tangos en Barcelona. Gardel interpretaba al apostador, en cuya vida se cruzaba una ladrona de joyas encarnada por Rosita Moreno. A Ramón le parecía una mala mezcla de cine policíaco con romántico, y sobre todo un pretexto para que el galán argentino rompiera a cantar cada dos por tres. Pero no se lo comentó a Marcela cuando ella le susurró al oído que adoraba los tangos y que la película le estaba encantando.

En la oscuridad crepuscular de la sala, Ramón volvió a sentir el leve peso de la mano de la mujer en su antebrazo. Entonces deshizo con delicadeza ese contacto, tomó la mano de ella y la estrechó. Los dedos de ambos se entrelazaron al instante con la rapidez y la naturalidad con que un recién nacido se agarra al pecho de su madre. Él sintió que empezaban a correrle hormigas por el cuerpo. Los dedos de Marcela le transmitían una especie de fuego que hacía bullir su sangre. En la pantalla Gardel comenzó a cantar:

*Arrabal amargo metido en mi vida
como la condena de una maldición,
tus sombras torturan mis horas de sueño,
tu noche se encierra en mi corazón.*

*Con ella a mi lado no vi tus tristezas,
tu barro y miserias, ella era mi luz.
Y ahora vencido arrastro mi alma,
clavado a tus calles igual que a una cruz.*

Más tarde, cuando apenas faltaban tres horas para que terminara 1936, Ramón caminaba de regreso a su casa en la colonia de la Constructora Benéfica. El frío siberiano que le provocaba dolor en la nariz, las orejas y los dedos contrastaba con la calidez que sentía en el corazón. Al salir del cine, Marcela les había invitado a Liberto y él a despedir el año cenando en su casa: tenía un par de latas de espárragos que había conseguido por la mañana junto al racimo de uvas. Pero Liberto había dicho que, si el jefe no tenía inconveniente, él prefería irse con el Peugeot al frente de Usera, a pasar la Nochevieja junto a su hermano. Ramón, tras dudar un instante, también había declinado la invitación, pretextando que estaba cansado y quería acostarse pronto. Eso sí, había acompañado a pie a la maestra y su hijo hasta la calle Hierbabuena. Allí, ante la puerta, al despedirse, había tenido muchas ganas de darle un beso en la boca a Marcela, pero no se había atrevido a hacerlo en presencia del niño. En los ojos de ella creyó leer el mismo deseo y el mismo inconveniente.

Todavía más tarde, en la enfermería del Cinema Europa, mientras le desinfectaban las heridas del tiroteo, Ramón ya no pensaba en la maestra: le daba vueltas a quién podría haber ordenado la emboscada de la calle Tenerife. Sin duda tenía que ver con sus dos movimientos del día anterior. ¿Esteban Rupérez, el diputado de Unión Republicana lector voraz de novelas galantes y al que el propio Miaja había calificado de *perillán* y mujeriego? ¿Pedro Caño, apolítico antes de la sublevación y ahora un vehemente comunista?

Había visto a Rupérez bastante tranquilo durante el más bien liviano y simbólico registro de su piso en la calle Almagro. En cambio, el converso Caño se había mostrado demasiado nervioso en la charla en el cuartel del Quinto Regimiento. ¿Significaba eso algo? Ramón intentaba encontrar una respuesta a la pregunta cuando, de repente, comprendió que se estaba equivocando al descartar al comandante Jesús Forteza. ¿Por qué no podía ser él? Forteza sabía desde el principio que Ramón estaba investigando el asunto de los salvoconductos, él mismo le había conducido al despacho de Miaja en el palacio de Buenavista. Y el general había venido a decir que no tenía secretos para su edecán.

Se pellizcó dubitativo la oreja. El tiroteo, concluyó, no le regalaba un sospechoso, pero sí una pista: un Packard con el cristal trasero destrozado y quizá algún que otro balazo en la carrocería. Sonrió con malicia pensando que Madrid bien podía ser un patio de vecinos. Alguien iba a ver ese coche acribillado en algún lugar. O alguien iba a participar en su reparación. Eso era prácticamente seguro. Solo era cuestión de que él hiciera correr la voz entre la gente de la CNT de que andaba buscando aquel Packard en concreto.

Eran casi las once de la noche del último día del año y los hermanos Sanz no sabían a qué atribuir el anormal silencio procedente de las posiciones franquistas.

—Deben de estar en misa.

—¿Los moros también?

—Los moros no, hombre. Ellos estarán cenando.

—He oído que los moros pasan casi tanta hambre como nosotros. Se zamparon los conejos y los monos de los laboratorios del Instituto de Higiene. A esos animalillos les habían inyectado no sé qué enfermedades, pero, oye, a los moros no les pasó nada por comérselos. Esa gente debe de tener una barriga de piedra.

—¿Un instituto con monos? ¿Y dónde está eso?

—En la Ciudad Universitaria. Los africanos nos lo quitaron en los combates de noviembre.

Había dejado de chispear agua helada. Parapetados tras unos empapados sacos terreros, Liberto, su hermano y una quincena de milicianos compartían la cena de Nochevieja en una trinchera de Usera, al sur de Madrid. En verdad, la batalla por la capital de España estaba resultando muy rara: estaba tan metida en la ciudad que podías ir al frente en coche, en tranvía, en bicicleta y hasta a pie. Podías pasar allí unas horas, combatiendo o confraternizando con los combatientes, y podías volver a dormir a tu casa. Si es que tenías casa.

Esta vez también había un rancho especial como lo había habido en Nochebuena. Tajadas de bacalao ruso y lonchas de tocino español constituían los extras del menú.

—A ver si esto de la guerra trae algo bueno y aprendo a leer y escribir —dijo el hermano de Liberto—. El otro día vinieron unos compañeros a decirnos que van a dar clases aquí mismo a todos los milicianos confederales.

—Tienes que apuntarte. Le darás una alegría a padre.

—Lo sé, Liberto. Lo voy a hacer por él. Se pone triste siempre que me cuenta que no pudo llevarme a la escuela porque no tenía *parné*. —Tosió—. ¿Quieres este currusco de pan?

Liberto tomó el pan que le tendía su hermano. Lo adivinó más que lo vio. La noche era lóbrega, con el cielo muy cubierto y sin que los combatientes pudieran encender hogueras para no dar pistas a los fusiles y cañones enemigos.

El hermano de Liberto se limpió con las palmas de las manos las migas caídas sobre el capote de campaña y dijo:

—Y pensar que estos cabrones de enfrente luchan para que el pueblo vuelva a ser un burro al que se lleva del ronzal...

—Hay que joderse, sí. Yo creo que la mitad de sus soldados se vendrían con nosotros si pudieran. Lo que pasa es que sus oficiales no se andan con chiquitas: le

pegan un tiro en la nuca a cualquiera que no salga al ruedo como un Miura.

—Eso nos han contado los que han podido escaparse. ¿Y tú, qué tal con tu jefe?

—Bien, bien. Es un buen compañero. No es muy alegre, pero tampoco es de aquellos a los que se les ha subido el cargo a la cabeza. Esta tarde, hemos ido juntos al cine con una maestra del barrio y su hijo. Daban una de Gardel buenísima.

—Qué suerte tienes, jodido. Yo no he ido al cine desde septiembre.

—Suerte no, que en mi bautizo de fuego me quedé cojo.

—¡*Quia!* Eso es nada.

—¿Pues quieres que te diga una cosa? A mí lo que me da más miedo de la guerra no es la muerte, es quedarme ciego o perder los brazos o las piernas. Y ya ves cómo he empezado...

—Eres más exagerado que el borrachuzo de Queipo del Llano. —Palmeó cariñosamente el hombro de Liberto en la oscuridad—. Pero, dime, ¿quién es esa maestra?

—No la conoces, se llama Marcela. Es madre soltera, pero, no te vayas a creer, *honrá* por los cuatro costados.

Margarita Álvarez de Andrade tomó la botella de champán Mumm y dijo:

—¿Te has fijado en que la etiqueta lleva la bandera de Portugal?

El hombre que la acompañaba observó la etiqueta blanca atravesada por una cinta roja y verde.

—Anda, pues es verdad.

Margarita vertió champán en dos copas alargadas de cristal de Bohemia.

—¿Por qué brindamos? —preguntó.

—Por nosotros, ¿no?

—¡Por nosotros! —Las copas tintinearón alegremente al chocar—. Nunca podré olvidar 1936, el año en que te conocí.

—Ni yo. Pero estoy seguro de que 1937 será aún mejor.

Pilla se bebió la copa de un golpe, él hizo lo mismo. Sobre la mesa, cubierta con un mantel de hilo fino, reposaban los restos de la cena: una sopa de cardos con almendras y un pollo asado. Margarita había pagado cincuenta pesetas a una vecina para que le preparara el mejor menú de Nochevieja que pudiera conseguir, incluyendo las dos docenas de uvas que esperaban a los comensales en sendos cuencos del mismo cristal que las copas. Los cubiertos eran de plata maciza, procedentes del ajuar de su madre; el champán, de la bodega doméstica del coronel. La joven y su acompañante estaban en el hogar de los Álvarez de Andrade, en la calle Juan Bravo.

El hombre se percató de que Margarita había dejado una ligera huella de carmín en la copa. Era la primera vez que la veía tan bien maquillada y eso aumentaba su

deseo. Ella dejó la copa en la mesa, se levantó de la silla, miró su reloj de pulsera Panthère, se acercó a él y dijo melosamente:

—A 1936 todavía le queda más de media hora de vida. ¿Por qué no lo despedimos como se merece?

Él se levantó y sus bocas se fundieron.

A las doce en punto de la noche del 31 de diciembre de 1936, el reloj del Ministerio de Gobernación, en la Puerta del Sol, comenzó a hacer sonar sus campanadas. Pero ni tan siquiera los madrileños que vivían en el centro pudieron escucharlas. A esa misma hora, la artillería franquista disparó doce cañonazos contra el centro de Madrid. La broma macabra recordaba a los habitantes de la ciudad sitiada la amenaza de Franco: cuanto mayor fuera su resistencia, mayor sería el castigo.

¿Año nuevo, vida nueva? No para el Madrid cercado por las mesnadas de Franco. El primer día de 1937 mantuvo la pauta de frío, hambre y muerte de los precedentes, sin hacer la menor concesión a las pretensiones del calendario humano. Ramón lo pasó leyendo periódicos atrasados en el Europa, donde todo el mundo estaba al corriente de la emboscada que había sufrido la noche anterior. Le escocían sus heridas y magulladuras, pero explicaba a los compañeros que eran superficiales pese a los aparatosos vendajes que las envolvían. «Esto», les decía, «se arregla con parches Sor Virginia». Semejante rasgo de humor en el habitualmente adusto delegado de Seguridad sorprendía a los cenetistas.

Había decidido no hacer nada de momento. O mejor dicho, actuar como el pescador que espera pacientemente al borde de un riachuelo a que se agite el anzuelo de su caña. Y el anzuelo se movió cuando comenzaba a anochecer, en forma de una llamada telefónica de Eduardo Val convocándole al cuartel general anarquista de la calle Serrano.

Val estaba examinando unos informes cuando el delegado de Seguridad del distrito de Tetuán entró en su despacho. Levantó la vista de los papeles y exclamó:

—¡Hostia, Ramón! Te han dejado hecho un Cristo.

—No tanto, Eduardo. Solo son unos roces.

—Si tú lo dices... —Val tenía la cara lívida como la angustia y Ramón pensó que no debía de haberse movido de allí desde la primera vez que fue a verle, hacía ya seis días. Sin embargo, el rostro y la voz del antiguo camarero del Ritz y el Palace se animaron al añadir—: Tenemos el Packard que andas buscando. En realidad tenemos algo mejor: sabemos dónde está. Al mediodía entró para reparar en un taller de este mismo barrio de Salamanca. Un compañero de la CNT que trabaja allí nos ha pasado la información.

—¿Y sabemos de quién es?

—Por supuesto. Está matriculado a nombre de un militar faccioso, el coronel Álvarez de Andrade. El servicio de inteligencia de Miaja piensa que Álvarez de Andrade trabaja ahora en el mismísimo Estado Mayor de Franco.

Ramón se pellizcó la oreja, meditabundo.

—¿Cómo es que el coche de ese coronel no ha sido incautado por nadie durante estos meses? —preguntó.

—Aquí viene algo todavía mejor: el coche lo conduce ahora la hija única del coronel, una tal Margarita. Me acabo de informar sobre ella y resulta que la muchacha se ha quedado a vivir en Madrid porque dice ser profundamente antifascista. La señorita Álvarez de Andrade es intocable de momento. Tiene buenos amigos en medios republicanos, socialistas y hasta comunistas.

—¿Sabemos algo más de ella?

—El otro día te dije que no me gusta Sandoval. Es muy bruto y vengativo, pero tengo que reconocer que también es muy eficaz. Resulta que Sandoval tiene fichada a Margarita Álvarez de Andrade desde hace unas semanas. Su gente la ha visto entrar o salir de la embajada de Noruega, así que Sandoval sospecha que es de la Falange clandestina, el Auxilio Azul o alguno de esos grupos quintacolumnistas. Le he ordenado que no haga nada, que espere a que tú te reúnas con él y que entonces te cuente todo lo que sepa.

—Me parece lo mejor. Hablaré hoy mismo con Sandoval. —Se levantó de la silla—. Gracias, compañero.

—De nada, compañero. No me olvido de que yo te metí en esto. —Val se levantó también, le tendió la mano al visitante, intercambió con él un apretón y añadió—: ¿Sabías que Durruti iba en un Packard el día en que lo hirieron mortalmente? No en el de los Álvarez de Andrade, claro, sino en otro.

—Sí, lo sabía. Vino con ese coche al Cinema Europa el 18 de noviembre; Cipriano me lo presentó allí. —Ramón se encaminó hacia la puerta del despacho, pero, antes de alcanzarla, se giró hacia Val, que había vuelto a sentarse, y le dijo—: Eduardo, ¿tú sabes quién mató a Durruti?

Val lo miró en silencio, con aspecto de estar calculando lo que sabía Ramón y lo que ignoraba. Terminó diciendo:

—La bala de un francotirador fascista apostado en las ruinas del Clínico, ¿no?

—No. El Clínico está muy lejos de donde cayó Durruti. Aunque viniera de ahí, la bala no tendría fuerza suficiente como para herirle de tanta gravedad.

—Eso decís los expertos, sí, y de ahí nacen los rumores. Ya sabes que los comunistas hacen circular el chisme ruin de que Durruti fue asesinado por uno de los nuestros al que le reprochaba su cobardía. Y también sabes que algunos de los nuestros están convencidos de que fueron los comunistas los que le mataron a traición. —Sonrió tristemente—. Pero me temo que la cosa es más tonta.

—¿Cómo de tonta?

—Mucho, Ramón. Hay quien piensa que a Durruti le alcanzó la descarga accidental de un Schmeisser cuando se estaba subiendo de nuevo al Packard tras charlar con algunos de los compañeros que intentaban reconquistar el Clínico. El naranjero se le cayó al suelo a alguien y se disparó.

Ramón guardó silencio mientras asimilaba la información. Recordó lo que Cipriano Mera le había dicho en la mañana del día de Navidad sobre que las armas de los anarquistas las cargaba el diablo. Recordó también lo que sabía sobre el Schmeisser MP-28. Terminó cabeceando afirmativamente.

—Esta versión —dijo— es más realista que la del tiro afortunado de un *paco* del Clínico. El Schmeisser es un buen subfusil, puede dispararle al enemigo un chorro de balas en el asalto o la defensa de una posición, pero también es un arma peligrosa

para el que la maneja. No tiene seguro de transporte y el percutor se dispara con cualquier golpe una vez montado.

—Lo mismo me ha dicho otra gente que sabe de armas.

—Entonces, ¿a qué viene el cuento chino del disparo del francotirador?

—¡Maldita sea, Ramón! —Val había arrugado el entrecejo—. Eres un chico inteligente, debes de estar muy cansado para no comprenderlo por ti mismo. Ese cuento chino obedece a dos razones. La primera es que la versión del disparo accidental del naranjero ofrece una muerte poco gloriosa para una leyenda como Durruti, ¿no te parece? A nuestros milicianos esa versión los desmoralizaría; es mejor que tengan un motivo más para odiar a los fascistas. La segunda es que reconocer que luchamos con armas poco seguras tampoco es muy tranquilizador que digamos.

El delegado de Seguridad aprobó con la cabeza, se giró y se acercó a la puerta.

—¡Ramón! —escuchó.

—Dime.

—Hazte la cuenta de que no hemos hablado de nada.

Ramón le dijo a Liberto que le esperara, salió del Peugeot y corrió unos metros hacia la entrada del cabaré Casanova, adonde llegó con la cabeza, la pelliza, los pantalones y las botas empapados. La noche era tan lluviosa como gélida. Le vino a la mente la idea de que el agua debía de estar a punto de congelarse en las cantimploras de los combatientes.

La chica del guardarropa le dio una toalla para que se secase la cabeza y las manos, y solo después de hacerlo entró en el crepúsculo del local nocturno. Un tipo bajito con pantalones blancos y chaqueta negra cantaba un bolero en el centro de la pista: «Niña, niña de los labios rojos, tu boca es collar de perlas y tus ojos un volcán». A la luz del proyector que iluminaba al cantante, vio que había cuatro o cinco mesas ocupadas y que en una de ellas le esperaba Felipe Sandoval.

Se sentó frente al pistolero, quien acercó su quijada caballuna a la lamparita de luz rojiza del centro de la mesa.

—¿Qué vas a tomar? —preguntó casi en un susurro.

—¿Eso es anís?

—Sí, Anís del Mono.

—Pues tomaré lo mismo.

Sandoval le hizo un gesto a un camarero que aguardaba a un par de metros. El camarero se acercó, escuchó el pedido y se dirigió a la barra para transmitirlo. Ramón le siguió con la mirada y se apercibió de que en la barra, sentadas sobre altos taburetes, los contornos penumbrosos de tres muchachas le avistaban. Imaginó que iban bien vestidas y maquilladas y que sus miradas eran expectantes. No hacía falta ser Sherlock Holmes para adivinar que pertenecían al gremio de las meretrices, aquellas desgraciadas que, incluso en plena guerra, ofrecían sus encantos por cincuenta pesetas. Ramón se preguntó si algunas de ellas sería la Venus Rubia, la francesa de cabello platino y buenas relaciones con los leones que se había desnudado en la pista la otra vez que él estuvo allí.

Cuando se volvió de nuevo hacia Sandoval, este estaba contemplando el vendaje que le cubría la cara y la nuca.

—Y luego dicen que yo exagero con el peligro de la Quinta Columna... —El pistolero suspiró—. Mira cómo te han dejado la *jeta*. Casi como me la dejaron a mí tus amigos policías.

—Me cago en diez, Sandoval. Los que te torturaban en las comisarías no eran amigos míos, te lo repito. Y tampoco estoy tan seguro de que los que me tirotearon anoche fueran de la Quinta Columna.

—¿Y quién si no? El Packard que usaron es el de la señorita Álvarez de Andrade, a la que tengo fichada como posible agente de la Falange clandestina. Si esta vez no

vamos a por ella es que somos gilipuetas.

—No necesariamente. Igual somos listos si seguimos tirando del hilo hasta desenrollar todo el ovillo.

—O igual los pájaros vuelan mientras tiramos del hilo.

—Puede ser, ese es un riesgo frecuente en toda investigación policial. Habrá que prevenirlo.

El camarero regresó con una copa panzuda y una botella mediada de Anís del Mono. Mientras servía, dijo:

—¿No desean los caballeros dos legítimos habanos? Puedo conseguírselos.

Ramón negó con la cabeza y el camarero se retiró. Una cantante había sustituido en la pista al bajito del bolero, interpretando el cuplé *Tabacos y cerillas* de Celia Gámez. La siguió unos instantes, hasta que pronunció la frase «Mi estanco está abierto y usted puede entrar» que tanta gracia le hacía a la gente. Sonrió, como hacía todo el mundo, ante su doble sentido y luego volvió a dirigirse al pistolero:

—Estemos prevenidos, pues. Pero sin detener a nadie por el momento.

—Se hará como tú quieras, compañero. Eduardo lo ha dejado muy claro.

—Me alegro. Cuéntame.

—Mira, Toral, yo no tuve que esperar a que Mola anunciara a todo trapo que a las cuatro columnas militares que se dirigían a conquistar Madrid iba a añadirse una quinta, la de los facciosos presentes en la ciudad. Lo de Mola no era una fanfarronada, yo lo sabía antes de que él lo confesara. Desde el principio, desde el mismo 18 de julio, he combatido a las víboras que tenemos en nuestras propias barrigas.

—Me consta, a todos nos consta.

—Sí, pero me miráis con asco. Como al que limpia de ratas las cloacas, alguien que hace un trabajo necesario pero con el que uno no se va de copas.

—No es eso, Sandoval, no es eso.

—Entonces ¿qué es?

—No me apetece hablar del asunto, pero si te empeñas te diré que soy de los que piensan que los sospechosos de traición deben ser presentados ante un jurado popular y no ejecutados sumariamente por cualquier grupo armado de los nuestros.

—¡Qué fácil es decirlo! —Ramón percibió que en los ojos del otro brillaba el desprecio—. Pero, venga, te lo acepto. Los juzgamos y luego ¿qué?

—Si hay pruebas en su contra, el tribunal los condena. Pero no a muerte. Según tengo entendido, los anarquistas estamos en contra de la pena de muerte. Si de mí dependiera, enviaría a los quintacolumnistas a hacer trabajos forzados en la retaguardia, lo más lejos posible de los frentes.

—Eres un iluso. —Sandovalapuró de un trago furioso su copa de anís.

—Si llamas iluso al que no aprueba que cualquiera se tome la justicia por su mano, lo soy. —Ramón dio un primer tiento al licor. Era del dulce, el que menos le gustaba—. Pero nos estamos perdiendo. Volvamos a la señorita Álvarez de Andrade.

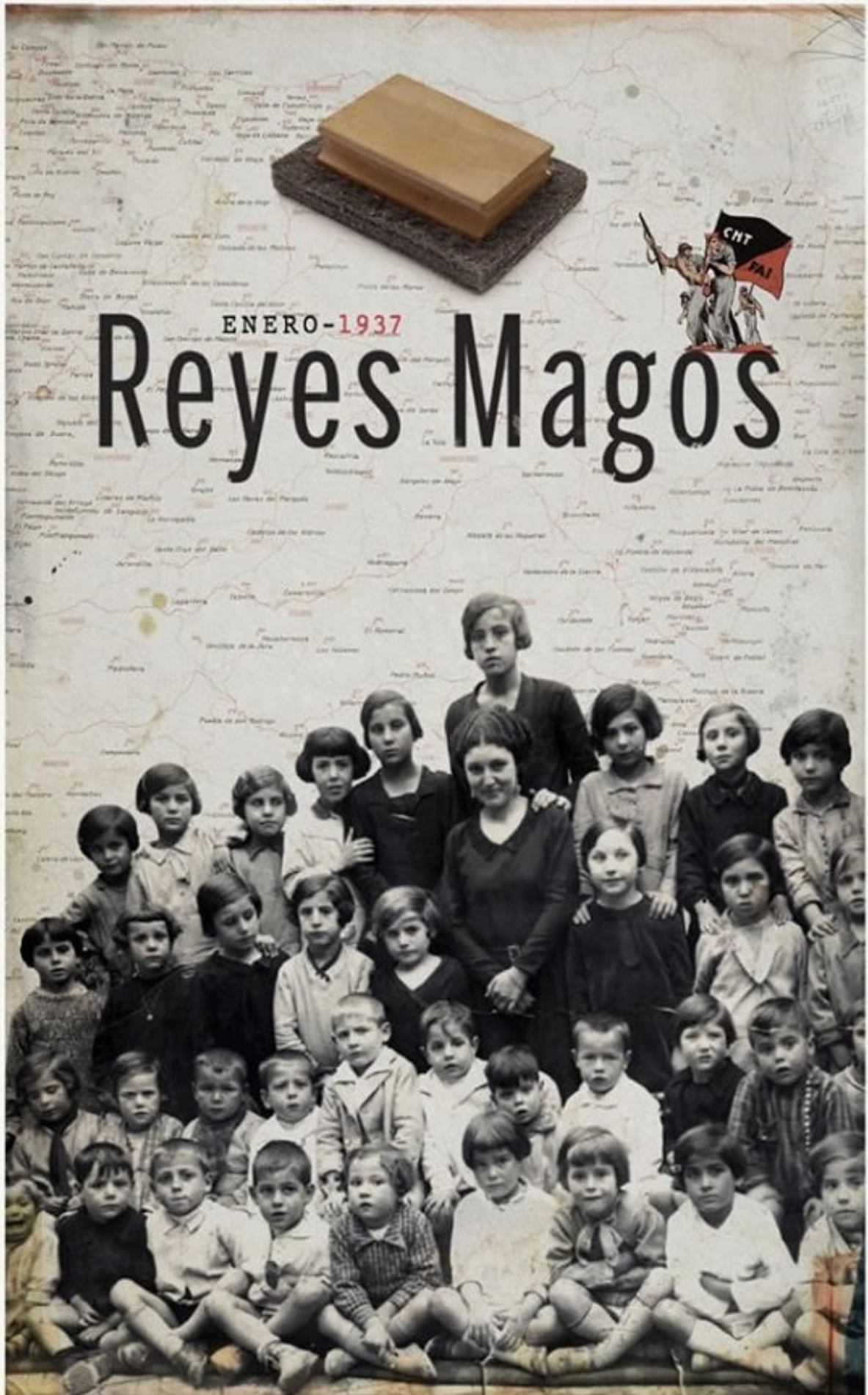
—Tú mandas. Esa señorita es muy joven, muy guapa y muy lista. Su padre es un coronel que está con Franco en Salamanca, pero ella se hace aquí la roja. Empecé a sospechar cuando la gente que tengo vigilando la embajada de Noruega me dijo que la había visto por allí. Tengo el barrunto de que es buena amiga de ese nazi de Schlayer.

—El que organizó la caravana con los salvoconductos de estraperlo...

—Sí, la caravana que interceptaron los compañeros del control de Tarancón. En esa caravana, Toral, no iban mujeres y niños de trabajadores, no iban hijos del pueblo huyendo de los bombardeos. En esa caravana iban un joyero de Diego de León, dos militares camuflados, un capitoste del Banco Mercantil Industrial, otro de la compañía de seguros Hermes, dos falangistas... Yo los hubiera fusilado a todos allí mismo.

—No digas barbaridades, Sandoval.

—Digo lo que me sale de los huevos. Por ejemplo, que con gente como tú podemos estar seguros de que perderemos esta jodida guerra. Los secuaces de Franco no se andan con tantos melindres, Toral. Saben muy bien que esta guerra es a vida o muerte, solo puede ganarse aplastando por completo al adversario. —Tosió, sus ojos pasaron del desprecio al dolor y, cuando hubo recuperado el aliento, añadió—: Pero no importa, nos levantaremos de nuevo. ¡Hemos fracasado tantas veces!



Félix Schlayer arrojó la nota manuscrita al fuego de la chimenea tal y como el remitente le pedía que hiciera una vez leída. La nota no iba firmada, pero el embajador de Noruega en funciones supo de inmediato que la había escrito Margarita Álvarez de Andrade. Estaba fechada ese mismo día, 2 de enero de 1937, y en ella su autor contaba que el vehículo de su padre se había visto envuelto en un desagradable incidente en Nochevieja y que por ese motivo había decidido reforzar sus precauciones. Schlayer no debía inquietarse si no tenía noticias suyas durante los próximos días. Con el ceño fruncido, el embajador regresó al escritorio y apretó el timbre que le servía para convocar a su secretario. Este no tardó en aparecer. Schlayer le preguntó en alemán:

—¿Tiene usted noticias de nuestros amigos presos en la cárcel de Porlier?

—Las tengo, Excelencia. Desde su captura en Tarancón, siguen ahí, sin recibir ningún maltrato especial. Esta misma mañana he ido a visitarles para llevarles algunas ropas y víveres. Melchor Rodríguez, el director de Prisiones, está cumpliendo la palabra que me dio en persona.

—Qué raros son estos anarquistas, ¿no le parece?

—Muy raros, en efecto.

—Algunos de los nuestros empiezan a llamar el Ángel Rojo a ese tal Rodríguez. ¿Sabía usted que fue novillero?

—Lo había oído, sí.

—España es un país curioso, quizá por eso me gusta tanto. Pero, en fin, si le he llamado es porque intuyó que la señorita Álvarez de Andrade se ha metido en líos. La nota que usted me trajo antes es de ella y resulta muy inquietante. Dice algo sobre un incidente en Nochevieja en el que se habría visto envuelto el coche de su padre. ¿Sabe usted algo de eso?

—No, Excelencia.

—Creo que lo mejor sería que telefonara usted al coronel y le pidiera autorización para que procedamos a preparar la evacuación de su hija a Francia. Jamás me perdonaría que Margarita terminara muriendo torturada en una checa. —El secretario puso cara de espanto—. Pero no le diga usted al coronel nada del coche ni de ninguna otra cosa. No le alarme demasiado, límitese a transmitirle la impresión de que la atmósfera en Madrid es cada vez más irrespirable.

—*Das werde ich, Herr Botschafter.* —El secretario rubricó con un cabezazo la aceptación de la orden del embajador.

—Eres un botarate.

Los ojos de Margarita ardían de enfado.

—No es para tanto, cariño —dijo con mansedumbre el hombre que había pasado con ella la Nochevieja—. Ya tengo localizada una luna trasera para el Packard y los agujeros de la chapa se arreglan en un periquete. El coche quedará como un sol antes del día de Reyes, te lo prometo.

—¡Más te vale! Pero ese no es el principal problema, el principal problema es que no me dijiste que pensabas usar el coche de mi padre para meterte en una batalla callejera.

—No fue una batalla callejera, Margarita; solo un aviso que salió mal. Pero no te preocupes, nadie puede relacionarte con él.

—Eso ya lo veremos, en esta ciudad hasta las paredes tienen ojos y oídos. —Contempló el Packard que aguardaba a ser reparado en un taller próximo a su casa—. ¿Puedo saber a quién querías enviarle un aviso?

—A un enemigo común, ese anarquista metomentodo de Tetuán que anda investigando lo de los salvoconductos.

Los ojos de la muchacha pasaron del enfado a la cólera.

—¿Me estás diciendo que usaste el coche de mi padre para atentar contra ese anarquista? ¡Estás completamente loco! Eres peor que un botarate, eres un peligro público.

Lourdes Vendrell y su compañera Almudena Carretero salieron del Ritz y caminaron hacia la fuente de Neptuno. La segunda jornada del año había salido soleada, invitando a los madrileños a estirar las piernas y respirar aire puro.

—¿Te has dado cuenta de que en los últimos días nos han traído menos heridos? —dijo Almudena.

—Algo menos, sí. Pero no te fíes, debe ser porque los fascistas andan tramando algo gordo, *els malparits*.

—Sí, debe ser por eso, mujer. Yo he oído que preparan una nueva ofensiva por algún otro lugar. Pero tendremos que volver a pararlos, ¿no crees? ¿Qué otra alternativa tenemos? ¿Ir al Viaducto a suicidarnos?

—*Això mai de la vida! Mentre hi ha vida hi ha esperança!*

Habían llegado al pie de Neptuno. La estatua y la fuente estaban enterradas bajo un almacén de maderas y ladrillos.

—Parece un monumento de los indios mayas —dijo Lourdes.

—O de los antiguos egipcios —apostilló Almudena—. ¿Sabes cómo llamamos ahora los castizos a Neptuno?

—Ni idea.

—Pues le llamamos *El Emboscado*. Y a Cibeles también la hemos rebautizado. Ahora es *La Linda Tapada*.

Lourdes rompió a reír.

Arrodillado en una esquina de la salita de estar de la casa de Lucía Sánchez Saornil, Mijaíl jugaba con un camioncito de madera. Su madre y la anfitriona conversaban entretanto en la mesa camilla. Las dos llevaban los abrigos puestos y tenían las piernas bien metidas bajo los faldones del mueble aunque el brasero estuviera apagado por falta de carbón.

—Tenemos que seguir oponiéndonos a la evacuación de las mujeres de Madrid —decía Sánchez Saornil—. Si la aceptamos, estaremos reconociendo que, a la hora de la verdad, no somos iguales que los hombres. Yo lo veo así, ¿y tú?

—Yo también. Irnos sería estar de acuerdo con la idea de que somos menos que ellos. —Marcela giró la cabeza hacia su hijo, quien sintió su mirada y se la devolvió con una sonrisa—. A mí quienes me decepcionan cada día más son los comunistas. Se opusieron a que las mujeres lucháramos en los frentes y ahora nos ordenan que abandonemos Madrid.

—Nos toman por el pito del sereno, Marcela. Solo nos quieren en la retaguardia. Haciendo la comida, cuidando de los niños y, como mucho, trabajando en las fábricas y los campos. La verdad es que a mí no me asombra tanto su actitud. Stalin ha acabado con la mayoría de las conquistas femeninas de la Revolución de Octubre.

—Sí, lo sé. Pero tenía la esperanza de que los comunistas españoles fueran más modernos que los rusos.

—Pues desengáñate, son la voz de su amo.

—Y muy mandones para los pocos que son.

Ramón Toral había recibido un soplo de por dónde podía andar Camilo Ramírez, el amante de Rosario Crespo, convertido en el sospechoso de su asesinato. Un vecino de Camilo le había oído hablar alguna vez de la posibilidad de incorporarse a una unidad de transporte de la UGT.

Un capitán de Ingenieros dirigía esa unidad. Ramón dio con él en la Casa del Pueblo de la calle Piamonte, la principal sede del sindicato socialista en la capital, y le explicó el asunto.

—No puedo perder mi tiempo ni el de mi gente ayudándole —dijo el oficial de inmediato y sin ocultar la acritud—. No con la que está cayendo.

—Capitán, no le estoy pidiendo que usted o su gente hagan tal o cual cosa que les aparte de su deber —contestó Ramón—. Yo me encargo de todo. Lo único que le estoy pidiendo es que si, ahora o en el futuro, tiene usted alguna información sobre Camilo Ramírez me la haga saber. Solo eso.

—He de hablarle con toda franqueza: tampoco estoy muy seguro de que tenga usted autoridad para buscar al tal Ramírez. —Ramón sacó del bolsillo interior de su pelliza el documento que le había firmado Miaja para el caso de los salvoconductos y

se lo tendió. El oficial lo leyó con detenimiento—. Caracoles, viene usted muy bien apadrinado.

—El general me honra con su confianza.

—Me alegro por usted. Pero sigo sin ver qué importancia puede tener la muerte de una mujer por un asunto pasional en una ciudad donde todos los días perecen violentamente decenas de personas.

—Lamento tener que decirle que no es de su incumbencia decidir si el caso es importante o no. Hay gente que cree que lo es y esa gente quiere resolver el crimen. Voy a localizar y detener a Camilo Ramírez con o sin su ayuda.

—Está bien, preguntaré a ver si alguien lo conoce. ¿Dónde puedo localizarle a usted si consigo alguna información?

—En la checa del Europa siempre hay gente que me toma los recados. —Ramón recuperó el documento, volvió a guardarlo en el bolsillo, miró con fijeza al oficial y añadió—: Quiero que sepa, capitán, que yo soy de los que piensan que este caso es importante. Los hombres de verdad no hacen daño a las mujeres. Ni les pegan, ni mucho menos las matan.

Ramón se caía de sueño mientras redactaba en su oficina el atestado de su seguimiento a Margarita Álvarez de Andrade. Había pasado la noche del 2 al 3 de enero dentro del Peugeot, en compañía de Liberto y sin perder de vista la puerta de la finca de la calle Juan Bravo donde, según le había informado Sandoval, vivía la muchacha. Pero nadie había abierto esa puerta hasta que algunos vecinos comenzaran a salir a la calle a partir del alba. No había, pues, nada que reseñar de esa vigilancia. Nada excepto el frío, del que habían intentado protegerse con mantas, y la cháchara de Liberto en los ratos en los que el pelirrojo se despertaba de su duermevela.

—Jefe, ¿te has fijado en que ya no quedan gatos en Madrid? —le había dicho el chófer a bote pronto una de esas veces. Ramón le había mirado con una perplejidad que el otro, a causa de la penumbra, no debía de haber percibido—. Perros sí que quedan, muchos y en manadas, pero todos los gatos han terminado en los pucheros como si fueran conejos.

Margarita había salido a las diez menos cuarto de la mañana. Sola, sin compañía de ningún tipo. Aunque iba tapada con un abrigo y una boina, Ramón pudo intuir que, como también le había dicho Sandoval, era guapa y elegante. Fila comenzó a caminar decididamente en dirección a la calle Velázquez y él, tras abandonar el vehículo y ordenar a Liberto que regresara al Cinema Europa, empezó a seguirla.

En la calle Velázquez la muchacha entró en un bajo del número 46, un edificio señorial en uno de cuyos balcones ondeaba la bandera de las barras y estrellas de Estados Unidos. Ramón se acercó al bajo y vio que era una lechería. Pero hacía semanas que las lecherías de Madrid estaban más secas que el desierto del Sáhara. Sandoval, anotó mentalmente, debía de intentar averiguar qué se cocía en aquel lugar. Y añadió: con discreción, si es que el impetuoso Sandoval era capaz de actuar con un mínimo de discreción.

Margarita reapareció al cabo de una hora larga. Ramón había tenido tiempo suficiente para quitarse las vendas de la cara y la nuca. Tenía la sensación de que con ellas era más llamativo. Una de las reglas básicas del seguimiento policial era la invisibilidad, y, aunque en Madrid había mucha gente vendada por heridas de guerra, decidió que caminar con algunos cortes aquí y allá llamaría menos la atención.

Esa hora larga también le había permitido darle a la mollera. Tras la muchacha, una decena de personas habían entrado medio furtivamente en la lechería, solas o en pareja. ¿Qué día de la semana era?, se preguntó. Lo comprobó pidiéndole a un transeúnte que le dejara ver la primera plana del diario *Ahora* que llevaba en la mano. Únicamente se fijó en la fecha: domingo, 3 de enero de 1937. Domingo, pues. ¿Y si aquella lechería, que sin duda tendría un buen sótano, era uno de esos lugares de

Madrid donde se celebraban misas clandestinas? Registró mentalmente esa posibilidad.

Con paso tan firme como garboso, Margarita se había encaminado luego a la plaza de Chamberí, un trayecto de veinticinco minutos a través de la calle Ayala, cruzando la Castellana y siguiendo por Fernando el Santo y Santa Engracia. Ramón le seguía los pasos a cierta distancia, procurando que hubiera otros viandantes entre él y su presa. No le resultó difícil: la mañana era soleada y Madrid, incluso con plomo en las entrañas, volvía a demostrar su pasión por la vida callejera.

Los combates en las fronteras de la ciudad habían disminuido en los últimos días, quizá porque, como decía Radio Macuto, los franquistas preparaban algún nuevo movimiento de envergadura. Fuera por lo que fuera, los tiroteos y cañonazos que podían escucharse en las calles eran más esporádicos. Esto y la tregua en la temporada de lluvias invernales había hecho que mucha gente saliera a oxigenarse en aquel día que él acababa de descubrir que era un domingo.

Madrid no estaba dispuesto a rendirse. En el paseo central de la Castellana, Ramón le cedió el paso a un grupo de veinteañeras de melenas cortas y partidas por rayas abiertas en el medio o ligeramente a la izquierda. Llevaban los abrigos entreabiertos y, bajo ellos, trajes estampados que les llegaban a las pantorrillas. Se fijó en que calzaban zapatos de tacón e iban tan alegres como los pajarillos en una mañana de comienzos de junio. Pensó que podían ser oficinistas o modistillas de camino hacia el parque de El Retiro.

Sorteó a chicos adolescentes que voceaban los livianos periódicos de aquel domingo, a niñas que saltaban a la comba y a niños que jugaban a la peonza o hacían volar avioncitos de papel imaginando que eran los Chatos y Moscas de la aviación republicana. Recordó con ternura que Marcela le había contado que, salvo los muy pequeñitos y dependientes, los chavales se lo estaban pasando en grande en medio de la gran batalla por la capital de España. Solo había una cosa que detestaban con unanimidad: que les obligaran a tragar aceite de hígado de bacalao para compensar las crecientes carencias vitamínicas de la dieta bélica de los madrileños.

Cruzó hasta el otro lado de la Castellana. No tuvo el menor problema en atravesar la calzada. Circulaban pocos coches y la mayoría de los que lo hacían eran de los requisados, los que llevaban toscamente pintadas en sus carrocerías las siglas de los partidos y sindicatos que defendían la capital. Se percató de que cada vez eran menos visibles los autobuses Leyland de dos pisos del transporte urbano madrileño. Conjeturó que iban siendo retirados de la circulación por la falta de repuestos tras averías o accidentes.

En la calle Santa Engracia había huellas aún más evidentes de la guerra: una montaña de escombros y cristales delante de un edificio alcanzado en su fachada por un proyectil, un retén de soldados custodiando lo que debía ser una dependencia gubernamental, una disciplinada cola de niños delante de un bajo. Los niños

esperaban recibir sus raciones de comida diarias: en las manos llevaban latas vacías de leche condensada a las que se les había soldado un asa.

Una vez en la plaza de Chamberí, Margarita se había dirigido hacia el convento de las Siervas de María. Ramón no necesitaba a nadie para saber que allí ya no se hacían misas. El convento servía ahora de base del Regimiento Motorizado de Ametralladoras, una unidad que, por encargo del teniente coronel Vicente Rojo, jefe del Estado Mayor de la defensa de Madrid, había sido creada por un músico amigo del poeta García Lorca cuyo nombre no recordaba. Sí que recordaba, en cambio, que se decía que García Lorca había sido fusilado por los fascistas en su Granada natal. Debía yacer en alguna cuneta.

Margarita le musitó algo a uno de los centinelas apostados en la puerta del Regimiento y este la dejó pasar. Ramón pensó en seguirla hasta el interior, pero optó por no hacerlo para no levantar ninguna liebre, a media hora que ella pasó allí fue más que suficiente para que hilvanara algunas conjeturas. El Regimiento Motorizado de Ametralladoras estaba vinculado al Quinto Regimiento y los comunistas eran muy influyentes en su seno. Sandoval ya le había alertado en el Casanova sobre lo bien que se movía la hija del coronel Álvarez de Andrade en los ambientes madrileños de la hoz y el martillo.

Ella era una gran andarina. Al abandonar el convento transformado en cuartel, tomó la dirección del centro de la ciudad y terminó entrando al cabo de dieciocho minutos en una tienda de la esquina de la calle Hortaleza con la de Hernán Cortés, la tienda se llamaba Florinda Altas Novedades.

Ramón anotó que Sandoval también debía investigar —con discreción, siempre con discreción— el negocio de Florinda. Esperó unos minutos, los suficientes para dejar paso a un hombre de mirada extenuada que cargaba un colchón a sus espaldas, comprobar que la churrería de la zona estaba cerrada a cal y canto, por falta, sin duda, de aceite y harina, y darle un vistazo al interior de una taberna. La taberna, repleta de hombres acodados sobre el mostrador de zinc, anunciaba en un cartel: «Prohibido cantar mal y también cantar bien».

Tenía sueño y hambre, llevaba treinta horas seguidas sin pegar ojo y se sentía casi tan destrozado como lo estaba el paseo de Rosales a causa de los bombardeos franquistas. Decidió dar por concluido su primer seguimiento de Margarita Álvarez de Andrade y regresar en metro al Cinema Europa. En aquella larga caminata por Madrid había cosechado briznas de información que podían resultarle muy útiles.

A Cipriano Mera la insurrección militar del 18 de julio le había pillado entre rejas. A comienzos de ese mismo mes, había sido encarcelado por el Gobierno republicano, junto al que ahora los anarquistas combatían codo con codo. Se le acusaba de ser el responsable de los disturbios ocurridos durante la huelga general del sector de la construcción de Madrid. Líder de los albañiles de la CNT, Mera había conseguido arrastrar a los suyos, a los socialistas de la UGT y a los no afiliados a un bronco combate por el aumento del jornal a quince pesetas. Hasta ochenta mil trabajadores habían abandonado los muchos tajos abiertos entonces en la capital —Hospital Clínico, Ciudad Universitaria, Nuevos Ministerios...—, siguiendo su llamamiento.

Liberado por la presión popular en las horas que siguieron al golpe de los generales, Mera desconvocó de inmediato la huelga y se sumó al asalto del Cuartel de la Montaña, donde se habían hecho fuertes cientos de militares y falangistas insurrectos. En las semanas siguientes, al frente de una columna anarquista, su magnetismo y combatividad serían decisivos en las liberaciones de Alcalá de Henares, Guadalajara y Cuenca. En noviembre, los milicianos de Mera defenderían con éxito el puente de San Fernando y hasta reconquistarían por un breve tiempo el Cerro de Garabitas. Para entonces la mitad de los hombres de la milicia dirigida por el albañil habían resultado muertos o heridos.

Cipriano Mera contemplaba ahora a Ramón Toral, que dormitaba con la cabeza apoyada en los brazos sobre su escritorio del Cinema Europa. Sonrió al ver que el delegado de Seguridad tenía al alcance de la mano la Star 1922 de la Guardia Civil que él le había regalado el pasado otoño.

—¡Ramón! —gritó.

El aludido levantó la cabeza bruscamente mientras su mano agarraba la pistola con la rapidez de un felino. Reconoció a Mera, soltó el arma y se restregó los ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—A mí no me pasa nada, compañero. Pero tú tienes la cara y el cuello manchados de sangre.

Ramón se tocó los lugares que le indicaba Mera y las yemas de sus dedos se humedecieron.

—Se me han abierto las heridas, joder.

—Pues vamos a que te las desinfecte algún sanitario y luego nos acercamos a Casa Sotero. ¿Has comido?

—Ni un mendrugo de pan desde anoche.

—Yo tampoco.

A diferencia de Barcelona, donde eran hegemónicos entre el proletariado, los anarquistas de la CNT constituían una minoría en Madrid en relación a los socialistas de la UGT. Pero había dos sectores obreros donde su implantación era mayoritaria: la construcción y los espectáculos. Y decenas de miles de albañiles, fontaneros, electricistas, carpinteros, camareros, acomodadores y taquilleras vivían en el distrito de Tetuán.

El distrito de Tetuán de las Victorias había nacido a finales del siglo XIX en torno a dos asentamientos: el de Cuatro Caminos, al sur, y el de la Dehesa de la Villa, al norte. Ningún barón Haussmann o marqués de Salamanca había planificado su crecimiento. Este se había efectuado al albur de las posibilidades de los inmigrantes que allí se iban instalando, por lo que algunas de sus barriadas eran de chabolas, otras parecían pueblos pobretones y las más nuevas comenzaban a asemejarse a una ciudad. Sus negocios autóctonos eran las traperías, las chatarrerías y la caza furtiva de animales en la Dehesa de la Villa. Escaseaban el empedrado, el alcantarillado y el agua corriente, y abundaban la tuberculosis y las enfermedades gastrointestinales. La superficie media de sus viviendas era de treinta metros cuadrados.

Casa Sotero estaba en la calle Bravo Murillo, que muchos vecinos llamaban aún Carretera Mala de Francia. Ocupaba un bajo en la acera opuesta al Cinema Europa, a pocos minutos de distancia. Cipriano Mera y Ramón Toral fueron allí caminando, saludaron a los parroquianos que los reconocieron al entrar y se sentaron en un reservado interior con un zócalo de azulejos con motivos taurinos. El distrito de Tetuán era muy aficionado a la fiesta y hasta contaba con su propio coso.

Encargaron lo único que había: vino de Cariñena y coliflor rehogada con aceite y ajos fritos.

—¿Quién crees que te hizo eso? —Mera señalaba las heridas de Ramón.

—Aún no lo sé. Pero esta mañana he seguido a la dueña del Packard desde donde me dispararon. Es una señorita del barrio de Salamanca, hija de un coronel que está con Franco.

—Eso ya me lo contó Eduardo. Quiero conocer lo que tú has averiguado.

—Parece que Sandoval tiene razón. Los movimientos que esta mañana ha hecho la señorita Álvarez de Andrade sugieren alguna relación con el Auxilio Azul. Es posible que haya asistido a una misa clandestina en la calle Velázquez, y me ha extrañado una visita a una tienda de ropa de la calle Hortaleza. Hoy es domingo y la tienda estaba cerrada a cal y canto, pero a ella le abrieron la puerta. No sé, ahí podría haber gato encerrado.

—Podría haberlo. Igual Sandoval no está tan loco y existe una red falangista especializada en esconder a gente buscada por los nuestros y también en sacarla de Madrid. Hasta ahora yo pensaba que nos enfrentábamos a operaciones aisladas y espontáneas, pero igual existe de veras ese muy bien organizado Auxilio Azul.

—Lo importante en todo caso es que Sandoval no haga nada de momento, salvo vigilar. Si entra en este asunto como un elefante en una cacharrería puede joderlo

todo.

—Por eso no te preocupes, Eduardo lo tiene bajo control. ¿Qué más tienes tú?

—Nada que me permita dar el caso por resuelto. He confirmado que la señorita Álvarez de Andrade es de gustos muy variados. Después de ir a misa en la calle Velázquez, si es que aquello era una misa, visitó el Regimiento Motorizado de Ametralladoras, en la plaza de Chamberí.

—Caramba. La señorita Álvarez de Andrade baila el chotis con los comunistas.

—Eso parece, Cipriano. Pero aún no he llegado a ese momento en que dos más dos son cuatro. No puedo descartar las otras pistas.

—Me parece muy bien. Cuando Eduardo me preguntó por alguien que pudiera ayudarme en el asunto de los salvoconductos, pensé en ti precisamente por eso. Porque no eres de los impulsivos como Sandoval. —Se quitó la gorra, se rascó la cabellera y volvió a tapársela—. Dime, ¿tú crees que los del Packard querían matarte?

—Tampoco estoy seguro de eso. Quizá fallaran porque la noche era oscura y lluviosa y, bueno, también porque me tiré al suelo y me encogí para ofrecer el menor blanco posible.

—Vaya, algo bueno aprendiste en la guerra del Rif.

—Alguna que otra cosa, sí. Por ejemplo, que quien domina las alturas tiene media batalla ganada. En noviembre fuisteis unos gilipuertas dejando que los fascistas volvieran a ocupar el cerro de Garabitas. Desde allí nos fríen a chupinazos.

—Entonces no sabíamos nada de las cosas de la guerra, Ramón. Ni de posiciones estratégicas ni de nada de nada. —Mera suspiró—. Eso que dices lo aprendimos en la batalla de la Casa de Campo. Espero que no demasiado tarde.

—Nunca es demasiado tarde, compañero. La guerra no ha terminado. —Ramón hizo una pausa antes de proseguir—: O quizá el tirador del Packard fallara adrede.

—Vamos, que solo querían asustarte.

—O lo contrario: enrabiarme para que respondiera como lo hubiera hecho Sandoval, yendo a lo más fácil. No lo sé.

Olieron la coliflor antes de que el camarero entrara en el reservado y procediera a servirles. Y una vez servidos, se abalanzaron sobre el almuerzo sin mediar palabra.

Cipriano Mera eructó al terminar y dijo:

—¿Tú sabes por qué me hice anarquista? —Ramón, que no había terminado de comer, negó con la cabeza—. Pues mira, yo no fui a ninguna escuela, aprendí a leer y a escribir por mi cuenta, y eso es lo más grande que he hecho en mi vida. Así pude leer un libro de Bakunin que me pasó un compañero la primera vez que estuve en la cárcel por hacer huelga. Me gustó mucho que Bakunin dijera que los albañiles también somos seres humanos, también tenemos que tener nuestra parte en el reparto de los bienes de la tierra.

Ramón terminó su coliflor y dejó el tenedor sobre el plato, que había quedado limpio como una patena.

—A mí lo que me jode —dijo— es que a los anarquistas nos presenten como gente sanguinaria, culpables de todos los crímenes que se cometen en el mundo.

—Y a mí. Siempre he dicho que solo tenemos que usar la violencia para defendernos de la violencia. Por ejemplo, de las cargas de los Guardias de Asalto contra trabajadores que solo piden un aumento del jornal para llevar un bocado de pan a sus familias. —Le envió a Ramón una sonrisa cómplice y este se la devolvió—. A mí me han encerrado muchas veces por eso, también con la República.

—Y, ya ves, aquí estamos los anarquistas sacándole las castañas del fuego a esta República...

—Sí, la cosa tiene perendengues. Yo lo único que pido es que nos dejen luchar a nuestra manera, no a la manera del camarada Stalin y sus comunistas.

—¿Vas a aceptar la militarización de tu columna?

—Ya veremos. No estoy dispuesto a renunciar a la revolución para ganar la guerra; las dos cosas van juntas. Si ganamos la guerra y no ha cambiado nada para los obreros y campesinos, habremos hecho el canelo. Pero algo de disciplina sí que hay que aceptar. El mismo Durruti decía que no todas las decisiones militares pueden tomarse en asamblea.

—Tenía razón. Yo también estoy harto de esos cantamañanas que se hacen pasar por anarquistas para justificar su vagancia, su indisciplina o su violencia. —Se pellizcó el lóbulo de la oreja—. Oye, Cipriano, ¿puedo pedirte algo?

—Si está en mis manos...

—A lo mejor sí. Se trataría de conseguir el expediente, el historial, la hoja de servicios o como quieran llamarle del comandante Jesús Forteza. —Mera le miró intrigado—. Como sabes, es un ayudante de Miaja y uno de los tres hombres que tienen acceso a la caja fuerte de los salvoconductos de la Junta de Defensa. Miaja me habló de él como si fuera trigo limpio, pero, ya me conoces, quiero comprobarlo por mí mismo.

Aquel domingo tan soleado, Marcela había pasado la mañana echando una mano en el comedor social que la CNT había abierto en la calle Atocha, en un local ocupado antes de la guerra por unos billares. Mijaíl la había acompañado como casi siempre desde el asesinato de Rosario Crespo, y luego los dos se habían acercado a la Cuesta de Moyano antes de que cerraran los puestos de libros de viejo. Marcela se alegró al ver que la Cuesta de Moyano seguía estando muy concurrida, pese a que el lugar no era demasiado seguro. La cercana estación de ferrocarril de Atocha constituía uno de los objetivos favoritos de los bombardeos de los insurrectos.

Quería regalarle un libro a Mijaíl con motivo de la festividad de los Reyes Magos. Madre e hijo anduvieron rebuscando entre las pilas de volúmenes usados que ofrecían los buquinistas madrileños y terminaron escogiendo no uno, sino dos: una edición infantil ilustrada de *Los cuentos de la Alhambra*, de Washington Irving, y *Celia y sus amigos*, de Elena Portón. Marcela pagó por ambos diez reales y le precisó a su hijo que no se los entregaría hasta la noche del 5 de enero.

Después, a las cuatro de la tarde, Marcela estaba escuchando las noticias de Unión Radio en el aparato Telefunken que tenía en una estantería de la pieza que le hacía de recibidor, comedor y salita de estar. Los locutores auguraban la inminente derrota del alzamiento fascista como consecuencia de la formación de un verdadero Ejército Popular Republicano, auxiliado por ese soplo de solidaridad llegado de allende las fronteras españolas que eran las Brigadas Internacionales y la ayuda militar soviética. La música de esta propaganda reconfortaba el corazón de la maestra, pero su letra le producía un inevitable escepticismo. Deseaba con todas sus fuerzas la derrota de los que bebían la sangre de los pobres, pero se temía que los locutores de Unión Radio pecaran de triunfalistas al darla por hecha. Y, además, no le gustaba ni un pelo su tono cada vez más uniformemente estalinista.

No escuchó la llegada del Peugeot del delegado de Seguridad porque tenía el volumen del receptor Telefunken muy alto. Ramón Toral tuvo que golpear varias veces la puerta con los nudillos para hacerse notar. Marcela le respondió casi a gritos que la puerta estaba abierta y podía entrar.

—¿Molesto? —preguntó él asomando su cabezota.

—En absoluto. Pasa. Voy a apagar la radio.

Mijaíl, que estaba dibujando en el suelo de la cocina, se asomó a la sala nada más darse cuenta de que su madre ya no estaba escuchando las noticias. Vio a Ramón acomodado en la misma mecedora de mimbre que la otra vez.

—¿Has venido con Liberto? —le preguntó.

—Sí, está fuera, en el coche. He venido precisamente para haceros una propuesta. —Ramón miró a Marcela, que seguía de pie, junto al Telefunken—. Liberto y otros

compañeros van a preparar esta tarde una entrega de regalos a los niños del barrio por el día de Reyes. Se han enterado de que el Ministerio de Instrucción Pública piensa repartir juguetes en la tarde del día 5, en su parte trasera, la que da a la calle de los Madrazo, y han decidido hacerle la competencia. Han conseguido un montón de regalos en una juguetería incautada de la calle Bravo Murillo, pero tienen que organizados, envolverlos y todo eso. Quizá Mijaíl pueda ayudarles en la tarea.

—¡Sí, mamá! Déjame, por favor.

Marcela miró a su hijo, al que le brillaban los ojos de excitación, y luego miró a Ramón. Se percató de que tenía dos o tres cortes sanguinolentos en el rostro. Le alarmó.

—¿Qué te ha pasado?

—Nada grave. Tropecé y me di con una puerta.

—Eso hay que desinfectarlo de inmediato. Me queda algo de alcohol.

Caminó en dirección a la cocina, pero aún no la había alcanzado cuando escuchó a Ramón preguntarle a sus espaldas:

—¿Qué le digo a Liberto? ¿Puede contar con Mijaíl?

Ella se volvió y escrutó al pequeño y al gigante. Los dos la miraban con expectación.

—Puede contar con él —dijo—. Siempre que lo traiga de vuelta antes de las ocho.

—Esto no te lo has hecho chocando contra una puerta —sentenció Marcela mientras limpiaba las heridas de Ramón con un trapo limpio y empapado de alcohol. Liberto y Mijaíl ya se habían ido al Europa en el Peugeot—. También tienes cortes en la parte trasera de la cabeza y del cuello.

—Bueno, digamos que me lo hice cayendo por un terraplén. No es nada importante, te lo aseguro.

Ahora Ramón estaba sentado en una silla de anea de la cocina, mientras ella le atendía. Era la segunda vez en apenas tres horas que alguien cuidaba de sus heridas. Jamás en sus treinta y seis años de vida se había sentido tan mimado.

—Te van a quedar algunas cicatrices, pero a lo mejor eso te hace más guapo.

—¡*Quia!* A mí nada puede hacerme guapo. Cipriano Mera me llama el monstruo de Frankenstein.

—Cipriano sabrá mucho de paletas y de armas, pero de esto no tiene ni idea. Si no fueras guapo, no te habrían dejado entrar en la Guardia de Asalto. A muchas de mis amigas les gustan los de Asalto. Tan altos, tan fuertes, con sus uniformes de paño azul oscuro, sus pantalones metidos en botas bien lustradas, sus correajes y cartucheras relucientes y sus gorras de plato. Se cuenta que son muy mujeriegos.

—¿A ti te gustan?

—¿Los de Asalto? Los odio. Bueno, mejorando lo presente.

Ramón rompió a reír y sintió que esa risa lavaba toda la suciedad de sus investigaciones y hasta de la guerra.

Marcela se retiró para guardar la botellita de alcohol en un armario de la cocina y limpiar el trapo en el fregadero. Él le preguntó por no quedarse callado, por decir algo:

—¿Por qué te pusieron de nombre Marcela?

—¿No has leído el *Quijote*?

—Entero no. En la escuela solo nos enseñaron un resumen. Pero sé que Don Quijote era un poco anarquista, una especie de precursor de nuestras ideas.

—Sí, era un rebelde. Liberó a una recua de galeotes y también dijo que la Edad de Oro fue aquella en que no existían lo tuyo y lo mío, en que todas las cosas eran comunes. A mí este nombre me lo puso mi padre. Trabajaba de tipógrafo y creo que leyó el *Quijote* cuatro o cinco veces en su vida. En casa siempre estaba con esa novela en las manos.

—Entonces lo más normal es que te hubiera llamado Dulcinea...

Ahora fue ella quien rio.

—Menos mal que no lo hizo, me hubiera pasado la vida siendo el pitorreo de todo el mundo. No, Marcela es otro personaje del *Quijote*. Lina pastora a la que pretenden muchos pastores. Uno de ellos, Grisóstomo se quita la vida al ver que ella no le corresponde. En su entierro, ante la gente que la culpa del suicidio, Marcela responde que no está obligada a amar a todo aquel que dice amarla. —Se secó las manos en un paño y miró a Ramón con sus ojazos oscuros y tan penetrantes que se clavaban en las cosas—. Mi padre siempre me dejó claro que quería que yo fuera una mujer libre.

Se acercó, se agachó y besó los labios del hombre, que seguía en la silla. Este sintió una descarga eléctrica, respondió al beso con la misma dulzura que ella había impreso al suyo y la hizo sentarse sobre sus rodillas. Marcela mordisqueó traviesamente los labios de Ramón mientras él le acariciaba la melena.

—¿Has tenido tantas mujeres como dicen que tienen los Guardias de Asalto? — Había separado la cabeza para hacer la pregunta.

—No. ¿Y tú? ¿Has tenido tantos pretendientes como la Marcela del *Quijote*?

—Casi, pero no le he hecho caso a ninguno. —Tocó suavemente con la yema del índice derecho la herida que él tenía en el pómulo—. Ser una mujer libre no es lo mismo que ser una mujer fácil.

Él estampó sus labios en los de ella, ahora con ímpetu. Sus lenguas se entrelazaron y sus corazones se aceleraron con tanta fuerza que casi podían escucharse sus latidos.

Hicieron el amor allí mismo, en la cocina. Él de pie, ella enroscada en torno a su cuerpo.

Ramón estaba preparándose una infusión de cebada tostada cuando oyó que alguien llamaba a la puerta de entrada de su vivienda. Le extrañó: nadie, salvo Liberto, solía acercarse por allí. Su reacción fue mecánica: fue al dormitorio, tomó la Star que reposaba en la mesilla de noche, comprobó que el cargador estaba repleto, volvió a colocarlo en su lugar y retrajo la corredera para insertar un cartucho útil en la recámara. Solo cuando tuvo la pistola amartillada, lista para disparar con tan solo apretar el gatillo, se acercó a la puerta y la abrió.

Al otro lado había un joven larguirucho y con la cara picada de viruela. No llevaba ningún arma en las manos.

—Salud, camarada —dijo el inesperado visitante—. ¿Te acuerdas de mí?

—Tu voz me dice algo, pero ahora no recuerdo qué.

—Soy Aníbal López, de *Milicia popular*. Te vi charlando con Pedro Caño el otro día en la capilla de los Salesianos.

—Ah, sí. Ya caigo. —Ramón devolvió la pistola a una posición segura y se la metió en la cintura trasera del pantalón—. Tú eres el periodista que iba a entrevistarle.

—Eso es. ¿Puedo pasar?

Ramón apartó su corpachón del vano de la puerta.

—No tengo calé —dijo—, pero me estaba preparando una cebada para desayunar. ¿Quieres una taza?

—Pues sí, te lo agradezco. Me calentará la barriga.

Con las humeantes tazas en la mano, se sentaron en las únicas dos sillas que el delegado de Seguridad tenía en el comedor de su vivienda. Bebieron un rato en silencio.

—¿Cómo has dado con mi dirección? —terminó preguntando Ramón.

Aníbal López sonrió.

—Soy periodista —dijo—. Y tú no eres un desconocido en este barrio.

—Elemental, querido Watson.

—Vaya, has leído a Conan Doyle...

—No lo he leído, no. Pero todo el mundo usaba esa frase en el Cuartel de Pontejos. Trabajé allí, fui guardia de Asalto.

—Eso me han dicho. —Aníbal sopló sobre el borde de la infusión antes de darle un primer trago cauteloso—. Y mi entrevista con Caño, ¿la leíste?

—Tampoco, para qué mentirte. Pensaba hacerlo, pero he andado muy liado últimamente. ¿Qué decía?

—Caño contaba que van a disolver el Quinto Regimiento para incorporarlo al Ejército Popular Republicano. Se mostraba muy entusiasmado con esa medida.

—Por tu tono veo que tú no lo estás tanto.

—Así es. Yo creo que las fuerzas populares debemos de seguir manteniendo nuestra autonomía militar. Está bien que la República intente reconstruir un Ejército regular, pero no veo por qué eso debe implicar la disolución de nuestras milicias.

—Me parece que esa no es la línea oficial de vuestro partido.

—No lo es. Soy militante del Partido Comunista desde que me empezaron a salir pelos en la barba, pero a veces no estoy totalmente de acuerdo con su línea. Esta es una de esas veces. —Liquidó su bebida en un par de tragos, dejó la taza en el suelo y preguntó—: ¿Te molesta si fumo?

—No. Pero no tengo ceniceros. Tendrás que usar la taza.

Aníbal sacó del bolsillo de su gabán un librito de papel de fumar y una bolsa de picadura y comenzó a liar un pitillo.

—Imagino que no querrás contarme de qué hablabais tú y Caño el otro día.

—Imaginas bien. Pero ten por seguro que no era algo que merezca la pena que publiques en tu periódico.

—No he venido a verte como periodista, Toral. He venido a verte como camarada en la lucha antifascista. —Ramón indicó con la cabeza que entendía el mensaje—. Yo sí que te voy a contar algunas cosas sobre Caño.

—Das por hecho que me interesa ese guaperas.

Aníbal encendió el pitillo, le dio una calada, se agachó para recuperar la taza y vertió en ella un poco de ceniza.

—Te cuento esas cosas mientras termino el cigarrillo. Si Caño no te interesa, solo habrás perdido cinco minutos. —Ramón volvió a asentir en silencio—. Ya sabes que Caño se afilió al partido en el verano. Es uno de esos arribistas que se han descubierto de repente un alma revolucionaria. Los anarquistas también contáis con algunos.

—Sí, Cipriano Mera echa pestes de ellos. Y con razón. Los de tal calaña nos hacen mucho daño.

—Me cae bien Mera. Que los comunistas y los anarquistas nos llevemos como el perro y el gato va a ser nuestra perdición. Deberíamos llevarnos mejor, unos y otros somos hijos del pueblo. Y por eso he venido a verte, Toral. Creo que Caño es de los que nos hacen daño a todos.

—¿De algún modo concreto o lo dices solo en líneas generales?

—Mira, yo soy de Cuatro Caminos, pero antes de la guerra no lo había visto nunca. Tengo buena salud y jamás tuve necesidad de ir a la botica donde trabajaba. Pero ahora me ha picado la curiosidad periodística ante su fulgurante ascensión en mi partido y he preguntado a alguna gente del barrio sobre su vida antes de la guerra. Resulta que ya entonces corrían ciertos rumores sobre él.

—¿Qué tipo de rumores?

—Se decía que era un ávido consumidor de alguno de los productos de la botica.

—¿Cocaína, por ejemplo? —Aníbal le miró con sorpresa y asintió—. Lo supe desde el otro día, cuando charlé con él en la capilla. Ese hablar nervioso, esos sudores

repentinos, esas pupilas dilatadas... En el Cuartel de Pontejos nos dieron un cursillo sobre drogas a los guardias de Asalto.

El periodista apuró su cigarrillo, lo aplastó contra el fondo de la taza y dijo:

—Creo saber quién le suministra ahora la cocaína.

Liberto vio salir a Aníbal López de la colonia de la Constructora Benéfica y se alarmó. Jamás había visto por los alrededores a aquel tipo alto y flacucho. ¿Vendría de casa de su jefe? Y si así era, ¿qué habría ido a hacer allí? El chófer llevaba varios días preocupado con las andanzas de su jefe. Ramón debía de estar metido en un buen lío, y no era por la investigación del asesinato de la vecina de la calle Hierbabuena. Esa investigación no explicaba las visitas al cuartel general anarquista de la calle Serrano, ni al cabaré Casanova, ni mucho menos al mismísimo Ministerio de la Guerra. Tampoco aquella interminable vigilancia nocturna de una finca de la calle Juan Bravo. Por no hablar del tiroteo que Ramón había sufrido allí mismo en Nochevieja y de la orden que había transmitido a continuación para buscar por todo Madrid un Packard con la luna trasera acribillada. El jefe estaba de caza mayor, detrás de algo muy gordo, pero a él no le soltaba prenda.

Se tranquilizó cuando le vio salir un par de minutos después. Venía sonriente, lo cual era una rareza.

Ramón entró en el Peugeot, saludó al conductor y le preguntó:

—¿Cuáles son las noticias de Radio Macuto?

—Parece que los fascistas están lanzado otra ofensiva. Hoy han madrugado mucho. A las siete, cuando todavía era de noche, ya estaban disparándonos pepinos desde el Cerro de Garabitas.

—Los he oído, una buena salva. ¿Qué han alcanzado?

—Un obús ha caído en la Castellana y le ha dado a la embajada de Chile. La cosa tiene bemoles porque esa embajada está llena de refugiados derechistas, seguro que han colgado el cartel de No hay entradas como en Las Ventas cuando torea El Gallo. Se conoce que, como estaba oscuro, los artilleros andaban mal de puntería.

—¿Muchos muertos?

—Dicen que ninguna persona, que solo cuatro vacas lecheras que el embajador tenía en el jardín trasero.

—Pues harán un buen asado con ellas. Cuentan que en los países americanos se asa la carne como en ningún otro lugar.

—No me hable de comida, jefe, que estoy desmayado. ¿Dónde vamos?

—Acércame al Europa. Pero no te pierdas, que igual tengo que salir más tarde.

Liberto arrancó el motor.

—El hijo de la maestra —dijo— está empeñado en que mañana por la tarde tres compañeros nos disfracemos de Reyes Magos para entregar los juguetes en el Europa. Tiene guasa el chavalín. Quiere que yo, un pelirrojo, haga de Baltasar, el rey negro.

Ramón se echó a reír.

El expediente del comandante Jesús Forteza le llegó a Ramón Toral tres horas después. Era un buen puñado de hojas mecanografiadas que venían dentro de un cartapacio del Ministerio de la Guerra.

—Cipriano me ha dicho que ni se te ocurra preguntar cómo lo ha conseguido — dijo el miliciano que hacía de mensajero.

—Y no lo voy a hacer. Ya sé que el compañero Mera es un hombre de recursos. —Ramón contempló al miliciano, que seguía de pie delante de su escritorio—. ¿Algo más?

—También me ha ordenado que me espere hasta que lo leas y me lo devuelvas. Tiene que estar de vuelta en su sitio antes de la hora del almuerzo.

—¿Puedo tomar notas?

—De eso no me ha dicho nada. Haz lo que quieras.

Ramón sacó del cajón del escritorio unas cuartillas y un lápiz. Le dio un primer vistazo al historial militar de Jesús Forteza. El comandante había nacido en Málaga y se había licenciado en la Academia de Infantería de Toledo. Tenía una brillante hoja de servicios en Marruecos y también había participado en el aplastamiento de la revolución de los mineros asturianos de octubre de 1934, ya bajo un gobierno republicano. Hasta ahí, poco o nada le distinguía de los oficiales de su generación. Ramón carraspeó y decidió volver a leer con atención el documento. Buscando esta vez lo que podía aportarle un dato significativo: ¿a las órdenes de quién había servido Forteza a lo largo de su carrera?

El general Miaja había tenido que trasladar su despacho y todo el Estado Mayor de la defensa de Madrid a los sótanos del palacete de Sabatini, sede del Ministerio de Hacienda, en el número 3 de la calle Alcalá, a la vera de la Puerta del Sol. Era patente que el Ministerio de la Guerra, en Cibeles, estaba demasiado expuesto al fuego de la artillería y la aviación de los insurrectos. Miaja le había encargado la dirección de la mudanza al comandante Jesús Forteza.

Resuelto con rapidez este encargo, Forteza afrontaba ahora uno nuevo: proponer el lugar de Madrid más adecuado para la construcción de un fortín subterráneo que albergara de modo seguro y permanente a Miaja y los suyos. Creía haberlo encontrado en el Jardín del Capricho, en la Alameda de Osuna.

—¿Cuánto tiempo llevaría la obra? —le preguntó Miaja.

El bombardeo de aquella madrugada había cortado la electricidad en la zona de Sol, incluido el palacete de Sabatini. Iluminado por la lámpara de carburo que reposaba sobre su escritorio, el rostro del general se asemejaba más que nunca al de una rapaz nocturna.

—Fin un par de meses podríamos tener un primer búnker de hormigón utilizable —respondió Forteza. Estaba sentado ante el escritorio del general, sobre el que había desplegado un mapa de Madrid que señalaba el Jardín del Capricho con un círculo rojo—. Pero no creo que podamos empezar a excavar hasta la primavera. Este tiempo tan lluvioso no acompaña.

Miaja cabeceó en señal de aquiescencia.

—Me quedo con el mapa para comentarle el asunto al teniente coronel Rojo —dijo—. Puede usted retirarse.

Forteza se levantó, se cuadró, se llevó la mano derecha a la gorra de plato y abandonó el sombrío despacho del general en aquellos sótanos dieciochescos. Luego subió medio a oscuras hasta el patio del palacete, encontró allí a su ayudante y le informó de que iba a salir a la calle a estirar las piernas. No tardaría mucho, media hora como máximo. El ayudante le miró con perplejidad —llovía a cantaros desde hacía veinte minutos y el comandante no llevaba abrigo o gabardina—, pero no comentó nada. Se limitó a reiterar que estaba a sus órdenes.

Forteza trotó bajo la lluvia hasta Sol, giró a la izquierda, entró en la Carrera de San Jerónimo, alcanzó la puerta de caoba antillana del restaurante Lhardy, la abrió, se quitó con la palma de la mano el agua que le encharcaba la gorra y las hombreras, subió por las escaleras hasta la primera planta y alcanzó su Salón Japonés. Allí le

estaba esperando un hombre. Estaba vestido de civil y parecía impaciente, puesto que se levantó como un resorte nada más ver entrar al militar.

Miaja descolgó el teléfono, presionó varias veces su interruptor, se llevó el auricular a la oreja y, cuando escuchó la voz del soldado de la centralita que se ponía a su disposición, le ordenó que le consiguiera con urgencia una comunicación con el teniente coronel Rojo. Allá donde este estuviera.

Al cabo de cinco minutos tenía a Rojo al otro lado de la línea. El teniente coronel hablaba desde un teléfono de campaña y la comunicación entre los dos militares estaba salpicada de molestos ruidillos parásitos.

—¿Cómo están las cosas? —preguntó Miaja.

—Regular, mi general —respondió Rojo—. Me temo que esto no es una maniobra de diversión. Esto es un nuevo intento de asalto en toda regla, ahora en torno a la carretera de El Escorial y La Coruña. Veo claro que lo que buscan es apretar su tenaza a la altura del noroeste para entrar desde allí en Madrid.

—¿Resisten los nuestros?

—Más mal que bien. Ya hemos perdido Las Rozas y resistimos en Húmera y Pozuelo. Pero las embestidas de los regulares y los legionarios son muy fuertes, y están apoyadas con carros de combate ligeros alemanes e italianos. Lo único que juega a nuestro favor es que esta lluvia acaba de obligarles a suspender las acciones aéreas. Si das tu venia, voy a aprovecharlo para reforzar nuestras posiciones en toda la zona.

—Hazlo, Rojo. Hazlo de inmediato. Yo voy a reunir a la Junta de Defensa para informarle de la nueva situación.

—Está usted empapado, mi comandante. —Jesús Forteza le devolvió un gruñido al centinela que así le hablaba en la puerta del Ministerio de Hacienda. El centinela hizo caso omiso y añadió—: El general Miaja le está buscando por todas partes.

Forteza estaba de un humor de perros. Su interlocutor en el restaurante Lhardy se había mostrado muy nervioso, demasiado nervioso como para pensar bien. Ya había cometido un error clamoroso en Nochevieja y podía cometer muchos más si no se calmaba de inmediato. Ese era, pensó, uno de los inconvenientes de trabajar con aficionados.

¿Y qué diablos querría ahora el gordinflón de Miaja?, se preguntó. Parecía que el general no sabía dar un paso sin contar con él. Que si hay que trasladarse a la calle Alcalá, que si hay que construir un búnker en cuatro días, que si tráigame los mapas actualizados de los frentes, que si no podría usted, comandante, conseguirme una cama de campaña para dormir aquí mismo... Esa dependencia, concluyó, tenía sus ventajas, pero también, como ahora, sus desventajas.

—¿Dónde coño estaba, Forteza?

Incluso a la débil luz de la lámpara de carburo, el comandante percibió que su superior echaba fuego por los ojos tras los gruesos cristales de sus gafas de miope.

—Había salido a respirar aire puro, mi general. Lo necesitaba. Estos sótanos me producen dolor de cabeza.

—¡Y a mí, no te jode! La próxima vez que abandone estas dependencias pídamme permiso o, al menos, informe a su ayudante de dónde está. Si no, me veré obligado a arrestarle. ¿Entendido?

—Entendido, mi general.

—Me alegro. —Se quitó las gafas, se frotó los ojos y volvió a colocárselas—. Convoque de inmediato una reunión de la Junta de la Defensa. Quiero que todos los partidos y sindicatos sepan que estamos ante una nueva ofensiva de los sublevados. Rojo necesita que pongan todas sus fuerzas a su disposición. Sin hacer preguntas ni arrastrar los pies.

—¿Dónde los convoco? ¿Aquí o en el palacete de March?

—¡Aquí, coño! Hoy no me puedo mover de aquí.

Los madrileños llamaba con guasa *jamón del mono* a las pipas tostadas de girasol. Liberto Sauz y su amigo Paco Perrachica habían conseguido un buen puñado de ellas y las comían con glotonería en el interior del Peugeot 201. El coche estaba aparcado en la parte trasera del Europa, allí donde antaño se celebraban las sesiones de cine de verano y ahora los voluntarios de la CNT hacían la instrucción. Pero aquel 4 de enero ningún miliciano osaba asomar la cabeza por allí. Diluviaba como si el cielo quisiera arrasarse Madrid de un plumazo. Las gotas repiqueteaban con fuerza sobre el vehículo.

Perrachica dijo:

—La de películas americanas que he visto yo aquí...

—Y yo. —Liberto suspiró—. Yo creía que los americanos eran buena gente. En sus películas siempre están a favor de los que solo tenemos las manos para ganarnos el sustento. Pero se están comportando con nosotros como unos hijos de puta.

—¿Por qué lo dices? Hay muchos americanos en las Brigadas Internacionales...

—No lo digo por esos. Lo digo por Roosevelt, que tampoco quiere vendernos armas. Y lo digo por esos millonarios de Texas que le regalan la gasolina a Franco.

—¡Qué *jodíos!* —Perrachica bajó la ventanilla del coche para arrojar al suelo las cáscaras de pipas que había ido guardando en el hueco de la mano. La retiró mojada y volvió a cerrar a toda prisa la ventanilla.

—A mí —dijo Liberto— esos millonarios de Texas me recuerdan al banquero americano de la copla de Miguel de Molina. El banquero ese que le roba su modelo al chavalillo sevillano que quiere ser pintor.

—La Triniá.

—La mismísima, Paco. La de la Puerta Real, carita de nazarena.

«Si quieres que algo salga bien, hazlo tú mismo». Ramón recordaba pocas cosas de su padre, que había muerto cuando él tenía ocho años, pero esa frase era una de ellas. Ahora le daba vueltas en la mollera mientras planeaba sus siguientes movimientos. Sí, decidió, había una o dos cosas que iba a tener que hacer en persona. La primera, esa misma noche.

No había duda: Margarita Álvarez de Andrade era el nudo gordiano del caso de los salvoconductos de estraperlo. Ramón ya conocía unos cuantos de los secretos que ella albergaba a pesar de su juventud. El primero se lo había adelantado Sandoval en el cabaré Casanova: la hija del coronel frecuentaba la embajada de Noruega, lo cual, ciertamente, no era ningún delito. Y el pistolero acababa de telefonarle al Cinema Europa para confirmarle un segundo secreto: era muy probable que aquella lechería de la calle Velázquez donde la muchacha había pasado una hora el día anterior, domingo, fuera una capilla clandestina.

Ir a misa tampoco era delito, no al menos para Ramón, pero resultaba significativo que aquel edificio de la calle Velázquez fuera un santuario protegido por la bandera de Estados Unidos. Sandoval le había informado de que allí tenía su domicilio un célebre abogado liberal casado con una rica estadounidense, y los dos sabían que el bando republicano no podía permitirse el lujo de enfadar a Roosevelt.

Sandoval le había dicho también que aún no había tenido tiempo de averiguar qué se tramaba en la tienda de ropa de moda de la calle Hortaleza, y Ramón le había insistido en que no lo hiciera a la fuerza. Sería él, y solo él, quien decidiera cuándo había que utilizarla. «Como quieras», le había respondido el otro antes de colgar el teléfono sin despedirse.

Ramón se pellizó el lóbulo de la oreja mientras cavilaba. Que la señorita Álvarez de Andrade fuera capaz de combinar sus relaciones con la embajada de Noruega y sus creencias católicas con visitas amistosas a los combatientes comunistas era chocante, pero tampoco delictivo. En cambio, sí lo era usar o prestar el Packard de su padre para una tentativa de homicidio con premeditación y alevosía. Y también, por supuesto, suministrarle droga a un toxicómano.

A la hora del desayuno, Aníbal López le había contado a Ramón que sus fuentes en Cuatro Caminos, militantes veteranos del Partido Comunista, habían visto últimamente a Pedro Caño en compañía de una mujer a la que describían como joven, guapa y, a tenor de su modo de vestir y moverse, vecina del barrio de Salamanca. Caño entraba y salía de su piso con ella, los dos muy acaramelados. Las fuentes del periodista se maliciaban que era esa mujer la que ahora proveía de cocaína al comunista converso.

Por primera vez desde que Val y Miaja le habían encargado desentrañar aquel misterio, Ramón contaba con una hipótesis razonable para intentarlo. Pedro Caño sería el traidor que había retirado los salvoconductos de su caja fuerte y los había estampado con el sello oficial de la Junta de Defensa. Caño se los habría pasado a Margarita Álvarez de Andrade, a la que habría conocido en los ambientes comunistas y de la que sería altamente dependiente no solo por su belleza, sino quizá también por su drogadicción. A su vez, Margarita los transmitiría a la embajada de Noruega, que así podía organizar sus caravanas de fugitivos en dirección al Levante.

Era una conjetura interesante, de las que bastaban para justificar detenciones e interrogatorios en todas las policías del mundo. El otoño anterior, incluso con mucho menos se habían decidido fusilamientos sumarios en las checas madrileñas. Pero a Ramón no acababa de convencerle totalmente. Había piezas del rompecabezas que todavía no encajaban bien. Y algunas de las que encajaban estaban cogidas por los pelos. La duda seguía rondándole por la cabeza cual un fantasma en el desván.

Se acordó de la escuela libertaria de Lavapiés donde su madre le había conseguido una plaza treinta años atrás para que aprendiera a leer, escribir y algunas cosas más. Aquel era uno de los pocos lugares donde había sido tratado con dignidad y quizá por eso lo asociaba con el período más feliz de su vida. Allí le habían

enseñado que el anarquismo no es un dogma como el marxismo, que hay muchas maneras de ser anarquista, pero que todas tienen en común el aprecio a la libertad y la solidaridad. Se acordó de don Joaquín, el maestro de Geografía e Historia que les contaba a sus alumnos fascinantes historias de los tiempos de los griegos, los romanos y los cartaginenses. Y le vino a la cabeza que don Joaquín les había explicado una vez cómo Alejandro Magno había deshecho el nudo gordiano.

—Te lo prometí y he cumplido, querida. Abajo tienes el Packard. Nuevecito y antes de Reyes.

Margarita abrió el balcón, se asomó al exterior y miró abajo. Allí estaba el vehículo de su padre, aparcado frente a la entrada del edificio. Se percató de que también había cesado de diluviar con la llegada de la noche.

Regresó al interior. Cerró a cal y canto el balcón y se giró hacia su visitante. Este le sonreía beatamente mostrándole la llave del vehículo que colgaba de sus dedos pulgar e índice.

—¿Te queda algo de *champagne* para celebrarlo? —preguntó el hombre.

—¿A casa?

—La respuesta es negativa, Liberto. Esta noche nos toca vigilancia otra vez.

—Joder, jefe. Tengo el estómago más vacío que la plaza de Tetuán de las Victorias bajo una nevada.

—Yo también, compañero. Pero esta noche igual nos toca desatar un nudo gordiano a la manera de Alejandro Magno.

—¿Qué?

—Te lo cuento en el camino. Tú arranca de una puñetera vez.

Había un Packard estacionado frente a la entrada del edificio de los Álvarez de Andrade en la calle Juan Bravo. Ramón le ordenó a Liberto que siguiera circulando una manzana más y que solo entonces detuviera el Peugeot y apagara su motor y sus luces. Salió entonces del vehículo, caminó de vuelta adonde estaba el Packard y le dio una ojeada.

Aunque la calle estaba oscura cual boca de lobo, comprobó que la luna trasera estaba intacta y le pareció que no tenía señales en ningún otro lugar de haber recibido disparos. Sonrió satisfecho. Un par de horas antes, Eduardo Val le había telefonado para contarle que el compañero de la CNT del taller del barrio de Salamanca informaba de que el vehículo ya estaba reparado y listo para ser recogido.

Ramón examinó con detenimiento la fachada de la finca, buscando indicios de algún hilo de luz que se filtrara a través de los postigos cerrados de las ventanas y los balcones. Solo encontró uno, el que se escapaba con timidez de una vivienda de la tercera planta, exactamente del domicilio familiar de la misteriosa Margarita.

Regresó al Peugeot y abrió la puerta del copiloto con el mayor sigilo posible. Liberto estaba masticando algo.

—¿Qué comes?

—Unas cáscaras de naranjas que me había dejado por aquí.

—Pues termínatelas mientras te acercas a nuestro cuartel general de Serrano. Pregunta por Eduardo Val y si no está da lo mismo. Tienes que volver aquí con tres o cuatro compañeros bien armados. Y sin montar una escandalera por el camino.

Ramón llamó al timbre y esperó un minuto. No obtuvo respuesta y volvió a llamar. Al cabo de otro par de minutos, la mirilla de la puerta del piso de los Álvarez de Andrade cobró vida.

—¿Quién es? —preguntó una voz juvenil femenina.

—Seguridad del barrio. Haga el favor de abrir, señorita.

Resistirse era inútil. La joven abrió la puerta y, al otro lado distinguió una sombra grande, tras la que se perfilaban dos o tres más. La sombra grande encendió una linterna y la apuntó sobre su rostro, cegándola. Ella retrocedió un par de pasos y las sombras lo aprovecharon para penetrar sin mayores miramientos en el recibidor de la casa.

El haz de luz de la linterna recorrió las paredes de la estancia y se detuvo al localizar un interruptor eléctrico. La sombra que la manejaba se acercó al interruptor y lo encendió.

Ramón apagó la linterna que llevaba en la mano izquierda y, a la luz amarillenta de la lámpara de araña que colgaba del techo, contempló a la muchacha. Su cabello era rubio, su rostro parecía ligeramente maquillado y su cuerpo estaba cubierto desde el cuello hasta las pantorrillas por una bata de seda con motivos florales chinos. La muchacha parpadeó y también le examinó calmadamente a él. Era alto y robusto y la encañonaba con la pistola que sostenía en la mano derecha.

Ella señaló el arma con la mirada.

—¿Lo crees necesario? —Acompañó la pregunta con el gesto de mostrar las desnudas palmas de sus manos.

—Nunca se sabe. —Ramón, no obstante, aseguró la Star y se la metió en el bolsillo de la pelliza. Luego se dirigió al trío de milicianos que le acompañaban con los viejos mosquetones Mauser en posición de disparo—: Cerrad la puerta. Que uno se quede aquí y los otros dos seguidme. No bajéis la guardia, puede que haya alguien más en la casa.

Le hizo un gesto a la joven para que los condujera hacia el interior de la vivienda. Ella abrió una puerta acristalada, tanteó en la pared, prendió una nueva luz y dijo:

—Podéis pasar al salón, compañeros.

Así lo hicieron. Ramón y la joven se sentaron cada uno en un sillón y los milicianos se quedaron pegados a las dos paredes que les permitían controlar con sus armas las puertas de entrada y salida del cuarto. Eran callados y estaban alerta.

—Antes que nada —dijo Ramón—, permítame comprobar su filiación. ¿Es usted doña Margarita Álvarez de Andrade?

—Sí, ese es mi nombre. Aunque no entiendo por qué me tratas de usted. Soy una camarada en la lucha antifascista.

—Eso ya lo veremos. Pero si lo prefieres te tuteo.

—Te lo agradezco.

—Bien, como te puedes imaginar, Margarita, esto no es una visita de cortesía. —Ella esbozó una mueca sarcástica—. ¿Es tuyo el Packard que está aparcado abajo?

—No es exactamente mío, es de mi padre.

—El coronel Álvarez de Andrade, ¿verdad?

—Sí, un fascista redomado. Mis ideas y las tuyas están en las antípodas. Si has venido por eso, tengo que decirte que ya hace meses que pasé todos los procesos de depuración.

—Lo sé, no he venido a interesarme por tu padre. He venido a preguntarte a ti varias cosas. La primera es si sabes por dónde andaba vuestro Packard en Nochevieja.

—No tengo la menor idea. Les presto el coche con frecuencia a los camaradas que me lo piden para las necesidades de la causa. ¿A qué viene esa pregunta?

—Te lo contaré luego. Ahora dime: ¿a quién se lo dejaste en concreto en Nochevieja?

—No me acuerdo. —Margarita cruzó las piernas y se cerró la bata a la altura de los muslos. Ahora su hermoso rostro expresaba enojo. Calcinó a Ramón con la

mirada—. Oye, ¿tú quién eres y con qué derecho vienes a mi casa en plena noche para interrogarme?

—Ya me extrañaba que no me lo preguntaras. —Sonrió—. Me llamo Ramón Toral, soy el delegado de Seguridad del barrio de Tetuán y he venido a tu casa en cumplimiento de una misión que me ha encargado el general Miaja.

Se desabotonó la pelliza, sacó de su bolsillo interior el permiso que le había firmado el jefe de la defensa de Madrid y se lo tendió a la muchacha. Esta lo tomó y lo leyó.

—¿Y qué? —dijo con tranquilidad.

—Pues que también soy el tipo al que tirotearon desde vuestro Packard cuando aún no habían sonado las campanadas de Año Nuevo. Y el que se enteró de que ese Packard estaba siendo reparado en un taller de por aquí cerca. Tenía el cristal trasero destrozado y algún que otro balazo en la carrocería. Yo y unos compañeros míos no nos defendimos mal esa noche.

—No sé de lo que me hablas, comisario Toral.

—No soy comisario, soy un trabajador que ha sido elegido por sus vecinos para ocuparse de que no se cometan crímenes en la retaguardia. —Recuperó el documento y volvió a guardarlo—. Pero, en fin, supongamos que te creo, Margarita. Supongamos que no eres la Mata Hari que yo venía buscando, sino una camarada comprometida con la lucha del pueblo y completamente inocente. No tendrás entonces el menor inconveniente en que estos compañeros hagan un registro de esta casa. Ya les he dicho antes de subir que procuren no romper nada. Es solo para quedarme tranquilo, ¿sabes?

Margarita apoyó la barbilla en la mano izquierda, buscó con sus ojos los de Ramón y, cuando los hubo encontrado, los sondeó intensamente. Ramón sintió crecer en su interior una franca admiración por la sangre fría de la hija del coronel.

—Dime, compañero Toral, ¿qué esperas encontrar en esta casa?

—¿Quizá cocaína?

—Frío, muy frío.

Ramón leyó en los ojos de ella que había pinchado en hueso y se enfadó mucho consigo mismo. Aquella era una de las piezas del rompecabezas que él sabía cogida por los pelos.

—¿A lo mejor un hombre?

Las pupilas de Margarita relampaguearon de picardía.

—¿Y qué tendría eso de malo? Vosotros sois anarquistas, ¿no? ¿Acaso no vais predicando por ahí que el amor libre es un componente irrenunciable de la revolución social?

—No si se practica con un traidor como Pedro Caño.

—¿Pedro Caño?

Margarita rompió a reír. Largo y tendido. Su risa era tan espontánea, auténtica y efervescente como la de una niña que ha ganado a todas sus amigas en el juego del

escondite.

Los dos milicianos regresaron al salón empujando con el cañón de sus mosquetones a un hombre vestido tan solo con calzoncillos, camiseta y unos calcetines sujetos a las pantorrillas por ligeros.

—Compañero —dijo uno de ellos dirigiéndose con regocijo a Ramón—, mira lo que nos hemos encontrado debajo de la cama de matrimonio del dormitorio principal.

Ramón no pudo evitar que la boca se le descolgara de pasmo. El galán en ropa interior era sexagenario, tenía el cabello pajizo y el rostro más colorado que un tomate. Desprendía el ácido olor de la orina.

—¡Señoría! —exclamó.

El mundo seguía los avatares de la Guerra Civil española con pasión, sin poder sobreponerse al sentimiento de que era el prólogo de algo terrible que no iba a tardar en abatirse sobre todos. En España habían comenzado a librarse los combates universales pendientes desde el final de la Primera Guerra Mundial. El combate entre la democracia y el fascismo, el combate entre el capitalismo y la revolución social, el combate entre los totalitarismos de Hitler y de Stalin... Desde Francia e Inglaterra hasta Estados Unidos y China, las opiniones públicas se dividían radicalmente según las simpatías por los militares derechistas sublevados o por las fuerzas de izquierda que defendían la República, por los azules o los rojos ibéricos.

La tragedia española, sin embargo, tenía abundantes peculiaridades locales. Una de las más llamativas era el peso considerable de los anarquistas en el fracaso inicial de la insurrección y en los primeros compases de la guerra. Durruti, un hijo del proletariado convertido en jefe de su propia columna de milicianos, había encarnado ese protagonismo durante el verano y el otoño de 1936, hasta que una bala de origen dudoso había segado su vida en la defensa de Madrid. Igualmente novedosas eran las experiencias de autogestión obrera que la CNT llevaba a cabo en campos y fábricas de Aragón, Cataluña y otros lugares. La izquierda mundial contemplaba con atención esa alternativa al modelo soviético y se interrogaba sobre su viabilidad.

España, la tierra de Don Quijote, había sido propicia para la rama antiautoritaria del movimiento obrero desde que en 1868 el italiano Giuseppe Fanelli comenzara a predicar en Madrid las ideas de Mijaíl Bakunin. Pero la sublevación militar del 18 de julio de 1936 había situado cruelmente a los anarquistas ibéricos frente a sus propias contradicciones. Organización frente a individualismo. Disciplina frente a libertad. Violencia frente a pacifismo. Idealismo frente a pragmatismo. Pureza frente a necesidad.

El 4 de noviembre de 1936, la entrada de cuatro ministros de la CNT-FAI en el gabinete del socialista Largo Caballero había supuesto el paroxismo de aquellas contradicciones. ¿Anarquistas en poltronas ministeriales? Semejante rareza no tenía ningún precedente y contrariaba fehacientemente la esencia misma del pensamiento libertario: su oposición a cualquier forma de autoridad gubernativa y estatal. Sus promotores la justificaban por la indiscutible necesidad de aunar a todas las fuerzas populares en un mismo puño frente a Franco y sus padrinos alemanes e italianos.

Uno de aquellos cuatro anarquistas, Federica Montseny, era la primera mujer en la historia española en ocupar una cartera ministerial, la de Sanidad y Asistencia Social. Montseny defendía que las mujeres hieran activas en los frentes de combate. La guerra, decía, era una gran oportunidad para que las españolas dejaran de limitarse

a fregar platos y pañales, y dieran un paso de gigante hacia la igualdad de derechos y deberes con los hombres. En todos los órdenes de la vida.

Otro de aquellos ministros, Juan García Oliver, era el titular de Justicia. A él le había telefonado Eduardo Val en la mañana del 5 de enero para consultarle qué hacer con lo que el compañero Ramón Toral había descubierto la noche anterior.

—Espero que sea tan urgente como usted dice. —Miaja miraba con fastidio a Ramón desde el otro lado de la mesa de su despacho en los sótanos del Ministerio de Hacienda.

—Lo es, mi general —respondió Ramón—. No le entretendré más de un cuarto de hora. Soy consciente de que está usted muy atareado con la nueva ofensiva enemiga.

—Dígame, pues.

—He terminado la misión que me encargó el 29 de diciembre. —El interés sustituyó al fastidio en los ojos del jefe de la defensa de Madrid—. Anoche cacé dos pájaros, que ahora están a buen recaudo en nuestra sede de la calle Serrano. A su disposición, por supuesto. Puede usted enviar a quien quiera a recogerlos. Nosotros no les hemos tocado un pelo.

—¿Puedo saber quiénes son?

—Faltaría más. Son su señoría el diputado Esteban Rupérez y doña Margarita Álvarez, de Andrade.

—¿La hija del coronel Álvarez de Andrade?

—Sí, la misma. Rupérez es el traidor que usted buscaba: él fue quien sacó los salvoconductos de la caja fuerte y quien los selló. Se los entregó a doña Margarita, que a su vez se los pasó a sus amigos de la embajada de Noruega. —Miaja le escuchaba con total atención—. Me parece que el móvil de ella es estrictamente político: la señorita Álvarez de Andrade es simpatizante o militante de Falange y miembro activo de lo que llaman Auxilio Azul. El móvil de él es mucho más romántico. Rupérez y doña Margarita son amantes. Los descubrí anoche durmiendo juntitos en el piso de ella.

—¡Caramba con el zascandil de Rupérez! Esa muchacha debe tener edad para ser su hija.

—En efecto, mi general. El amor es ciego.

Miaja se ajustó las gafas mientras reflexionaba.

—Supongo, Toral, que tiene usted bien amarradas estas acusaciones tan graves —dijo—. Rupérez y su partido tienen línea directa con el presidente de la República.

—Más o menos. La gente que usted designe para cerrar el caso no va a tener demasiados problemas en confirmar lo que acabo de decirle. Y luego le tocará a usted decidir qué hacer con los acusados. —Se tocó el lóbulo de la oreja—. Pero le

confieso que, en mi opinión, toda esta historia sigue teniendo más agujeros que un colador.

Miaja frunció interrogativamente el entrecejo.

—¿A qué se refiere, Toral?

Ramón miró el reloj de pared que el general tenía a su espalda.

—Solo he usado cinco de los quince minutos que me ha concedido. Podría contarle más si llamara usted al comandante Forteza.

Sentado en paralelo al delegado de Seguridad del distrito de Tetuán, el comandante Jesús Forteza miraba directamente a su superior.

—Usted dirá, mi general.

—Resulta que el sargento Toral... —Miaja miró a Ramón—: Es usted sargento, ¿verdad?

—Esa era mi graduación en la Guardia de Asalto —confirmó Ramón.

Miaja volvió a dirigirse al comandante:

—Pues resulta que el sargento Toral detuvo anoche a los dos pájaros del estraperlo de los salvoconductos. Son el diputado Rupérez y la hija del coronel faccioso Álvarez de Andrade. Toral dice que son amantes. —Miaja soltó una gran carcajada tras pronunciar la palabra *amantes*, al tiempo que se palmeaba la barriga. Ninguno de los dos hombres que tenía al otro lado del escritorio le acompañó en el regocijo y el general recuperó de inmediato la compostura—. Envíe ahora mismo un piquete de soldados al local anarquista de la calle Serrano y tráigame vivos y coleando a esos tortolitos.

Forteza se puso en pie.

—Ahora mismo, mi general. ¿Puedo retirarme?

Miaja no llegó a contestar. Se le anticipó Ramón.

—Si Vucencia da su venia, me gustaría que el comandante escuchara un par de cosas más antes de irse. El ministro de Justicia García Oliver me ha encomendado que lo haga.

Miaja miró a Ramón con desconcierto y le indicó a Forteza con un gesto de la mano que volviera a sentarse.

—Rápido, Toral. Deben quedarle cinco minutos.

—No me iré por los cerros de Úbeda, se lo prometo. —Ramón giró la cabeza en dirección al comandante y le preguntó—: ¿Conoce usted a Esteban Rupérez?

—Claro —respondió Forteza con desgana—. Es un célebre diputado y también es miembro de nuestra Junta de Defensa.

—No me refiero a eso. Me refiero a si es usted amigo o conocido suyo desde hace tiempo. Al fin y al cabo, los dos son malagueños.

—Es posible que hayamos coincidido en algún acto social. ¿Qué importancia puede tener eso?

—Ninguna si no fuera porque también se da la circunstancia de que usted, mi comandante, sirvió a las órdenes del coronel Álvarez de Andrade en Marruecos y en Asturias.

—¿Qué está insinuando, sargento? —La alarma y el enojo se mezclaban en la voz de Miaja.

Había llegado el momento de soltar la bomba Orsini que Ramón llevaba en su cerebro, la que había ido fraguando a lo largo de toda una noche, la anterior, pasada en vela. Tras arrestarlos en el piso de los Álvarez de Andrade, Ramón había conducido a Rupérez y Margarita a las dependencias cenetistas de la calle Serrano y allí les había tomado declaración. Con mucha cortesía, sin emplear la menor violencia verbal o física. Ni eso iba con él ni tampoco Eduardo Val encontraba ninguna necesidad de que Sandoval o alguien como él se pusiera rudo con los amantes de la calle Juan Bravo. Que cada palo aguantara su vela. Tendría que ser Miaja el que decidiera si su Servicio de Información Militar les apretaba o no las clavijas a los amantes. Rupérez y Margarita, por su parte, se habían limitado a confirmar sus filiaciones, rechazar la autoridad del delegado de Seguridad y exigir su inmediata liberación.

Lo más interesante había venido luego, cuando Ramón y Eduardo Val habían estado cavilando conjuntamente para intentar encajar las piezas del rompecabezas que quedaban sueltas. Habían terminado llegando a una posible conclusión, que Val había bautizado con guasa como la *bomba Orsini*, aunque en este caso el artefacto explosivo fuera meramente intelectual. En una conversación telefónica mañanera con Val, el ministro de Justicia García Oliver había dado su permiso para que Ramón arrojara la Orsini sobre el escritorio de Miaja.

—Estoy insinuando —dijo Ramón— que quizá uno de los agujeros del colador podría rellenarse si imagináramos que fue el comandante Forteza el que le presentó a doña Margarita al diputado Rupérez. Probablemente aquí mismo, en Madrid, el verano o el otoño pasados.

Forteza se alzó de nuevo como impulsado por un resorte. En tono autoritario, el de alguien acostumbrado a mandar, dijo:

—No puedo aceptar, mi general, que un pelagatos me insulte de esta manera en su presencia.

—¡Siéntese, Forteza! No le he dado la venia para levantarse. Y usted, Toral, deje de decir tonterías. Aunque el comandante hubiera sido el que le presentó la muchacha a Rupérez, ¿qué tendría eso que ver con nuestro asunto?

—¿Me permite una pregunta? —Miaja accedió con una mueca de resignación—. ¿Fue el comandante el que le sugirió a usted que recurriera a los anarquistas para resolver el asunto de los salvoconductos?

—No lo recuerdo. Es posible.

—Yo sí que recuerdo que usted me soltó una monserga sobre lo mucho que apreciaba a Durruti. —Ramón se percató de que Miaja ponía cara de protesta—. Bueno, no quiero ofenderle, quizá ese sentimiento fuera sincero. Pero García Oliver, Val y yo mismo nos maliciamos que recurrir a los anarquistas le ofrecía a usted una doble ventaja. La cosa podía salir bien porque nosotros somos echados para adelante. Pero si salía mal, usted siempre podría culparnos del desaguado ante los partidos y

los sindicatos más respetables de la Junta de Defensa. Los anarquistas somos los chivos expiatorios de todo. Para la derecha y para la izquierda.

—¡Ya está bien, Toral! Puede usted retirarse.

Ramón se levantó de la silla y miró a Jesús Forteza:

—Me he estado preguntando por qué no sacó usted mismo los salvoconductos de la caja fuerte antes de sellarlos y entregárselos a doña Margarita. Teniendo acceso a ellos, ¿qué necesidad tenía de usar al gilipuetas de Rupérez? La respuesta que se me ha ocurrido es que usted es bueno, muy bueno. Un verdadero profesional no deja sus huellas en el lugar del crimen. ¿He acertado? —Forteza se puso de nuevo en pie, sin que Miaja protestara esta vez. Su cuerpo era una masa trepidante de venas y músculos a punto de estallar. Sin dejarse intimidar, Ramón prosiguió—: Tengo en mucha estima sus cualidades profesionales, comandante. Puedo imaginar también que cuando Rupérez se puso nervioso y le encargó a alguien que me acribillara a la puerta de mi casa, usted comprendió que el diputado había cometido un error.

Forteza abofeteó a Ramón.

—Deliras, Toral. Esta afrenta vas a lavarla con tu sangre.

Miaja también se había erguido y asistía demudado a la escena.

—Es usted muy astuto, Forteza —dijo Ramón—. Capaz de embaucar al mismo diablo. Pero no puede saberlo todo. No sé si llegó a enterarse de que uno de mis disparos alcanzó el Packard de los Álvarez de Andrade en la emboscada de Nochevieja. Fue siguiendo ese hilo como di con el paradero de doña Margarita.

Forteza se llevó la mano a la pistolera de cuero que colgaba del cinturón de su uniforme. Miaja le detuvo con un grito y, mirando a Ramón con fuego en los ojos, dijo:

—Hace usted insinuaciones muy venenosas, sargento Toral. Le exijo que me presente ahora mismo las pruebas. Si no, voy a tener que arrestarle por injurias y calumnias a una autoridad militar.

—No tengo esas pruebas, mi general. Lo reconozco. Pero recuerdo que, en nuestra primera charla, usted me dijo que mi obligación en este caso era sospechar de todo el mundo. Y no voy a ocultarle que tengo la impresión de que Forteza es un excelente oficial del espionaje militar de Franco. —Ramón seguía hablando sosegadamente, pero con una fatiga creciente—. Aceptó sacrificarse por la causa de la España Una, Grande y Libre quedándose el pasado verano con nosotros, la chusma roja. A las órdenes del cuartel general de Salamanca y muy probablemente de su antiguo superior, el coronel Álvarez de Andrade. Barrunto que hacer de alcahuete en el asunto de los salvoconductos es tan solo la calderilla de los muchos servicios que ya lleva prestados a los sublevados.

—¡Pruebas! ¡Exijo pruebas! —gritó Miaja.

—Acabo de decirle que no las tengo. Me temo que con los misterios del comandante también va a tener que lidiar usted personalmente, mi general. Los

anarquistas solo le estamos regalando algunas conjeturas con motivo de la fiesta de los Reyes Magos. Puede tomarnos por locos si lo desea.

Forteza había sacado su pistola reglamentaria y apuntaba al entrecejo de Ramón.

—Eres pura escoria, Toral.

—Puede ser, mi comandante. Pero del tipo de escoria que piensa que es mejor ser traicionado que traicionar.

—¡Guardia! —aulló Miaja.

En la mañana del miércoles 6 de enero, Ramón Toral fue caminando desde su casa hasta la de Marcela Burgos. El día de Reyes había salido soleado y glacial. Contemplando como su aliento se convertía en vaho, Ramón pensó que iba a nevar en lo que quedaba de mes. Otra nueva plaga para los madrileños.

Escuchó un ruido semejante al eco de una tormenta lejana. Debía de ser la aviación franquista acercándose a la ciudad. Supuso que los insurrectos redoblaban aquel día su ofensiva en la carretera de La Coruña, con el objetivo de abrir otra posible vía de entrada en la capital. Los republicanos iban a tener que defender con uñas y dientes la Cuesta de las Perdices, el puente de San Fernando y el monte de El Pardo.

Tenía la cabeza como un bombo. El día anterior, el general Miaja les había arrestado a los dos, al comandante Forteza y a él, en su mismo despacho. Ramón había tenido que pasar unas horas en un cuartucho oscuro y húmedo de los sótanos del ministerio de Hacienda respondiendo a las preguntas de un capitán del Servicio de Información Militar de Miaja. El hecho de que el capitán saliera de aquel cuartucho con frecuencia reforzaba su sospecha de que Forteza, Rupérez y Margarita debían de andar en situaciones semejantes. Cuando a él lo pusieron en libertad a la caída de la noche, dedujo que eso solo podía suponer malas noticias para el trío.

Lo que más le fastidiaba de todo el caso era que en un momento dado había estado a punto de meter la pata. No debía de haberle dado tanta importancia al rumor que le transmitió el periodista de *Milicia popular* sobre la dama misteriosa que proveía de cocaína al trepa de Pedro Caño. Ramón suponía que el periodista había actuado de buena fe, pero se reprochaba a sí mismo su excesiva credulidad. De haber seguido esa pista, podría haber terminado encendiendo otra querrela fratricida entre comunistas y anarquistas.

Caminaba tan abstraído que tropezó con un anciano vestido con impermeable y chanclos que iba recogiendo las colillas de la acera y guardándolas en una cajita metálica. Le ayudó a ponerse en pie, le presentó sus excusas y se dijo interiormente que, al fin y al cabo, la situación de Ramón Toral, nacido en 1900, cabo en la guerra de África en tiempos de Alfonso XIII, sargento de la Guardia de Asalto ya con la República y ahora delegado de Seguridad de Tetuán, no era de las peores que había en Madrid. Ni mucho menos.

Siguiendo su costumbre, llamó a la puerta de la casa de Marcela antes de entrar. Ella, una vez más, le gritó desde dentro que estaba abierta y podía pasar. Así lo hizo y contempló a la maestra, cubierta con una manta, sentada en una de sus dos mecedoras y zurciendo una media. Mijaíl estaba en el suelo, acostado sobre otra manta y leyendo un libro.

Marcela apartó la manta, dejó en el suelo sus labores, se levantó y recibió a Ramón con una mirada radiante y un tímido beso en la boca. Mijaíl la vio hacer desde el suelo con cara de circunstancias y, dirigiéndose a Ramón, preguntó:

—¿Qué es eso que traes? —Señalaba con el dedo el objeto que el visitante llevaba en la mano derecha, envuelto en hojas de periódico.

—Un regalo de Reyes para tu madre. Creo que tú ya has recibido los tuyos.

—¡Sí! Mamá me ha regalado dos libros; mira, ya estoy leyendo uno... Y anoche me tocó en el Ateneo Libertario un balón de cuero, uno de futbolista auténtico. ¿Quieres verlo?

—Me encantaría.

Mijaíl se alzó y salió trotando hacia el interior de la vivienda. Marcela aprovechó su ausencia para volver a besar en la boca a Ramón, esta vez más intensamente.

—¿Qué me has traído? —preguntó cuando sus labios se despegaron.

Él le entregó el paquete y ella lo deshizo. Las hojas de periódico ocultaban una botella de colonia Floralia, una marca de jabones y perfumes fabricados en el Paseo de Santa María de la Cabeza, en la otra punta de Madrid.

—Hacía años que nadie me hacía un regalo de Reyes. —Se le habían humedecido los ojos—. ¿Cómo la has conseguido?

—Bueno, ser delegado de Seguridad también tiene algunas ventajas...

Mijaíl irrumpió en la pieza con su balón de cuero entre las manos.

Mediada la tarde del día de Reyes, Liberto condujo a Ramón hasta el Batallón de Etapas, una unidad encargada de ordenar el tráfico en las carreteras que conducían a los frentes. El Batallón se había instalado en el Palacio de Oriol, en la calle que antaño se llamaba Alfonso XII y la República había rebautizado como Reforma Agraria. Era un edificio magnífico. Lo había construido para su uso personal un empresario vasco tan rico como furibundamente carlista.

Ramón se desplazaba hasta allí para efectuar una detención. A través de un ordenanza, el capitán de Ingenieros con el que había conversado en la Casa del Pueblo cuatro días atrás le había hecho llegar el mensaje de que Camilo Ramírez se había alistado en Navidad en el Batallón de Etapas. El capitán le deseaba buena suerte en su misión.

Un camión con media docena de milicianos de la CNT seguía al Peugeot que pilotaba Liberto. Ramón no quería que su presa se le escapara de las manos bajo ningún concepto, incluido el que sus superiores o sus compañeros intentaran oponerse a la detención. Le había comentado el asunto telefónicamente a Cipriano Mera y este le había dado su bendición. «Caza a ese cabronazo de una puñetera vez», había sido la fórmula exacta empleada por el albañil.

La entrada al Palacio de Oriol parecía un hormiguero. Decenas de hombres mejor o peor uniformados iban y venían con las manos cargadas de herramientas, señales de

tráfico y sacos terreros. El Batallón de Etapas había sido requerido para los intensos combates se libraban ese día en el noroeste de la ciudad, así que nadie prestó demasiada atención al puñado de milicianos armados que accedieron al edificio.

Ramón había informado a Liberto del objetivo del viaje y este le había rogado que le permitiera estar a su lado en el momento de la detención. Quería ver la cara que ponía el hijo de puta que había apuñalado a la mujer que cuidaba del pequeño Mijaíl. Ramón había accedido a la petición, siempre y cuando Liberto fuera armado. No quería espectadores que no sirvieran para nada.

Escoltado por un Liberto que empuñaba un fusil Winchester de 1895 y otros tres milicianos con mosquetones Mauser, Ramón dio con su sospechoso preguntando a diestro y siniestro. Camilo Ramírez era uno de los soldados que cargaban carretillas con sacos terreros en el patio del edificio.

Ramón indicó a su gente que se desplegara en abanico y se aproximó con parsimonia a Camilo. El cielo se iba apagando y todo el patio parecía pintado de gris, como el Madrid que le gustaba al muy católico Felipe II. Ramón observó que, pese al frío, los estibadores iban en camiseta y sudaban copiosamente.

Camilo terminó dándose cuenta de la presencia del grupo de intrusos. Dejó en el suelo el saco que cargaba, se enderezó, miró a Ramón que se dirigía hacia él, miró a los que le escoltaban y comprendió qué es lo que estaba ocurriendo.

—¿Te llamas Camilo Ramírez?

—Sí. —Ramón exploró los ojos de Camilo desde sus más de veinte centímetros de diferencia de estatura.

—Quedas detenido por el asesinato de la compañera Rosario Crespo en la noche del 23 al 24 de diciembre.

Camilo avanzó un paso en dirección a Ramón.

—¿Me estás diciendo que venís a detenerme por la muerte de una fulana? — Hablaba con desprecio.

—No te permito que llames así a la compañera Rosario. —Ramón se llevó la mano a la empuñadura de la Star 1922 que llevaba metida en el bolsillo de su pelliza —. Dime solo una cosa: ¿por qué la mataste?

—¡Y qué más da! Era una fulana, por mucho que te joda que la llame así. Quería que dejáramos lo nuestro después de haberme puesto la miel en la boca. Le daba pena su marido.

—¡Me cago en la hostia, Camilo! Tendrás un juicio en el que podrás defenderte, pero, si de mí dependiera, te pasarías el resto de tu vida picando piedras en un penal de Canarias. Eres un mequetrefe. No tienes la menor hombría.

Ramón había cometido un error fatal: dar por rendido a Camilo Ramírez. Al escrutar fijamente sus ojos, no había visto cómo el tranviario sacaba un cuchillo de la parte trasera del pantalón de faena. Vio venir la puñalada cuando ya estaba en camino y solo pudo esquivar su impacto directo.

La puñalada le alcanzó en el costado. Sintió un ardor terrible y cayó al suelo. La vista se le nubló de un color tostado y rojizo como la tierra de Marruecos al atardecer. Escuchó un disparo.

Epílogo

Franco no ha pasado, pero Madrid tampoco ha sido la tumba del fascismo como anunciaban nuestros carteles de propaganda. Logramos detener la ofensiva de Reyes en la carretera de la Coruña, pero seguimos asediados por todas partes, menos por el cordón umbilical que nos une precariamente a Valencia. Tan solo hemos salido del paso, lo que no es poco. Aguantar, sobrevivir, seguir de pie ya es para nosotros una forma temporal de victoria.

¿Quién me iba a decir que terminaría hospitalizado en el Hotel Ritz y en la misma habitación en la que murió Durruti? Atendido, además, por la misma enfermera que le cuidó a él, Lourdes, la catalana. Es muy apañada.

Ya estamos a mitad de enero y parece que no voy a correr la suerte del compañero Durruti. Ni la de Rosario Crespo y Bernardo Gómez, ese matrimonio desdichado entre los desdichados. El doctor Santamaría dice que saldré de esta.

Liberto viene a verme a diario. Me trae comida extra que va consiguiendo por aquí y por allí. Dulce de membrillo, latas de espárragos, mantequilla de cacahuete, leche en polvo, hasta un poco de café. Se ha convertido en el nuevo héroe del barrio de Tetuán. Él fue quien le disparó a Camilo Ramírez antes de que pudiera asestarme una segunda puñalada. Le sigue pareciendo milagroso que de aquel Winchester del año del catapún pudiera salir un balazo. Y aún más que alcanzara su objetivo.

—Jefe, matar está al alcance de cualquier idiota —me dijo el otro día.

—Y morir también —le respondí—. Yo casi lo consigo.

Hace un par de tardes, vino a verme Cipriano Mera. Me devolvió la pistola Star 1922, que se había traspapelado en el follón de la tarde del día de Reyes en el patio del Batallón de Etapas. En sus ojos vi desaprobación cuando me la entregó: yo no había sabido servirme de ella ante un individuo que no valía un real.

Luego me contó que el comandante Forteza, el diputado Rupérez y Margarita Álvarez de Andrade seguían en manos de Miaja. Su Servicio de Inteligencia Militar había podido confirmar la mayoría de nuestras sospechas.

Forteza trabajaba desde el principio de la guerra para el espionaje de Franco. Había terminado por confesarlo, pero proclamando que eso no suponía la menor traición porque no se puede traicionar algo a lo que no se pertenece. En cuanto a Margarita, pese a que se habían encontrado muchas pruebas de que era uno de los puntales madrileños del Auxilio Azul, estaba recibiendo un trato exquisito. Su valentía tenía impresionado a todo el mundo, me dijo Mera. El gilipuetas de Rupérez, que se había prestado al trapicheo de los salvoconductos porque estaba enamorado hasta las cachas de la muchacha, constituía el caso más despreciable.

Ninguno de los tres tenía una cita inminente con la muerte. Miaja deseaba intercambiar esa terna de canallas por su hijo, que estaba en poder de los facciosos.

—Eduardo Val te echa mucho de menos —dijo Cipriano al final de su visita.

—¿Y eso? —le pregunté.

—Piensa que tú serías la persona ideal para resolver el lío en el que ahora anda metido. —Le miré con apatía—. Resulta que uno de nuestros mejores hombres se ha escapado de Madrid con una escultural *vedette* llamada Tina de Jarque. Bueno, con la *vedette* y con todas las joyas de las que nos habíamos incautado en las mansiones burguesas de Madrid.

—Iros a la mierda —respondí.

Por la ventana de esta habitación del Ritz veo caer la nieve. Imagino mi ciudad bajo un blanco sudario y barrunto que lo peor está por venir. España está anegada de odio, pero ellos son más fuertes, mucho más. Va a resultar difícil que en esta ocasión David termine derrotando a Goliat.

Marcela también me visita todos los días. Siempre viene con Mijaíl; su Grupo Escolar todavía no ha encontrado un lugar donde reanudar el curso y ella sigue sin contar con alguien que se haga cargo del niño cuando tiene cosas que hacer en la calle. Pienso con frecuencia en Marcela, el mero hecho de hacerlo me da ganas de seguir vivo.

La maestra me habla de sus sueños. Dice que no puede haber una verdadera organización anarquista sin su escuela, su biblioteca y su ateneo, que la cultura es nuestra principal arma. También dice que los hombres y las mujeres han de ser iguales en derechos y deberes, que nadie puede ser más que nadie en una sociedad libre. Ayer fue más lejos y me soltó que su objetivo y el de sus compañeras es liberar a las mujeres de la dictadura de la mediocridad. Sonreí al escucharlo, pero luego me di cuenta de que la frase tiene mucha miga.

Creo que en España aún no estamos acostumbrados a que las mujeres demuestren su inteligencia.

FIN

Agradecimientos

En contra de una opinión extendida, la Guerra Civil española es un territorio bastante inexplorado por la ficción literaria y cinematográfica de la España contemporánea. Para justificar lo que a mí me parece una cosecha magra en relación a la enorme cantidad de historias de crueldad y heroísmo que la Guerra Civil puede ofrecer a novelistas y guionistas, algunos emplean el absurdo argumento de que no hay que reabrir las heridas de aquel tiempo salvaje. ¡Como si las numerosas novelas, películas y series televisivas que los norteamericanos hacen sobre su Guerra de Secesión, la Segunda Guerra Mundial, el Holocausto o el asesinato de Kennedy volvieran a empapar de sangre las tierras de Gettysburg, las playas de Normandía, el campo de Auschwitz o las calles de Dallas!

Me he encontrado durante la documentación y redacción de esta novela con una cierta mirada de extrañeza por parte de alguna gente. ¿Otra novela sobre la Guerra Civil? Pues sí, y ojalá vengan muchas más de plumas más brillantes que la mía.

Sería injusto no informar al lector de que también he contado con el apoyo de gente a la que no le parecía un disparate que yo situara un *noir* en los ambientes anarquistas del Madrid cercado por las tropas de Franco.

Conocí al pintor y cineasta **Carlos García-Alix** un día de marzo de 2018, en un almuerzo mano a mano en Casa Sotero, un restaurante de la calle Bravo Murillo frecuentado en su tiempo por Cipriano Mera. Por supuesto, ya había visto su excelente documental *El honor de las injurias* sobre el triste personaje del pistolero anarquista Felipe Sandoval, alias Doctor Muñiz. Carlos es un archivo viviente sobre su querido distrito de Tetuán y sobre el Madrid anarquista de la Segunda República y la Guerra Civil. En nuestro almuerzo en Casa Sotero me ayudó con generosidad a concretar detalles de esta obra.

A **Luis de la Cruz** le debo una visita a pie por lo que queda del Tetuán de Cipriano Mera. **Agustín Romero Encinas**, autor de *Amarás a tu prójimo*, me regaló su amistad y el nombre de Liberto, el conductor de Ramón Toral. **Fernando Cohnen**, autor de *Madrid 1936-1939, una guía de la capital en guerra*, es un pozo de sabiduría sobre el Madrid de la Guerra Civil. **Lourdes Goy Vendrell** me ayudó en la construcción del casi homónimo personaje de la enfermera gerundense de la Columna Durruti.

Antonio Peregrín, con el que suelo almorzar en el restaurante Sibony cuando ando por Madrid, leyó un primer borrador de este texto y me hizo sabias correcciones. También lo hicieron las hermanas **Bea y Dácil Marín**. Les agradezco mucho a los tres su ayuda.

Merche Medina y José Ramón Alarcón, de Ecomunicam, le encontraron a *Pólvora, tabaco y cuero* la editora entusiasta que yo imaginaba desde que empecé a

soñar esta obra. A ellos y a esa editora, **Mayda Bustamante**, de Huso, les agradezco su complicidad y su profesionalidad.

Fernando García del Real ha hecho un gran trabajo con la portada de esta obra y las de sus cuatro partes. Sus ilustraciones nos transportan al Madrid bombardeado y hambriento, y sin embargo resistente, del primer periodo navideño de la Guerra Civil. **Gustavo Hermoso**, que ya hizo los *booktrailers* de *Tangerina* y *Limonas negras*, ha vuelto a ser muy generoso al realizar el de *Pólvora, tabaco y cuero*.

Ninguna de las personas citadas es responsable de los errores que pueda haber en este texto. Ni de los históricos ni de los literarios.

He optado en general por denominar a las calles y plazas de Madrid con la actual toponimia, aunque en algunos casos tuvieran otros nombres durante el invierno de 1936-1937.

Esta es una obra de ficción y me he permitido algunos anacronismos. He seguido el ejemplo de **Pedro Paz**, autor de *El hombre que mató a Durruti*, y me he permitido llamar *naranjero* al subfusil Schmeisser MP-28, aunque este apelativo solo se extendiera a partir de la primavera de 1937, cuando llegaron masivamente a manos de las fuerzas republicanas copias de esa arma alemana fabricadas en Valencia.

Asimismo, he situado en una primera escena al general Miaja en el palacio de Buenavista, sede del Ministerio de la Guerra, aunque en la época de esta novela probablemente ya dirigía la defensa de Madrid desde los sótanos del Ministerio de Hacienda, en la calle Alcalá. Con posterioridad se trasladaría al búnker construido en el Jardín del Capricho.

El cierre del Grupo Escolar Francisco Giner se produjo a mediados de noviembre de 1936, aunque para los propósitos de esta obra he imaginado que María Sánchez Arbós le comunica a Marcela Burgos que tendrá lugar a partir de enero de 1937, tras las vacaciones de Navidad, Año Nuevo y Reyes.

También es pura conjetura la presencia de Marlène Grey, *la Venus Rubia*, en un cabaré de la plaza del Rey en diciembre de 1936. Según las investigaciones de **Juan A. Ríos Carratalá**, autor de *El tiempo de la desmesura*, la *vedette* francesa y su marido, *El Hombre Autómata*, abandonaron la España en guerra en el otoño de ese año, tras haber participado en el rodaje de la disparata película *Carne de fieras*.

El título de esta novela me vino a la cabeza escuchando *Viva Durruti*, una vieja canción de Loquillo sobre la entrada de las tropas franquistas en una Barcelona que ya no defendían los militantes anarquistas. Dice una estrofa de esa canción: «No se levantan barricadas, nadie tras los parapetos, lejanas noches de vigilia, pólvora, tabaco y cuero».

Pólvora, tabaco y cuero fue escrita entre enero y julio de 2018 en Madrid y Bubión (La Alpujarra).

Personajes históricos

Ramón Toral, Marcela Burgos, Liberto Sanz, Margarita Álvarez de Mendoza, el comandante Jesús Forteza y otros protagonistas de *Pólvora, tabaco y cuero* son fruto de mi imaginación. Sin embargo, algunos de los personajes aquí citados existieron en carne y hueso en el Madrid de 1936-1937. Como quizá algunos lectores no hayan tenido la oportunidad de conocer sus historias, vayan aquí sus perfiles por orden de aparición en esta novela.

Cipriano Mera



(Madrid, 1897 - Francia, 1975). Nacido en el madrileño distrito de Tetuán de las Victorias y fallecido en el exilio, fue un albañil de ideas anarcosindicalistas que desempeñó un destacado papel como dirigente militar en las batallas de Madrid y Guadalajara de la Guerra Civil española. Sus contemporáneos le describían como un tipo honrado y granítico, callado y enérgico, brusco y justo.

Hijo de pobres —su padre era trapero y cazador furtivo—, Mera no fue a ninguna escuela y aprendió a leer y escribir por su cuenta. Comenzó a tener protagonismo en la vida española durante la Segunda República, cuando, como líder de los albañiles afiliados a la CNT de Cuatro Caminos y Tetuán, los condujo a rudas batallas sindicales para conseguir mejores salarios, reducciones de la jornada laboral y condiciones de trabajo más humanas. La construcción conocía entonces un gran crecimiento en la capital de España como consecuencia de obras públicas de gran envergadura en la Ciudad Universitaria, el Hospital Clínico, los Nuevos Ministerios y otros tajos.

La sublevación militar del 18 de julio de 1936 sorprendió a Mera en una cárcel madrileña. Había sido encarcelado por los disturbios ocurridos durante la huelga de la construcción que se desarrollaba en Madrid ese mismo mes. Fue liberado por la presión popular en las horas que siguieron al golpe de Estado y participó de inmediato en el asalto republicano al Cuartel de la Montaña, donde se habían hecho fuertes los militares y falangistas partidarios de la insurrección.

En los meses que siguieron, Mera, al que los suyos apodaban *el Viejo*, se forjó una merecida reputación de conductor de hombres en el campo de batalla. Su columna tuvo un destacado papel en la derrota de los sublevados en Alcalá de Henares, Guadalajara y Cuenca, y durante el otoño participó eficazmente en la defensa de Madrid. Los combatientes anarquistas mantuvieron las posiciones

republicanas en el puente de San Fernando y el 9 de noviembre llegaron a cruzarlo para enfrentarse a los marroquíes de Franco en feroces combates cuerpo a cuerpo en la Casa de Campo. Consiguieron reconquistar durante unas horas el estratégico Cerro de Garabitas, pero no supieron mantener su ventaja.

Mera y los suyos participaron en la, para los republicanos, exitosa batalla de Guadalajara, en marzo de 1937. Su capacidad para integrar a los anarquistas en los planes militares del conjunto de las fuerzas antifascistas hizo que el albañil del distrito de Tetuán ascendiera a lo largo de la Guerra Civil hasta terminar teniendo el rango de general y ser el jefe de un cuerpo del Ejército Popular Republicano.

En marzo de 1939, Mera se alineó con el coronel Casado en el golpe contra el Gobierno de Negrín, acusado de primar los intereses del Partido Comunista y la Unión Soviética frente a los del pueblo español. Este trágico, fratricida y controvertido episodio terminó con las esperanzas de seguir impidiendo que las tropas de Franco entraran en Madrid.

Mera era de pocas palabras y cerebro muy ágil. Admiraba a Durruti y detestaba a los impostores que se disfrazaban de anarquistas al calor de la guerra. Enemigo de la pena de muerte, como lo era en general el movimiento libertario, se oponía a las ejecuciones sumarias de derechistas y a los saqueos arbitrarios de sus propiedades. En la práctica, reservaba la pena capital para aquellos de los suyos que aprovechaban el río revuelto para robar, asesinar o desertar.

Tras la derrota republicana, se instaló en el Marruecos francés, donde volvió a trabajar como peón de la construcción. En 1942 el Gobierno de Pétain, colaboracionista con los nazis, lo entregó a las autoridades franquistas, que inicialmente lo condenaron a muerte y luego a treinta años de prisión. Indultado en 1946, se exilió en Francia, donde trabajó como albañil en la región parisina hasta su muerte en 1975.

Durante unos cuantos días de mayo de 1968, Mera, ya septuagenario, desapareció de su domicilio en un suburbio popular de la capital francesa. Se había sumado a la rebelión en las calles del Barrio Latino. En bicicleta, tocado con una boina y chapurreando un francés casi incomprensible, recorría las barricadas aconsejando a los jóvenes sobre cómo hacerlas inexpugnables. Ellos le hacían caso. No sabían que había sido líder de los albañiles madrileños y general de una columna militar durante la Guerra Civil, pero debían intuir su autenticidad y su experiencia. Le llamaban *le Vieux Anarch Espagnol*.

Lucía Sánchez Saornil



(Madrid, 1895 - Valencia, 1970). Fue poeta, militante anarquista y pionera del feminismo español. Trabajó en su primera juventud como operadora en la Compañía Telefónica, donde formaba parte de los trabajadores afiliados a la CNT. Terminó siendo despedida de esa empresa precisamente por su militancia sindical. En abril de 1936 fue una de las fundadoras de Mujeres Libres, una organización minoritaria del movimiento libertario español que reivindicaba la igualdad de derechos y deberes entre los géneros. Sánchez Saornil ponía el acento en la educación de

las mujeres como elemento capital para su emancipación.

Hija de una familia pobre, Sánchez Saornil sintió desde muy joven una vocación poética. Publicó poemas en revistas literarias, siempre en sintonía con movimientos vanguardistas como el modernismo y el ultraísmo. También colaboró como periodista en publicaciones anarquistas de los años 1920 y 1930 como *Solidaridad Obrera* y *Tierra y Libertad*.

Mujeres Libres nació en Madrid, como una organización en el seno de la CNT y como una publicación, cuando ya se cernían sobre España los nubarrones del golpe de los generales africanistas. Mercedes Comaposada, Amparo Poch y la propia Sánchez Saornil, que desempeñaría su secretaría general, fueron sus fundadoras. La idea prendió con rapidez en Barcelona y se extendió luego a un total de 147 agrupaciones. Se calcula que en 1938 contaba con unas 20.000 afiliadas.

«Liberad a las mujeres de la dictadura de la mediocridad», podía leerse en uno de los titulares de la portada del primer ejemplar de la revista *Mujeres Libres*. Era una consigna tremendamente revolucionaria para su época, incluso entre los medios anarquistas. La mayoría de sus varones y no pocas de sus mujeres, incluida Federica Montseny, veían con recelo la actividad de un movimiento que, en realidad, no hacía más que llevar hasta sus últimas consecuencias el ideal libertario.

Sánchez Saornil participó en el asalto al Cuartel de la Montaña del 19 de julio de 1936. Luego fue corresponsal en distintos frentes de guerra y en 1937 se trasladó a Valencia para ejercer la jefatura de redacción del periódico anarquista *Umbral*. Allí conoció a América Barroso, que sería su compañera sentimental durante el resto de su vida.

La derrota república condujo a Sánchez Saornil y América Barroso al exilio en Francia. Pero regresaron clandestinamente a España en 1941, tras la conquista de París por Hitler, instalándose en Madrid y luego en Valencia. Solo en 1954 Sánchez Saornil pudo regularizar su situación de residente en España. Trabajó como

retocadora de fotos, representante de productos farmacéuticos y vendedora de ropa hasta su muerte, a causa de un cáncer, en la ciudad del Turia, en 1970.

Sánchez Saornil no ocultaba su preferencia personal por el amor entre mujeres. Sostenía que los sentimientos y la sexualidad no eran un asunto sobre el que hubiera que dar explicaciones a nadie. La libertad por la que luchaban los anarquistas también debía alcanzar a esta esfera privada.

Cuatro veces derrotada —como antifascista, como anarquista, como mujer y como lesbiana—, Sánchez Saornil escribiría: «Has jugado y perdiste: eso es la vida».

Eduardo Val



(La Coruña, 1906 - Argentina 1992). En los primeros compases de la Guerra Civil, dirigía el llamado Comité de Defensa Confederal de Madrid, principal centro de decisiones del movimiento libertario en la capital de España. Antes del estallido de la guerra, había trabajado de camarero en los hoteles Ritz y Palace, a la par que ejercía la jefatura de los grupos clandestinos de acción del anarquismo madrileño. Era amable, levemente irónico y bastante reservado. Sus compañeros le apodaban *El serio* y, según Jorge M. Reverte, gozaba de «un aura de misterio entre los propios anarquistas».

Amigo de Cipriano Mera, que estuvo a sus órdenes al comienzo del conflicto bélico, Val mantenía asimismo una relación fluida con el general Miaja. No se oponía a la militarización de las milicias anarquistas, siempre y cuando conservaran su autonomía. Val trabajaba desde el incautado número 111 de la calle Serrano.

En marzo de 1939 y al igual que Mera y la mayoría de los anarquistas, Val se sumó al golpe madrileño del coronel Casado contra el Gobierno filocomunista de Negrín. Tras la derrota republicana, se exilió en Francia, donde fue apresado por los nazis e internado en un campo de concentración. Logró escaparse y en 1944 fue uno de los combatientes españoles que participaron en la liberación de París. Jamás regresó a España, donde un tribunal franquista le había condenado a cadena perpetua. Se exilió en Argentina, siguió siendo sindicalista y falleció en 1992.

María Sánchez Arbós



(Huesca, 1889 - Madrid, 1976). Fue una maestra y pedagoga española progresista. Sánchez Arbós conoció a Francisco Giner de los Ríos en 1913, cuando al tomar ella posesión de una plaza de maestra en La Granja coincidió con el pedagogo, que dirigía una excursión de alumnos de la Institución Libre de Enseñanza (ILE). En adelante, la vida profesional de Sánchez Arbós estaría vinculada a la ILE. Fundada en 1876, la Institución Libre de Enseñanza fue hasta su disolución por el franquismo el gran referente en España de la educación laica y liberal en el buen viejo sentido de la palabra. Propugnaba conceptos desconocidos en el país como la enseñanza a través del juego, el uso de la realidad como material escolar, el respeto a la naturaleza, la primacía de la enseñanza a los niños del principio de responsabilidad, el fomento de los trabajos manuales y la implicación de los padres de los alumnos.

Desde su nacimiento en 1931, la Segunda República impulsó la construcción en España de centros escolares públicos y gratuitos que siguieran el espíritu de la ILE de educar a los niños en la libertad y la responsabilidad. En 1933 Sánchez Arbós ganó con el número 1 las oposiciones para la dirección de estos nuevos Grupos Escolares. Eso le daba derecho a elegir y escogió el que llevaba el nombre de su admirado Francisco Giner de los Ríos, en el distrito madrileño de Tetuán. En su primer discurso como directora, declaró que su propósito era inculcar a los alumnos «las enseñanzas de santidad social y ciudadana» de Giner de los Ríos.

El Grupo Escolar Francisco Giner de los Ríos fue uno de los siete centros escolares que la República inauguró en Madrid el 14 de abril de 1933. Estaba situado en un edificio de dos plantas y estilo racionalista construido expresamente en la Calle Francos Rodríguez, en la Dehesa de la Villa, y tenía capacidad para 600 alumnos, niños y niñas, hijos en su mayoría de familias trabajadoras de la zona. Contaba con comedor, biblioteca, talleres, enfermería y piscina. Sánchez Arbós abolió desde el primer momento los castigos corporales.

El Grupo Escolar fue mencionado en numerosas ocasiones en la prensa republicana por razones ajenas a las educativas. Servía también de colegio electoral del barrio y allí votaba Francisco Largo Caballero, destacado dirigente del ala izquierda del Partido Socialista Obrero Español que vivía cerca.

En el verano de 1936, el Grupo Escolar creó una guardería especial para acoger a los hijos de los milicianos y las milicianas de las barriadas aledañas. En ese tiempo y en los comienzos del otoño, el centro sería también tristemente conocido porque en su tapia trasera se efectuaban fusilamientos incontrolados de sospechosos de colaborar con los militares insurrectos.

En septiembre de 1936, el Francisco Giner de los Ríos abrió sus puertas a un nuevo curso escolar. Pero el 8 de noviembre, en lo más intenso del intento franquista por penetrar en Madrid, una bomba de los sublevados alcanzó uno de los torreones del edificio. El colegio tuvo que ser desalojado y cerrado. La Columna Durruti, recién llegada a la capital, ocuparía sus instalaciones. Las actividades docentes del Grupo Escolar se reanudarían en la sede de la Institución Libre de Enseñanza, en la calle General Martínez Campos.

Cuando los franquistas terminaron por entrar en Madrid, Sánchez Arbós trató de impedir que los falangistas arrasaran la Institución Libre de Enseñanza. No lo consiguió. Fue detenida y trasladada a la prisión femenina de Ventas, cuya directora, según cuenta Fernando Cohnen, era Carmen Castro, una antigua alumna suya. Pasó tres meses encarcelada.

Hasta 1952, el franquismo no autorizó a Sánchez Arbós a recuperar su condición de maestra. Ejerció en el madrileño Instituto Isabel la Católica hasta su jubilación, en 1959.

Felipe Sandoval



(Madrid, 1886-1939). Nacido en Las Injurias, una zona chabolista de Madrid, y fallecido en un centro franquista de torturas de la capital, fue un albañil que se hizo célebre como miembro de los grupos clandestinos de acción anarquistas durante el reinado de Alfonso XIII y la Segunda República, y se convertiría durante la Guerra Civil en uno de los más temidos verdugos de las checas madrileñas.

Flaco, de boca amarga y ojos duros y resueltos, Sandoval sufrió antes de la Guerra Civil numerosas torturas en las comisarías de la época, que le dejaron el rostro atravesado de cicatrices. Era detenido una y otra vez por sus actividades de pistolero en los grupos anarquistas. Comenzó en Barcelona, en los combates callejeros para defender a los sindicalistas y devolver los golpes que recibían. Siguió en París, desde donde participó en operaciones guerrilleras contra la dictadura del general Primo de Rivera. Ya en el Madrid republicano, se especializó en atracos para recaudar fondos para la causa anarquista. De esta última etapa procede el alias de Doctor Muñiz con el que era conocido.

Estaba en la cárcel Modelo el 18 de julio de 1936. Fue liberado y se incorporó al Cinema Europa, de la calle Bravo Murillo, convertido en cuartel de las Milicias Confederales y sede del Ateneo Libertario de los barrios del norte de Madrid. Allí formó un grupo llamado de Investigación y Vigilancia. Circulaba en un incautado Rolls Royce negro, al que llamaba El Rayo, según cuenta Carlos García-Alix en su

documental sobre este personaje. Su primera misión fue acabar con los francotiradores franquistas que disparaban contra los transeúntes madrileños. A mediados de agosto de 1936, incorporó su grupo del Europa a la checa de la calle Fomento.

Se cree que participó en el fusilamiento de presos derechistas de la cárcel Modelo que siguió a las matanzas franquistas en Sevilla, Córdoba, Granada, Badajoz, Zaragoza, La Coruña y León. Cuando el general Mola presumió de disponer de una Quinta Columna en Madrid, Sandoval se trasladó al barrio de Salamanca para limpiarlo de los muchos partidarios activos que tenía allí la insurrección militar. Según García-Alix, vivió con su mujer y su madre en la calle Jorge Juan desde el otoño de 1936 hasta el final del conflicto bélico.

Al término de la guerra, Sandoval fue capturado por los franquistas en el puerto de Alicante, trasladado a Madrid y encerrado en el centro de torturas habilitado en una finca de la calle Almagro. No pudo resistir y, al parecer, hizo algunas delaciones. Murió al caer desde una ventana de ese edificio el 6 de julio. Es posible que se suicidara. Nadie reclamó su cuerpo y fue enterrado en una tumba de tercera de un cementerio madrileño.

Marlène Grey



Se desconocen la fecha y el lugar de su nacimiento y muerte. Marlène Grey fue una joven *vedette* francesa que actuó a finales de la primavera y comienzos del verano de 1936 en el Circo Price y el Teatro Maravillas de Madrid. Protagonizaba un número en el que bailaba desnuda, a excepción de un tanga, en el interior de una jaula con cuatro leones. El semanario *Crónica* la apodó la Venus Rubia en el reportaje que sobre ella publicó el 28 de junio de 1936. Un

empresario avisado vio en Marlène la oportunidad de hacer una película atrevida en un período de la corta de la vida de la Segunda República en que el desnudo empezaba a abrirse camino en el mundo del espectáculo. Le encargó la dirección al cineasta anarquista Armand Guerra, pero la Guerra Civil estalló justo cuando se iniciaba el rodaje. Pese a ello, el sindicato de Espectáculos de la CNT decidió que la película debía de ser terminada, para no privar de sus empleos y salarios a los que en ella trabajaban. *Carne de fieras* fue rodada de mala manera en Madrid en los meses de julio y agosto, con España ya en llamas, y jamás fue estrenada. La Filmoteca de Zaragoza recuperó en 1991 los rollos de este estrambótico filme, que, restaurado por Ferrán Alberich y Ana Marquesán, hoy puede verse en YouTube. En *Carne de fieras*, Marlène Grey se interpreta a ella misma, una *vedette* francesa, que abandona el mundo del espectáculo gracias al amor de un boxeador que desea divorciarse de su mujer, una célebre cupletista que le pone los cuernos. Juan A. Ríos Carratalá, autor de una exhaustiva investigación sobre este extraño episodio de la historia del cine español, supone que Marlène Grey y su marido, apodado *el Hombre Automata*, abandonaron España a comienzos del otoño de 1936. Algunas informaciones aseguran que ella murió en Marsella en 1939, atacada por un león. Otras afirman que seguía trabajando en el Norte de África en la década de 1940.

Arturo Barca



(Badajoz, 1897 - Inglaterra, 1957). Fue el autor de *La forja de un rebelde*, una trilogía novelesca situada unánimemente entre lo mejor de la producción literaria del exilio español. Huérfano de padre desde muy pequeño, su madre lo trasladó con ella a Madrid, al barrio de Lavapiés, donde ella trabajó de lavandera en el río Manzanares. Cursó estudios primarios en las Escuelas Pías, trabajó de aprendiz de comercio y en 1920 fue llamado a filas en Marruecos. Allí vivió la derrota de Annual en 1921.

Alto, delgado y elegante, sindicalista de la UGT, Barca fue nombrado al comienzo de la Guerra Civil responsable del servicio de atención a la prensa extranjera del Gobierno republicano porque hablaba francés y era capaz de leer textos en inglés. Su oficina, encargada esencialmente de censurar las crónicas de los corresponsales extranjeros, estaba situada en el edificio de Telefónica, en la Gran Vía madrileña, objetivo predilecto de los bombardeos franquistas.

Allí conoció a la periodista austriaca Ilse Kulcsar, con la que se casaría en 1938 y que sería la traductora al inglés de los libros que escribiría. El matrimonio se exilió en Inglaterra al finalizar la contienda española y Barca pronunció numerosas alocuciones en castellano en la BBC durante la Segunda Guerra Mundial. En Inglaterra escribió *La forja de un rebelde* y allí murió en 1957, tras dieciocho años de exilio. Sus cenizas fueron esparcidas en la finca de Lord Farindgon, un defensor de la causa republicana. Ilse Kulcsar moriría en Viena en 1972.

Buenaventura Durruti



(León, 1896 - Madrid, 1936). Creció en la pobreza —el segundo de los ocho hijos de una familia obrera—, tuvo pocos estudios y comenzó a trabajar a los catorce años como aprendiz de mecánico. Siempre fue un hombre de acción, más de hechos que de palabras, y el único libro que nos ha legado es el de su vida. Este libro, sin embargo, contiene algunas sentencias de muchas luces. Una versa sobre la igual responsabilidad de hombres y mujeres en las tareas domésticas: «Cuando mi mujer va a

trabajar, yo limpio la casa, hago las camas y preparo la comida. Además, baño a la niña y la visto. Si crees que un anarquista tiene que estar metido en un bar o un café mientras su mujer trabaja, es que no has comprendido nada». Otra reza: «Los trabajadores saben perfectamente que los ladrones no se levantan a las seis de la mañana. Los verdaderos ladrones, aquellos que se lucran del robo de nuestro trabajo, son esos hijos de puta de burgueses».

También nos ha llegado la respuesta que le dio al corresponsal del *Toronto Star* que, recién comenzada la Guerra Civil, le preguntó sobre el inmenso trabajo de reconstrucción que aguardaba a los trabajadores españoles si conseguían ganarla. Durruti le dijo: «Siempre hemos vivido en la miseria, y nos acomodaremos a ella por algún tiempo. Pero no olvide que somos nosotros, los obreros, los que hacemos marchar las máquinas en las industrias, los que extraemos el carbón y los minerales de las minas, los que construimos ciudades... ¿Por qué no vamos a poder reemplazar lo destruido? Sabemos que solo vamos a heredar ruinas, pero no nos dan miedo las ruinas. Llevamos un mundo nuevo en nuestros corazones».

A Durruti ese mundo de libertad, igualdad y fraternidad empezó a crecerle en el corazón desde la infancia, en paralelo a su rebeldía ante lo que padecían la mayoría de los trabajadores españoles. Eran tiempos en que los campesinos y los obreros vivían en chabolas o pisos miserables, sin agua corriente ni electricidad, sin otra calefacción que la del brasero, sin otras letrinas y baños que los colectivos. Unos tiempos en que trabajaban doce o más horas diarias, seis días a la semana, sin el menor derecho a vacaciones. Los trabajadores no contaban entonces con educación y sanidad públicas, ni tampoco con seguro de desempleo y pensiones de jubilación. Más de la mitad de sus hijos morían pronto de desnutrición o enfermedades que podrían haber sido curadas. Sus protestas eran acalladas a sablazos por la Guardia Civil y sus líderes caían abatidos por los pistoleros de la patronal.

Los sindicatos eran su única esperanza. Reivindicaban subidas de salarios y reducción de las jornadas laborales, y también intentaban proporcionarles escuelas, ambulatorios, bibliotecas y ateneos. En España había dos, perseguidos por las

autoridades la mayor parte del tiempo. Uno era la UGT, de raíz marxista; el otro, la CNT, de raíz anarquista. Durruti estaba con los libertarios de la CNT. Prefería Bakunin a Marx, la libertad a la autoridad, la organización desde abajo al dictado de los de arriba, la asamblea al comité central, la autogestión al Estado. En los años 1920 y 1930 cientos de miles de trabajadores compartían en España esos ideales, sobre todo en las fábricas de Cataluña y los campos de Andalucía.

El leonés era un hombre de acción. No tardó en llegar a la conclusión de que las huelgas y manifestaciones pacíficas no eran suficientes para hacer avanzar las causas populares. Los banqueros, los terratenientes, los grandes empresarios industriales y el Estado que representaba sus intereses no jugaban limpio. Si había que despedir a toda una plantilla para rebajar los salarios, se despedía. Si había que contratar esquirolas para zancadillear una huelga, se contrataban. Si había que torturar en comisaría, se torturaba. Si había que pegarle un tiro a un anarcosindicalista como el Noi del Sucre para que se callara de una puta vez, se le pegaba. Si había que falsificar pruebas para fusilar a un pedagogo libertario como Francesc Ferrer i Guardia, se falsificaban. Así estaban las cosas, Goliat contra David.

Instalado en Barcelona desde 1920, Durruti decidió esgrimir la honda de David. Iba a responder con violencia a la violencia de la patronal y el Estado, iba a hacer que el miedo no habitara solo en los hogares de los pobres. Juan García Oliver, Francisco Ascaso, Ricardo Sanz y él crearon un grupo clandestino llamado Los Solidarios y durante los años 1920 se convirtieron en los revólveres del anarquismo. Atracaban bancos para financiar las actividades sindicales y ajusticiaban a policías torturadores y matones de la patronal. Aunque jamás emplearon eso que hoy entendemos como terrorismo: la colocación de bombas que pudieran herir o matar a inocentes, el ametrallamiento de muchedumbres. Su violencia siempre fue selectiva. Los Solidarios fueron a la cárcel, se escaparon de ella, vivieron en el exilio en Francia, Argentina y Chile y terminaron convirtiéndose en leyendas populares.

Con el comienzo de la Guerra Civil se produjo en Barcelona la mayor victoria del anarquismo español, las jornadas del 19 y 20 de julio de 1936, cuando Durruti y sus compañeros derrotaron en duros combates callejeros a los militares que intentaban sumarse a la sublevación de los generales Franco, Mola y Queipo del Llano. Quizá uno de los momentos más hermosos de la «triste historia española». —Gil de Biedma *dixit*— fue el que entonces unió a la CNT-FAI y a la Guardia Civil leal a la República en el victorioso asalto al cuartel de las Atarazanas, donde se habían hecho fuertes los golpistas.

Así nació la Columna Durruti, un grupo de milicianos voluntarios que partiría a combatir a los facciosos en los frentes de Aragón, a la par que animaba a sus campesinos pobres a administrar en común las tierras de los duques y marqueses. Fue un verano intenso, de luz y sangre, de esperanza y traición, pero, como dice Hans Magnus Enzensberger, fue un verano breve. En el otoño de 1936 las tropas de Franco emprendieron el asalto directo a Madrid, la capital de la República. Pensaban que

caería en un santiamén y también lo pensaba el Gobierno de Largo Caballero, que huyó en dirección a Valencia, dejándole al general Miaja la ingrata tarea de rendir la plaza. Pero Miaja dijo que no pensaba rendirse, el pueblo de Madrid le secundó al grito de «¡No pasarán!» y se produjo otro milagro.

A comienzos de noviembre, la Columna Durruti llegó a Madrid procedente de Aragón. En apenas un trimestre, su jefe se había convertido en un buen soldado. Sin renunciar a sus principios libertarios ni a la idea de aunar guerra y revolución social, había aprendido la necesidad de actuar con unidad y disciplina una vez tomada democráticamente una decisión, algo que en la capital también le había ocurrido a Cipriano Mera. Durruti había desarrollado asimismo una visión amplia y lúcida del conflicto español. «Yo no espero ayuda de nadie», le decía al corresponsal del *Toronto Star* que le preguntaba sobre un posible socorro internacional a la causa republicana española que nunca llegaría. Y a sus milicianos les explicaba: «Cataluña se defiende ahora en Madrid».

La última filmación que nos queda de Durruti la hicieron unos reporteros soviéticos el 19 de noviembre de 1936 en las cercanías del frente de la Ciudad Universitaria. Se le ve tranquilo, resuelto y sonriente, con una gorra y una cazadora de cuero. Poco después resultaría alcanzado por una bala frente al Hospital Clínico, donde se libraban feroces combates contra los legionarios y los mercenarios rifeños de Franco. Trasladado al Hotel Ritz, incautado por los anarquistas para convertirlo en hospital de sangre, Durruti fallecería en la madrugada del 20. Según Dan Kurzman, sus últimas palabras fueron antiburocráticas: «Demasiados comités...».

Han pasado más de ocho décadas y la muerte de Durruti sigue siendo uno de los grandes misterios de la Guerra Civil. Oficialmente, fue alcanzado por el certero disparo de un francotirador faccioso parapetado en el Clínico. Pero esa versión no cuadra con el hecho de que la quemadura de su cazadora fuera la de un balazo a quemarropa. Los comunistas difundieron el rumor de que había sido asesinado por uno de sus hombres al que le reprochaba su cobardía. Los anarquistas sospecharon que había sido víctima de un atentado estalinista.

El general Miaja fue a recogerse ante el cadáver de Durruti cuando aún estaba en una habitación del Ritz. Lloró. Luego, colocó su retrato en un lugar prominente de su despacho de jefe de la defensa de Madrid. El entierro del líder anarquista en Barcelona, el 23 de noviembre, fue el más multitudinario de los celebrados en esa ciudad en todo el siglo xx. Medio millón de personas acompañaron sus restos hasta el cementerio de Montjuic ondeando banderas rojinegras y cantando *Hijos del pueblo* y *A las barricadas*. Muchos de aquellos hombres y mujeres no podían reprimir el sentimiento de que con la muerte de Durruti comenzaba el ocaso de la España libertaria y con él el de la España republicana.

Félix Schlayer



(Alemania, 1873 - Madrid, 1950). Fue un ingeniero y empresario alemán que vivió medio siglo en España y ejerció de embajador interino de Noruega durante el primer año de la Guerra Civil. Los historiadores franquistas calculan que en ese año acogió en la sede madrileña de la legación a unos novecientos refugiados derechistas, a bastantes de los cuales les consiguió salvoconductos para viajar a los puertos del Levante y embarcarse allí en dirección a terceros países. Por ello alguno le considera el Schindler de la Guerra Civil española.

Schlayer se estableció en España en 1895 como empresario de maquinaria agrícola. Asumió la dirección de la embajada noruega en el verano de 1936 porque el titular estaba de vacaciones. Permaneció en el puesto un año, hasta que él y su esposa tuvieron que abandonar España de forma precipitada. Según Schlayer, lo hicieron porque estaban a punto de ser detenidos por las milicias republicanas. Según fuentes diplomáticas del momento, tuvo que dejar el cargo diplomático por sus manifiestas simpatías por Hitler y los nazis.

En 1938 publicó en Berlín, capital entonces del m Reich, un libro de memorias escrito en su lengua natal y titulado *Diplomat im roten Madrid (Un diplomático en el Madrid rojo)*. Allí daba cuenta de las matanzas de Paracuellos de Jarama y Torrejón de Ardoz y solo elogiaba la figura del anarquista Melchor Rodríguez, director de Prisiones de Madrid. Schlayer regresó a España al finalizar la Guerra Civil y se domicilió en Torreldones, cerca de la capital. En marzo de 1940 fue testigo de la acusación franquista en la Causa General, el proceso abierto por los vencedores de la Guerra Civil sobre «los hechos delictivos y otros aspectos de la vida en Zona Roja desde el 18 de julio hasta la liberación». En esa declaración ante amigos, se jactó de haber proporcionado secretamente al bando franquista información sobre los movimientos militares republicanos para reconquistar el Cerro de Garabitas.

En 1946 el Gobierno franquista le otorgó el ingreso en la Orden Civil de Beneficencia. Falleció en Madrid en 1950.

General Miaja



(Oviedo, 1878 - México, 1958). José Miaja fue el jefe militar de la defensa de Madrid durante la Guerra Civil. Hijo de un maestro armero asturiano, estudió en la Academia de Infantería de Toledo y a los veintidós años de edad se incorporó voluntariamente a la Guerra del Rif. Participó en la defensa de Sidi Musa y en el asalto a la bayoneta de Talusit Bajo, por lo que obtuvo el rango de comandante por méritos

de guerra. En Marruecos también destacó por su interés en aprender árabe.

De ideología vagamente liberal, Miaja prosiguió su carrera militar durante la Segunda República. Fue ascendido a general de brigada en 1932 y permaneció fiel al régimen republicano tras la sublevación de muchos de sus compañeros de armas en julio de 1936.

A comienzos de noviembre de 1936, cuando las tropas de los insurrectos se aproximaban a la capital de España, Miaja era un hombre de cincuenta y ocho años de edad, calvo, corpulento y barrigudo, con gafas redondas y mejillas hinchadas, que aparentaba indecisión y blandura. Los sublevados Franco, Queipo de Llano y Mola le tenían por un burócrata de tomo y lomo, por alguien incapaz de tomar una decisión arriesgada, por un perdedor nato. Tampoco le tenía en gran consideración el Gobierno republicano del socialista Largo Caballero que le colocó al mando de Madrid antes de escapar a un lugar seguro como Valencia. Miaja era el hombre perfecto para entregar Madrid al enemigo, un chivo expiatorio o cabeza de turco de manual. Pero él se negó a interpretar ese papel.

Miaja decidió que Madrid resistiría, se enfrentaría a los golpistas hasta la última bala y la última gota de sangre. En ese empeño contó con el apoyo inmediato de los partidos políticos republicanos y las organizaciones sindicales de la ciudad, y con la inestimable colaboración técnica del que sería su jefe de Estado Mayor, el teniente coronel Vicente Rojo. Y Madrid resistió casi tres años. Los franquistas solo pudieron conquistarla por la división final de sus defensores.

El 26 de marzo de 1939 Miaja partió al exilio. Inició en Gandía un periplo marítimo que terminó llevándole a México, a donde había sido invitado por el presidente Lázaro Cárdenas. Falleció en la capital mexicana en 1958.

Bibliografía

Las novelas no suelen llevar al final una referencia bibliográfica, salvo excepciones. Creo que la Guerra Civil bien puede ser una excepción a esta regla. Al lector interesado por este trágico momento de la historia española y europea del siglo xx, tal vez le interese conocer algunos de los libros, de ficción y no ficción, que he utilizado para documentarme.

- La batalla de Madrid*, de Jorge M. Reverte (Crítica, 2004).
- El asedio de Madrid*, de Dan Kurzman (Planeta, 2006).
- La defensa de Madrid*, de Manuel Chaves Nogales (Espuela de plata, 2011).
- A sangre y fuego*, de Manuel Chaves Nogales (Espuela de plata, 2013).
- El asedio de Madrid*, de Eduardo Zamacois (Editorial AHR, Barcelona, 1976).
- Madrid 1936/1939, una guía de la capital en guerra*, de Fernando Cohnen (Ediciones La Librería, Madrid, 2013).
- Arde Madrid*, de Eduardo Haro Tecglen (Temas de Hoy, 2000).
- Corresponsal en la Guerra Civil española*, de Ilya Ehrenburg (Júcar, 1979).
- Madrid en la Guerra Civil*, de Pedro Montoliú (Silex Ediciones, 1998).
- Madrid 1931-1939*, de Ramón Guerra de la Vega (Street Art Collection, 2005).
- La forja de un rebelde*, de Arturo Barea (RBA, 2012).
- Celia en la revolución*, de Elena Fortún (Renacimiento, 2016).
- El tiempo de la desmesura. Historias insólitas del cine y la guerra civil española*, de Juan A. Ríos Carratalá (Barril Barral Editores, 2010).
- Franco, Caudillo de España*, de Paul Preston (Grijalbo, 1994).

Entre los libros sobre Durruti y el movimiento libertario español, me han interesado particularmente:

- El corto verano de la anarquía*, de Hans Magnus Enzensberger (Anagrama, 1977).
- Durruti en la revolución española*, de Abel Paz (La Esfera de los Libros, 2004).
- El hombre que mató a Durruti*, de Pedro de Paz (Aladena, 2010).
- Siete domingos rojos*, de Ramón J. Sender (Virus Editorial, 2005).

He visto también documentales sobre el período. Quiero destacar aquí *El honor de la injurias*, de Carlos García-Alix (2007), un gran retrato de ese triste personaje, a la vez víctima y verdugo, que fue Felipe Sandoval, alias Doctor Muñiz. También *Vivir de pie. Las guerras de Cipriano Mera*, de Valentí Figueres (2009), una biografía audiovisual del albañil libertario del barrio de Tetuán que llegó a general antifascista.

Paseo por el Madrid *Noir* de «Pólvora, tabaco y cuero»

Cinema Europa (en el número 160 de la calle de Bravo Murillo). Albergó entre 1936 y 1939 el Ateneo Libertario de Tetuán, donde Ramón Toral, el protagonista de esta novela, tiene su despacho. El edificio sigue en pie, pero hoy es una tienda de saneamientos.

Calle Hierbabuena. Esta calle del distrito de Tetuán conserva muchas casas de una sola planta y fachada de ladrillo ya existentes en 1930. Allí vive Marcela Burgos y es asesinada su vecina Rosario.

Escuela de Estomatología (Plaza Ramón y Cajal, Ciudad Universitaria). En este edificio de la Ciudad Universitaria, convertido en 1936 en primera línea del frente de Madrid, Ramón Toral conversa con Cipriano Mera. En su solar se levanta hoy la Facultad de Odontología.

Cuartel del Quinto Regimiento (Iglesia y colegio de los Salesianos, número 3 de la calle Francos Rodríguez, en el distrito de Tetuán). En este convento de los Salesianos convertido durante la Guerra Civil en sede del Quinto Regimiento trabaja Aníbal López, redactor de *Milicia Popular*.

Casa Sotero (Calle Bravo Murillo 337). En este restaurante popular de Tetuán, inaugurado en 1934, almuerza Ramón Toral con Cipriano Mera.

Metro de Quevedo (Glorieta de Quevedo, Chamberí). Las estaciones de metro se convirtieron en la guerra en albergues de refugiados y abrigos contra los bombardeos. En la de Quevedo toman el metro Marcela y su hijo Mijaíl tras el mitin de Mujeres Libres.



Comité de Defensa Confederal (número 111 de la calle Serrano). Aquí trabaja Eduardo Val. Confiscado por la CNT, este edificio había sido el palacete de la familia Luca de Tena, dueños del diario *ABC*. Un nuevo edificio se levanta en la actualidad en su solar.

Telefónica (Gran Vía 28). Arturo Barea, encargado de tratar con los corresponsales extranjeros, tenía su oficina en este edificio, uno de los más bombardeados durante la Guerra Civil.

Hotel Ritz (número 5 de la Plaza de la Lealtad). Este hotel fue convertido en 1936 en hospital de sangre de las milicias anarquistas. Aquí murió Durruti y aquí trabaja la enfermera Lourdes Vendrell.

El Emboscado (Fuente de Neptuno). Los madrileños llamaron así a Neptuno durante la guerra por la protección que tenía contra los bombardeos. Cibeles fue rebautizada como La Linda Tapada.

Plaza del Rey. En esta plaza del barrio de Chueca estaría situado el imaginario Cabaré Casanova, donde actúa la Venus Rubia y se reúnen Ramón y Felipe Sandoval.

Puerta del Sol, esquina con Alcalá. Aquí, frente a la todavía existente Farmacia Company, cayó un proyectil franquista que dejó al descubierto las vías del metro. El diputado Esteban Rupérez se asoma al socavón en una escena de esta novela.

Palacio de Buenavista, sede del Ministerio de la Guerra (plaza de Cibeles). Aquí tuvo el general Miaja su despacho al comienzo de la batalla de Madrid. Hoy es el Cuartel General del Ejército de Tierra.

Cuesta de Moyano. Sus librerías permanecieron abiertas durante la guerra. Allí le compra Marcela a su hijo Mijaíl el regalo de Reyes.



Restaurante Lhardy (Carrera de San Jerónimo, 8). Fundado en 1839 se precia de ser el más viejo restaurante madrileño. Allí se reúne el comandante Forteza con el diputado Rupérez.



Palacio de Oriol (número 14 de la calle Alfonso XII). Sede del Batallón de Etapas durante la guerra, allí va Ramón a detener a Camilo Ramírez. Hoy es el Hotel AC Palacio del Retiro.





JAVIER VALENZUELA (Granada, 1954) es un periodista y escritor español. Licenciado en Ciencias Económicas por la Universidad de Valencia y padre de dos hijas, trabajó treinta años en *El País*, donde fue director adjunto y corresponsal en Beirut, Rabat, París y Washington. En 2013 fundó la revista *tintaLibre*, mensual en papel de *infoLibre*. Es autor del blog *Crónica negra*. Ha publicado doce libros, nueve periodísticos y tres novelas policíacas, la última *Pólvora, tabaco y cuero* (2019). Fue condecorado en 2006 con la medalla del Mérito Civil por su labor en la comunicación internacional de España. En 2018 le fue concedido el Premio Especial de Periodismo de Cartelera Turia por el conjunto de su trayectoria profesional. Y en 2019 el Premio Café Español por su relato corto *Hitler en Tánger*.